

FALSO CONTACTO

*Novela ganadora de una mención especial en el
Premio Nacional “Laura Palmer no ha muerto” 2012,
gracias a la decisión de un jurado integrado por
Selva Almada, Ricardo Romero, Federico Levín
y Daniel Krupa.*

Ana Ojeda

FALSO CONTACTO

milena caserola

ANA OJEDA

Falso Contacto - 1ª ed. milena caserola 2012

160 páginas; 14.50x21.50 cm.

ISBN: 978-987-1583-24-9

1. NNNA

Todos los izquierdos reservados.

Caso contrario, remitirse a la lista de libros censurados en las distintas dictaduras y democracias. Privar a alguien de *quemar* un libro a la luz de una fotocopidora es promover la *desaparición* de lectores.

Páginas de libros independientes

www.elasunto.com.ar

www.la-periferica.com.ar

www.milenacaserola.blogspot.com

Contacto con la autora

el8vo.loco@gmail.com

<http://anaojedablog.blogspot.com>

Esplendor editorial

Matías Reck

Diseño de colección y arte de tapa

Kitsch

www.kitmundo.blogspot.com

laranxawarhol@hotmail.com

Imagen de tapa

Laura Ojeda Bär

laura.ojeda.bar@gmail.com

laura-o.tumblr.com

Edición y corrección

Sofía Balbu

Este libro contiene 37.917 palabras.

A RC: mi mundo.

Índice

PRÓLOGO

1983: Este mundo es mío / 11

PRIMER ACTO

Inercias

1. Hoy yo te voy a dar la espalda / 15
2. Porque nunca quieres nada que a ti te comprometa / 35
3. Yo voy ya haciendo mi camino / 45
4. Dolida pero despierta / 57
5. Yo me voy de aquí / 99
6. Cariño mío / 107

SEGUNDO ACTO

Resistencias

1. Tú me has doblao pero yo aguanto / 115
2. Dolida pero despierta / 117
3. Con miedo pero con fuerza / 127

TERCER ACTO

Capitulación

1. Y sin tormentos y sin dolores / 131
2. Yo me voy porque mi mundo me está llamando / 145
3. Este mundo es mío / 149

EPÍLOGO

Jodida pero contenta

Prólogo

1983: Este mundo es mío

Pasaban por delante del kiosco y Quimey pedía un paragüitas de chocolate. Era un tic, una manía, una suerte de Pavlov irrefrenable. Bastaba que su madre le anunciara que debía calzarse para que sus pequeños ojos modularan un cincuenta por ciento de expectativa y otro de felicidad: su lengua ya paladeaba el azúcar.

Negarle la golosina era emitir una declaración de guerra: llanto a los gritos con mocos hasta el mentón, lágrimas y saliva en abrazo fraterno sobre sus rasgos infantiles, golpes de puños y rabioso destrozo del juguete que llevara en la mano. La negativa transmutaba a Quimey en un deseo puro, candente pasión al galope, en descontrol. Estaqueada en el sólido presente de su volición, la pequeña Quimey no guardaba resto para más adelante: el paragüitas era su única alternativa y expectativa. Las estrategias de su madre –palmearle la cola, tironearle un poco los pelos, cachetearla con disimulo– resultaban inútiles frente a una exigencia que se prolongaba en forma de llanto y rollizas piernecitas tensas delante del expositor del kiosco; el pedido, incólume, no se extinguía, sencillamente. Era una realidad tan tangible e incuestionable como el propio objeto de deseo.

Adquirir el paragüitas era la única solución para destrabar esa exigencia que, no por pequeña dejaba de resultar problemática para Carmen Fabiola por su intransigencia, su no negociabilidad, anhelo rebelde e incómodo, absoluto. Una vez que el botín se encontraba en su poder, Quimey amarraba sin más trámite su manita a la de su madre, gran sonrisa en su pequeña cara, avance ágil, ansias de conversación en su media lengua. Todo estaba bien: eso era, para ella, salir a dar una vuelta, teatro algo absurdo que las incluía a su madre luchando por seguir y a ella defendiendo con ardor, centímetro a centímetro, el umbral del kiosco.

Para dominarla (la del paragüitas era sólo una muestra de un amplio abanico de situaciones en las que Quimey se negaba a compaginar sus deseos con las necesidades de su madre), Carmen Fabiola la familiarizó —no sin cierta tristeza, sintiendo todo el peso de la oscura traición que perpetraba— con la idea del futuro.

Al principio Quimey no se dejó engañar. Siguió entregándose con fogosidad inalterable al pedido de su paragüitas, pero luego de un par de demostraciones del beneficio intrínseco en la espera (ya no uno, sino ¡dos paragüitas!), al fin se resignó a pasar por delante del kiosco sin detenerse, mirando su tesoro de lejos y reojo, mientras consultaba a su madre si luego, ¿no, mamá?

Quimey vivió a partir de entonces dividida en dos, como todos: pasado y futuro. Nunca más supo de la potencia de una vida declinada en un ahora sin orillas, puro presente sin proyección ni consecuencias. Tronchada y timorata, apostando a una obediencia que fementidamente prometía para mañana lo que no tenía hoy, nació una Argentina.

Primer acto

Inercias

1. Hoy yo te voy a dar la espalda

En puntas de pie, abrió las piernas y se montó a horcajadas sobre la banqueta. Las patas eran de buena madera muy gastada, y confluían en un enorme botón de pana roja que refulgía en su cénit —el anterior ni para pezza, había dicho el tapicero—, áspero o suave al tacto según la dirección en que se lo acariciara. Juntó los brazos delante de ella y aproximó con cuidado la mata áspera y oscura de su pubis. Sus piernas abiertas, morenas y en tensión, se mantenían sobre la punta de sus pies, sus empeines empujando hacia afuera, tensionando al máximo sus ingles. Sus muslos tensos depositaron su grieta palpitante, a algunos milímetros de la pana. Cerró los ojos y comenzó a balancearse cadenciosamente. Sus pelos hirsutos rozaban el botón de pana que Ramona había mandado a cambiar hacía poco porque, mapa evidente de un deseo tan irrefrenable como desarreglado, sus manchas escupían a la cara de la clientela la oscuridad de su accionar.

En movimiento y aún en el aire, las nalgas de Uma se encontraban abiertas. Olorosa y húmeda como una flor tropical, cerraba los ojos para olvidar, para poder llegar, para abandonarse a un goce que, detrás de la rabia y la vergüenza, se agazapaba en un pasado que ya no podía fechar. Todo se reducía a recuperar

un recuerdo puntual: su olor, su calor, sus ansias. Debajo de la musculosa blanca –prenda que Ramona le exigía más para provocar a los concurrentes que para cubrirla– sus pechos morenos, abundantes, se balanceaban con delicadeza. Inclineda hacia adelante, sus nalgas abiertas excitaban apetitos, volviendo las respiraciones pesadas y sonoras. Cuidando de evitar cualquier posible superposición, Uma aflojó sus muslos hasta que todas las partes de su carne anhelante quedaron aprisionadas contra la pana. La mayor parte de su peso descansaba sobre sus muñecas, unidas delante de su mata oscura, que se acercaban y alejaban en un incesante vaivén. Sus pezones, en un principio diáfanos y extendidos, se habían endurecido y, púrpuras, raspaban la aspereza del algodón mil veces lavado en el patio común.

La pana, suave y tibia, recibía los flujos de su excitación, la humedad que le generaba el recuerdo de sus ojos, sus orejas, un solitario aro de coco en una de ellas, la izquierda, su cuello fuerte, sudado y con un aroma agridulce que todavía la erizaba recordar. Bastaba ese olor para que Venus operara una erupción en su monte, proyectándolo hacia afuera, hasta obligarla a sentarse para mecerse con disimulo o alevosía, dependiendo del caso y el contexto.

Mojado y pegajoso, su sexo agradecía el meneo con un olor que llamaba a la procacidad. Abierta de par en par sobre la banqueta, ronroneando con el vaivén, llevó una de sus manos a su boca e introdujo índice y medio. Tras lamerlos con gula, buscó con ellos sus pezones, que aguardaban endurecidos. Los acarició y ellos le devolvieron el gesto con un picor intenso que Uma atendió enseguida aumentando el ímpetu del meneo. De nuevo en su boca, una vez que estuvieron suficientemente humedecidos se los introdujo despacio, degustando el placer que le provocaba sentirse completamente mojada. Estoy muy

mojadita, susurró para que todos la oyeran, sin dejar de moverse. Apoyó su otra mano tras de sí, contra su culo, que había ubicado sobre la pana cuidando de que sus nalgas quedaran separadas. Se recostó contra ese brazo y, accionó la mano que le cubría la mata de pelo ralo, al tiempo que observaba cómo por momentos sus pechos escapaban del escote de la musculosa, moviéndose al compás del mundo. La sensación era muy placentera y, extrañamente, aumentaba con la conciencia de ser el centro de las miradas desbocadas de los concurrentes. Uma disfrutaba de estar sentada, erecta y a la vez abandonada a lo que su mano quisiera hacer con ella. Con los primeros suspiros, indicación inequívoca de que se encontraba a minutos de coronar su Fitz Roy, lo recordó en su baño semanal, cabeza enjabonada, pies en la escueta palangana de madera, agua ya sucia de varios baños previos. Sintió cómo se erguían los pelitos de sus brazos; una correntada eléctrica la recorrió del corazón hacia afuera y terminó en manos y pies. Uma no lo había descubierto, pero se había sumado a las otras y lo había espiado con deleite esperando su turno gracias a un pequeño buco en la medianera que separaba las habitaciones. Era la primera vez que veía a un hombre desnudo y en ristra, orondo, hermoso. Su piel morena se volvía más brillante con cada baldazo de agua. Su pecho robusto y con pelo, sus piernas, sus nalgas turgentes, pensaba en eso y se mojaba más, hasta que el deseo hizo que devolviera el brazo ocioso a su posición original y, apoyándose en él, se sentó sobre la mano que aprisionaba su monte, más placer entonces. Su respiración se aceleró, su boca entreabierta, su cabeza hacia atrás, presionando sobre su nuca, le permitía ver el techo, que entró por la ranura en que se habían convertido sus ojos. Tomó conciencia de ellos, una mujer bien no debe mirar a un hombre a los ojos, es una falta de respeto, repetía su

madre mientras blanqueaba las camisas de su padre en el patio. Una hizo un esfuerzo de concentración para ahuyentar ese recuerdo. Sus pechos, aprisionados con brevedad por la musculosa, le hacían sentir su peso, su volumen, casi no cabían entre sus brazos. Su curva pródiga abultaba, cosa que le provocaba un gusto exquisito.

Esperaba toda la semana para verlo. Canastos de ropa limpia, amaneceres de trabajo en el jardincito, cuidando que las coles no se murieran, que los tomates no se perdieran, jornadas enteras detrás de la bacha lavando platos. Era lo que costaba el derecho de verlo ella sola, mezcla de instinto de protección y curiosidad insaciable que no soportaba compartir con nadie, ni siquiera con sus hermanas. El corazón al galope, el aire ya no ingresa por la nariz, sino que se abre paso por la boca, también mojada, también abierta. Su lengua, abandonada a una languidez alerta, descansa sobre el labio de abajo y lo humedece. Fue una vergüenza para la familia y una desgracia para ella que él la descubriera y la expusiera al escarnio vecinal, ofendido en su dignidad de hombre joven. No era sólo que se sospechara premeditación y reiteración en el espionaje medianeril, además era inconcebible que una mujer considerara normal el apetito de esa carne morena que la encendía y no la dejaba dormir. Un cachetazo había sido suficiente para dejar claro el desprecio que sentía por ella. Se lo había propinado en medio del patio, adonde la había arrastrado de un brazo, sin que ella pudiera nada para evitarlo. Una aguantó el golpe en silencio y volvió a mirarlo a los ojos. A él, a los demás. Padres, hermanos, primos, vecinos entraban en sus ojos, apenas húmedos. No bajó la mirada, a pesar del llanto de su madre, de la vergüenza en los ampulosos gestos de su padre. Les sostuvo la mirada a todos y era sólo una niña junto a la pared húmeda del patio.

El éxtasis comienza. Uma se derrama sin coto. Cierra los ojos y contiene la respiración al tiempo que el corazón bombea como loco, como un loco, una cachetada que le quedó impresa en la mejilla durante una semana, que le dolió y la marcó para siempre, ella, la diferente, la *fuoricasta*. Cachetada que luego luego él se agachó se arrepintió la esperó la quiso y ella le dijo que sí dejó que la besara te odio pero se abrió como ahora igual que ahora sí sí sí

Uma nació un día de lluvia y barro en Constitución. Oma Dina había sido la única que se le había acercado y, haciendo caso omiso de los vómitos, la había arrastrado bajo un cielo gris que estrangulaba cualquier esperanza, hasta el zaguán inequívocamente adornado con dos farolitos carmesí, ubicado a quinientos metros de la estación, sobre la frontera con el Reino de La Boca. Cinco minutos duraron los arreglos. Oma le pasó a Ramona un pequeño paquete envuelto con hilo sisal y le agradeció con un movimiento de cabeza. Acto seguido, la levantó a ella del suelo, adonde había ido resbalando y con el revés de su mano le secó las lágrimas, que se mezclaban con el agua dulce de la lluvia. Jetzt, keine Träne. Sie müssen absolut nicht weinen. Sie müssen stark sein. Jetzt is wenn. Sie müssen sich bessern und zurückkommen: Auge um Auge, Zahn um Zahn.¹ Oma la obligó a estrecharle la mano y luego la hizo entrar en el piringundín. La puerta quedó abierta.

Los primeros cinco meses fueron atroces para Uma. Dejó de comer y su cuerpo se convirtió en un conjunto de líneas picudas y ángulos rectos. Un par de semanas pasaron y sus ojos opa-

1. Ahora, basta de lágrimas. Basta de llorar. Tenés que ser fuerte. Ahora es cuándo. Tenés que mejorarte y volver: ojo por ojo y diente por diente.

cos ya eran capaces de distinguir veinte tonalidades diferentes de marrón, todos relacionados con las distintas presentaciones de la mugre. Ramona no la usaba no sólo porque le hubiera prometido a Oma Dina que no iba a obligarla, sino porque el Danubio Blu contaba con una atracción de fascinación inigualable, que volvía a Uma prescindible: Ayelén —a quien de día todos llamaban Raúl—, la cordobesa. No sólo cantaba y bailaba los ritmos de moda —eso también podía verse en la calle Corrientes—, sino que en el Danubio podía solicitarse el servicio completo: al paso, hora, dos horas y Noche Danubio Blu. En grupo o de forma individual, hombres de las clases más encumbradas de la ciudad la atravesaban de una punta a la otra para disfrutar de las capacidades amatorias de Ayelén. La infidelidad transformista más que engaño era exotismo, y no se consideraba causal de divorcio.

Ayelén era también una prodigiosa monologuista. Ventilar los trapos sucios de la oligarquía vacuna y terrateniente desde arriba del rudimentario escenario del Danubio era lo que más disfrutaba en el mundo. La acompañaba un charanguista del interior, Ignacio, del que poco se sabía. Cumplía horario de oficina, doce horas de martes a domingo, por lo general de seis de la tarde a seis de la mañana. Ramona lo había encontrado tocando bailecitos y huaynos por monedas en las escaleras de la estación, sin zapatos, delgado como un junco, y le había parecido perfecto para apuntalar el costado “de acá” de Ayelén, cuyo refinamiento (tenía más escolarización que todo el Danubio junto) era difícil de esconder. De eso hacía ya media docena de años. Ignacio se había convertido en parte integrante del Blu con su parquedad respetuosa de la desviación normativa, que era lo común en el establecimiento. Allí había terminado de crecer y cuando Uma su sumó al plantel

en calidad de criada, el metro ochenta y cinco de Ignacio hacia estragos entre las chicas.

El sur de la ciudad era tierra de hombres solos. Vientos fuertes y polvo levantisco era el contorno de los depósitos que se amuchaban a salto de mata en los alrededores de la estación. *La Nación* aseguraba que la Argentina tenía más autos que París y más líneas telefónicas que Japón, pero éste era un dato incorroborable para los habitantes de Constitución, que se movilizaban mayormente a tracción a sangre entre plantaciones de alfalfa. Era gente de domingos sudados en el orticello familiar, que crecía en franjas irregulares de tierra. No se trataba de jardines, al contrario: los tres o cuatro metros con tomates, un par de zanahorias y alguna lechuga, eran la estampa viva de la miseria, de trabajo a contraturno y en exceso, de resignación y hambre.

El Arsenal de Guerra –tan activo apenas unos años antes, cuando la recordada sonada de la UCR– era un oasis de modernidad enclavado en un horizonte conformado por la confluencia de diversas culturas campesinas. La Sección Transporte, por ejemplo, era paseo obligado de los niños, que alcanzaban con facilidad el éxtasis contemplativo. Bastaba que algún agente accediera a encender por un momento los faros de uno de los Ford T refocilados en el garaje. Única construcción en la zona dotada de instalación eléctrica gracias a la labor de su ingeniero principal, Babacci, el Arsenal era un imán para los pobladores del sur de la ciudad, que vivían desgarrados por el tironeo de dos mundos antagónicos: las nuevas tecnologías los atraían tanto como los angustiaba el relajo de las tradiciones que sentían fundamentales para su identidad.

No hubiera podido decirse que entre Constitución y el centro de la metrópoli existiera una conexión real. Se daba más bien una especie de coexistencia difícil, una coordinación ten-

sionada de dos mundos que avanzaban por carriles diferentes, a velocidades incompatibles. El sur imitaba lo que atisbaba en el norte y lo reproducía, pero mal, torcido, deforme. El original se remedaba grotescamente y eso era lo importante: que a partir de la diferencia, de lo que *no* era, el original fuera convocado. En esa distancia entre original y copia vivían hombres y mujeres cuya añoranza de lo que habían perdido los enfrentaba a sus propios hijos, habitantes del nuevo mundo y también de la ciudad moderna, capaces de remontar con naturalidad la coexistencia tirante de esas dos Buenos Aires.

Todo era aparente en el Danubio Blu, como en todos los piringundines de puertas doradas e interior oscuro. Ramona lo dirigía con mano dura, ayudada por su incapacidad para sentir. Gracias a Dios –solía vanagloriarse frente a su eterno vasito de lemoncello– soy inmune a todo. Se sabía vagamente que durante su juventud, hacía muchísimos años, había tenido marido e hijos, pero ninguna de las chicas ni Felisberto, el pianista que contrataba para las grandes ocasiones (fiestas, orgías y despedidas de solteros), ni Ignacio, ni Ayelén, ni tampoco Rubén –el anciano cocinero– le habían conocido jamás familiar de ninguna índole. Algunos sostenían que era una ex presidiaria por la forma que tenía de armar sus cigarrillos, más finos de lo normal, como si quisiera ahorrar tabaco. Ésa era su primera actividad del día: despertaba, se lavaba brevemente (tres veces por semana) y ya se la podía ver armando sus puchitos para la jornada que tenía por delante. Treinta y cinco cigarritos justos.

Ramona era implacable. *Business is business* repetía incansable frente a los reclamos o pedidos de excusa de las chicas. Les cobraba todo: casa, comida, ropa, perfumes, pinturas, alhajas. Todo lo anotaba en su libretita de tapas azules. A Uma le apuntaba los utensilios de limpieza. El suyo era un reino de deudas

impagables. Ayelén era la única que no le debía nada. Vivía en el Danubio porque quería, convencida de que todo lo que hiciera en la Capital impactaría de alguna manera en la estrecha sociedad cordobesa que la había parido, y especialmente en su padre, respetabilísimo y monolítico como correspondía a un descendiente directo del último virrey del Perú.

A medida que a Uma le crecía la panza, Ayelén –que al principio la había mirado con ese desprecio rancio que le salía en automático (otra negrita escupida por las entrañas de la puta calabresa)– comenzó a preocuparse por las dificultades evidentes que tenía para realizar sus obligaciones. La limpieza del piso, en cuatro patas y con todo el peso de su cuerpo sobre el cepillo de cerda para sacar la suciedad pegoteada en las baldosas delicadamente floreadas, por ejemplo, le resultaba agónica de mirar. Para las chicas, en cambio, era un espectáculo magnético. Tras el almuerzo, cuando Uma tenía por costumbre ocuparse del piso, acudían en tropel a recostarse blandamente en los sillones, desde donde competían a quien divisaba más manchas, acomodadas entre almohadones, risas, cosquillas y conversación, en suma, se distraían. No la ayudaban porque Ramona se los había prohibido: inútil intentar esconder la aspereza de las manos tras cremas extranjeras, acá o se labura o se labura, las aleccionaba. Lo cierto era que en el último tiempo, luego de un período de flacura extrema, Uma había empezado a ensancharse. Su vientre se expandía con gusto hacia adelante, redondo y tenso, proyectando su tersa piel morena hacia el más allá, en busca del contacto con el otro. El vestido con el que llegara de la mano de Oma le había quedado chico luego de los primeros meses. Uma quiso entonces mandar a comprar género para hacerse un atuendo que la incluyera toda, desde la pera a los pies, pero Ramona se opuso con firmeza argumentando que la clientela

iba a pensar que el Danubio era albergue de fenómenos extraños. En la búsqueda de un modelito económico y a la vez versátil, Ramona adquirió de un turco que aparecía dos veces por mes –cuando se acercaba a la capital a comprar chucherías que luego revendía en el interior– una túnica turquesa con cuello redondo, bordada a mano con motivos orientales en colores vivos. En el frente, una banda geométrica recorría la túnica de la gargantilla a los pies. Las mangas eran amplias, pero breves: apenas cubrían el brazo, entre el hombro y el codo. Luego de sumarla a la pródiga lista de deudas que Uma mantenía con la Casa, Ramona estipuló que ése sería el único atuendo apropiado para ella, razón por la cual Uma ya no pudo salir a la calle: incluso dentro del Danubio, el escándalo que se generaba cuando clientes en espera avistaban sus brazos desnudos era mayúsculo. Esto le dio al establecimiento cierta fama lasciva adicional: sólo en el Danubio Blu podían verse mujeres “de verdad”, de madres a hijas (Ramona caracterizaba a algunas de sus chicas, atenta a los deseos de dominación que consideraba comunes en la platea masculina) y no simplemente putas.

La túnica terminó haciendo de Uma una chica más. Los mismos hombres que antes pasaban junto a ella sin verla, de pronto descubrieron una atracción más poderosa que Ayelén en el Danubio: la posibilidad de explorar el amor carnal con una mujer preñada. El revuelo que su presencia causaba en la clientela –que la sorbía con los ojos, invitándola con insistencia a sentarse y compartir algún traguito– le generaba pánico a Uma, que intentaba por todos los medios no aparecer por el salón luego de que se abría al público. El aguzado ojo de Ramona, sin embargo, pronto detectó ese filón inatendido del negocio. Era uno de los pocos tabúes todavía en pie en esa sociedad que crecía olvidada de toda regla y una verdadera mina de oro para

el que estuviera dispuesto a explotar el morbo que generaba en el mediopelo burgués. Inconveniente le resultó la vomitera de Uma, que devolvía incluso lo que no comía. Lo peor era la mañana: pasaba del sueño rotundo, macizo como las paredes del Arsenal, a la hamaca saltarina de la náusea sin solución de continuidad. Uma se despertaba y cinco minutos después ya la pequeña montaña de aserrín que Ignacio se ocupaba de dejarle antes de irse a acostar hedía a bilis y jugo gástrico. El olor era repugnante y más en la cocina, recinto que se penetra con una idea vaga, pero cierta, de sabrosura culinaria. Uma durmió sobre la tierra del patio, hasta que el calor del verano, tórrido, la obligó a humillarse por un metro cuadrado de baldosa cuya frescura la condujera sin contratiempos a las profundidades del sueño. Promediaba enero y Buenos Aires era una sartén al rojo, especialmente en el Danubio, donde Ramona prohibía abrir las ventanas de salón y habitaciones desde que notara que la distinguida clientela disfrutaban de ver a sus futuras presas bufando de molestia, torturadas por el calor. Uma obtuvo su lecho de baldosas, pero a cambio tuvo que avenirse a consentir el manoseo lúbrico de impecables caballeros con mostachos a dos aguas. El ribrezzo que le generaba el deseo desbocado de lo que el staff catalogaba puertas adentro como “doble v” (viejos verdes) se sumó a la náusea debida al embarazo, resultando en un enérgico deseo de parte de Uma de morir de una vez por todas para escapar de ese infierno. Si no lo hizo fue por la imperiosa necesidad de dormir, que no le dejó tiempo suficiente para compaginar la trama macabra entre vómito y vómito.

Serían las once de la noche. Ramona —que, acodada en la barra, conversaba con cierto emérito director de diario— se quitó el cigarrito de la boca y la mandó llamar. Uma hacía por lo menos hora y media dormía desmayada de cansancio

debajo de la mesada de la cocina con la complicidad del viejo Rubén, que había trabado la puerta para tener tiempo de reaccionar en caso de necesidad y urgencia. Maribel, con cuatro servicios encima a esa temprana hora de la noche, fue la encargada de buscarla. Los ronquidos de Uma –sutiles como matraca en carnaval– le dieron ternura, y entre zamarreo y zamarreo le pidió a Rubén que la entretuviera un rato para no volver enseguida a cabalgar muslos impecablemente vestidos –era miércoles y el 2x1 atraía a varones que de tan rancios ya estaban prácticamente podridos– con la caripela de bebo-ta inocente que causaba estragos entre la viril clientela. Uma siempre había tenido el sueño pesado y fue necesaria la energía concurrente de Rubén e Ignacio –enviado por Ramona a ver por qué no aparecía la gorda– para hacerle abrir los ojos. Ignacio la escoltó al salón, compartiendo la náusea con Uma, intuyendo lo que estaba por suceder.

Fue, en efecto, un espectáculo algo fuerte para sensibilidades tradicionalistas que no compartían con Ramona el gusto por la transgresión. Para empezar, como la jeta de su pupila no correspondía al jolgorio marca registrada del Danubio Blu, la llevó detrás del mostrador y, de rodillas para que no la vieran, la obligó a aspirarse unas liñitas. Mientras, relojeaba el salón de abanico y sonreía por encima de la copita de lemoncello, sexto dedo de su mano derecha. Endrogada pero todavía somnolienta, Uma trastabilló al bajar el escalón de la tarima y fue a parar a los brazos de un Montesco de vientre abultado e impecable patilla, feliz de verla babeando sobre su pechera. Ignacio interrumpió por un momento su interpretación de “Plantita de Aleli” para ver si Uma necesitaba ayuda, pero la ronquera imperativa de Ramona lo devolvió en seguida a su lugar y a su música, otro descuido y le descuento la noche completa, mascarita.

El obeso pretendiente –parecen hechos a imagen y semejanza, cuchicheó Ayelén tras cartón muerta de risa– puso su manota en los abultados pechos de Uma que de pronto se sentía despierta como antes, cuando vivía en la casa de su padre y espiaba la ducha de su vecino por el tabique, húmeda de deseo y muerta de calor. Se sentía bien, se sentía muy bien, despabilada y con energías, alegre, fuera del agujero negro que le chupaba los días, dejándole sólo náuseas y la tristeza de sentirse sola en el mundo. De pronto tuvo hambre y se mandó pedir una Calabresa Delucs, masa gruesa –la especialidad de Rubén–, que encantado pagó el ventrudo, si bien Ramona de todas formas la agregó a la larga deuda de Uma, cosa de mantenerla con la cerviz baja. Hacía meses que no ingería algo tan succulento. Enajenada, ausente de su contexto, ida en un raptó de voluptuosidad y placer, no percibió que el varón que la observaba tragar en un éxtasis profano alargaba su mano muslo arriba con ojos brillosos y una sensación de sequedad en la boca. Uma lo dejó hacer porque no estaba allí: transportada por el raptó erótico que le provocaba sentir la muzzarella en la boca, las aceitunas entre los dientes, el tomate, la longaniza, la masa esponjosa, suave sobre su lengua, volvió de pronto, violentísimamente, a la mesa familiar, un domingo caluroso de verano. Signù, en la cabecera, daba cátedra acerca de la importancia dei sordi nella vita. Senza sordi un se po' vivare. Sus hermanas cuchicheaban maldades acerca de sus vecinos y, en especial, sobre los dos Marano mayores, que desde hacía días las rondaban con disimulo, llenándolas de requiebros. Uma tenía los ojos colgados de la ventana. En el patio, u terrone –así le decían para hacerle hervir la sangre– cortaba leña al sol, su torso de muratore all' aria aperta, a la vista de todos. Era para Uma un espectáculo fascinante. No podía quitarle los ojos de encima. Los brazos iban hacia arriba

y los omóplatos se marcaban en la parte superior de la espalda. Los hombros, morenos, se tensionaban para descargar toda su furia en el descenso. Ya partida en dos, la madera se acumulaba contra la pared del fondo del patio. Ahí alcanzaba a verle la cara sudorosa, las cejas negras encabalgadas sobre dos ojos enormes, avellanados, la nariz levemente ladeada hacia la izquierda, la mandíbula fuerte, en armonía con el resto de su cuerpo compacto, delgado pero atlético. Uma lo miraba y se volvía puro instinto. Sin entender cabalmente por qué, su interior se derramaba en un flujo oloroso, dulzón, que mojaba su bombacha, su vestido y a veces también la silla. Era incontenible la sensación de placer que la embargaba cuando l' africanu, terminada la labor, se aseaba brevemente en el balde del patio. Uma veía el agua que lo recorría impúdica de la cabeza hacia abajo y no podía hurtarse al rapto de voluptuosidad que la aferraba. Su respiración se hacía lenta, trabajosa. La boca de pronto abierta hacía entrar el aire a bocanadas en sus pulmones, que se hinchaban gustosos, empujándole el pecho hacia arriba. Inconsciente de su cuerpo, de sí misma, un contoneo incontrolable apresaba su vientre, al que se abandonaba hasta que doña Nunziata la llamaba con severidad al orden:

–Oi, creti! Cretina! Finiscialla! Stati ferma, ia a Gesù Cristu!

Era lindo mirarlo. Observarlo en detalle y con delectación. Sorberlo con los ojos, sintiendo un ansia grande de olerlo, de tocar su piel, de acariciar su pelo, de ver –de una vez por todas– su sexo, intuido desde siempre debajo de la tela rústica de su pantalón, imaginado en la oscuridad compartida de la habitación, palpitantes las manos entre las piernas, los ojos cerrados, la labios húmedos entreabiertos.

Don Dinero llegó al éxtasis y derramó un líquido blancuzco y pegajoso sobre los muslos de Uma, muy cerca de su panza

inflada. Imperioso, le ordenó que lo limpiara con la boca. La negativa de Uma, que se había parado y pugnaba por soltarse de su garra para volver a la cocina, lo calentó bastante. Nuevamente tieso, en un dos por tres arregló los detalles tarifarios con Ramona, mientras empujaba a Uma hacia una de las piecitas del fondo. Uma pateó, arañó y escupió. Si su festejante hubiera tenido pelo también le hubiera arrancado un par de mechones, todo en vano. El fino señor la acostó en el camastro de una cachetada, le levantó la túnica de inspiración árabe y, con el miembro en ristra, la penetró a pesar de su resistencia, de los insultos, del llanto.

Nadie llevaba la cuenta, pero la semana cuarenta estaba a punto de comenzar y Uma seguía como siempre: limpiando de día y abriéndose de piernas por la noche. Lejos de redundar en una mejor calidad de vida, gracias a la poderosa imaginación de Ramona, más trabajaba Uma, más le debía a la Casa. Superado el shock inicial, Ayelén –haciendo gala de una amabilidad que nadie le conocía– le había mostrado las ventajas de la situación en la que se encontraba: ser deseada es tener poder, chiquitita. Y tener poder es imponer condiciones. Así, Uma accedió a prostituirse siempre y cuando pudiera elegir con quién. Pretendientes no le faltaban, más bien lo que escaseaba era el tiempo: sus atenciones tenían lista de espera. El morbo de empernarse a una embarazada pegaba mucho en la tercera edad, hecho que no dejaba de ser conveniente, ya que era el sector de la clientela que mejor daba de comer y más propina dejaba.

Llegó enero y con él un sol leone que quemó orticelli y jardines, que hizo transpirar, que quitó alientos y abrasó, que apretó hasta provocar dificultades respiratorias: no puedo, Ramona, me agito tanto que no alcanzo a respirar, ¿entendés? Me ahogo, siento que estoy corriendo una maratón. Me quedo sin aire.

Ante la imposibilidad de servicio de Uma, Ayelén le propuso compartir el escenario. El Danubio va a tener un espectáculo inigualable, Ramo, vas a ver: van a venir de todos lados para vernos. Nachito nos toquetea el charango, yo monologo y la gorda canta: impecable, no puede fallar. ¿Qué tal, cómo lo ves?

El escenario le dio a Uma muchas cosas, pero una fundamental: desenfado. Se convirtió en otra. Se inventó un personaje que, por primera vez en mucho tiempo, la transportó a un lugar placentero. Era a ella que, noche a noche, iban a ver, a escuchar. Desde arriba del escenario observaba cómo la miraban los hombres y veía los mismos ojos hambrientos que una vez ella había tenido para l' africanu. Detrás de las candilejas Uma conoció el poder. Y comenzó a gozar del sexo. Con uno, con dos, con ninguno: el espectáculo que compartía con Ayelén se volvió central en el Danubio y Ramona se cuidaba de llevarle la contra. Era un tironeo constante por quién imponía las reglas, que Uma aprendió a saborear. Enfrentarse a esa mujer dura, destemplada, era lo único que le daba la dimensión de sí misma: soy una roca, yo no me doblego ante nadie.

El embarazo significó en Uma una desinhibición total. Su propia capacidad de crear vida la hacía sentirse fértil, pródiga, y la calentaba. La turgencia de sus enormes pechos, el tamaño de su pezones, su vientre abultado la conectaban con su sensualidad. Nada pudo su educación de borghesaccia transterrada ante el embate del instinto: así como l' africanu le había dicho un día que tenía otra mujer, ella tuvo muchos hombres. Los que quiso, los que eligió. Incluido Ignacio, que no soportaba verla con otros y, al mismo tiempo, era incapaz de hacerse a la idea de dejar de tenerla, aunque más no fuera entre varios.

El 12 de enero amaneció brumoso y muy temprano: la primera contracción se desató poco después de las cinco de la ma-

ñana y encontró a Uma todavía en la cama del cuartito de servicio, donde Ramona la había acomodado, una vez que Uma manifestó que ya no quería dormir sobre el piso de la cocina. Su panza, que día a día desafiaba los principios más fundamentales de la física (en especial, la ley de gravedad), se volvió marmórea en cuestión de segundos. Era una dureza dolorosa, que le quitó a Uma hasta la posibilidad de quejarse. Pero no la de gritar.

Ignacio apareció en el tercer rugido. Luego, entre exclamaciones de algarabía y estupor, un pequeño corro se juntó en el vano de la puerta. Algo de milagroso tenía el espectáculo que atraía a las chicas, provocándoles fascinación. Ayelén y Rubén, más tímidos, decidieron esperar mateando en la cocina, pendientes del movimiento pero simulando otras prioridades, ¿hoy viene el petiso? Creo que no, bah, espero, porque no voy a comprar longaniza.

Ramona fue la última en apersonarse. En tono conminatorio mandó a cada cual a su cucha y llevó a Uma a los empujones hacia la escalera.

–Subí –le ordenó.

–No puedo, de verdad –contestó Uma, desarmada frente a ese dolor que la partía al medio, que la inmovilizaba, que no la dejaba pensar.

Ramona armó y encendió el primero de sus cigarritos y mandó llamar a Rubén, para que le trajera un balde de agua. Una vez que estuvo al pie de la escalera, de nuevo:

–Subís y llevás esto con vos. Vas a lavar el piso. En cuatro patas te quiero.

Los gritos de Uma llegaban a la calle. Era la desesperación de no poder defenderse, de sentir que la estaban abriendo de abajo hacia arriba. Le estaban rajando la panza en vertical.

Uma gritaba y subía y arrastraba el balde con agua, escalón por escalón, boqueando como un pez rabioso fuera del agua. Con la mano que le quedaba libre se sostenía la barriga o la aplastaba hacia abajo, como queriendo desprenderla de su cuerpo. Aullando como una loba llegó al primer piso, a la habitación de Ramona, que había subido detrás de ella.

–Me parece poco –observó–, traete otro.

Llorando a los gritos, Uma le suplicó que la dejara tranquila, por lo menos hasta que pasase lo peor. Ramona repitió:

–Otro. Ya.

Antes de que Uma pudiera acomodarse para bajar, Ignacio depositaba un segundo balde junto al primero. Ramona lo volcó con un puntapié impaciente.

–¿Vos pariste muchos, criatura? ¿Me vas a enseñar a mí cómo se hace?

Se volvió hacia Uma y la instó a bajar.

–Vamos, che, que se hace tarde.

Estaban todos y sin embargo la casa parecía desierta. El único que se resistía a dejar a Uma con Ramona era Ignacio, que permanecía silencioso detrás de la madama. Uma iba por la mitad de la escalera y pugnaba por arrastrar el segundo balde con una dificultad evidente.

–Un minuto y sigo –aclaró hiperventilando, inexplicablemente más tranquila que hacía unos minutos.

Al sentarse comprendió que la humedad que sentía en las piernas no tenía que ver con los baldes.

–Me meé –observó en shock. Qué asco.

Ramona le indicó a Ignacio que buscara en su habitación sábanas limpias y le encargara a Rubén un balde de agua tibia. Y un cuchillo filoso.

–Y andala a buscar, que capaz me pare en la escalera y me mancha el cedro.

Ayelén, curiosa, llegó con todo lo que Ramona había pedido, preguntando si podía ayudar en algo. Ramona le indicó que corriera los muebles y le hiciera espacio a Uma, que gemía empujándose la panza hacia abajo. Aplastó la colilla del cigarrillo con el pie y con una cintita roja ató el pelo de Uma.

–Contra la envidia –aseguró escondiendo detrás de la dureza de su rostro un gesto que no dejaba de trasuntar algo que podía confundirse con el afecto.

Se lo aseguró fuerte, en una especie de rodete cerca de la crisma, de modo que no interfiriera con nada de lo que estaba por acontecer. Luego le ayudó a quitarse la túnica, con lo cual el cuerpo de Uma quedó a la vista de todos, a la intemperie, desnudo y hermoso, sudado. Más allá de la vergüenza, olvidada de las convenciones, luchando por sobrevivir, Uma deambulaba por la habitación, como una pantera en una jaula, gritando con cada contracción que, además, la obligaba a acuclillarse.

Ramona la deja hacer. En trance, Uma se agarra de la silla, de las mesa, del baldaquino de la cama. Grita desesperada, aúlla palabras inarticuladas, mezcladas con sudor, con el dolor de partirse al medio. Y de pronto, agarrada en cuclillas del baldaquino, una cabeza nace al mundo por el sur. Ramona, atenta, la toma entre su índice y su dedo gordo mientras Uma sigue pujando y gritando, llorando de dolor. Poco a poco sale el cuerpo de un niño que también llora y no quiere abrir los ojos. Ignacio, pálido, se adelanta con el cuchillo y bajo las órdenes de Ramona corta el cordón. Ayelén envuelve al reciénvenido en una sábana. Uma cae al piso, está agotada. En posición fetal su respiración va regularizándose de a poco. Mira a su niño desde allí. Se siente muerta: no quiere moverse más.

/ falso contacto

–Está todo, lo hiciste bien –observa Ramona, luego de una inspección rápida–. Dale de comer y limpiá este despelote. A las nueve tenés que estar en el escenario.

Le puso Arcangelo, el nombre que l' africanu hubiera querido para él.

2. Porque nunca quieres nada que a ti te comprometa

Eran cerca de las siete de la tarde y la redacción estaba en su momento de ebullición. Las noticias circulaban de boca en boca, los periodistas las comentaban en voz alta, a través de los escritorios. El vigilador del piso sufría la grosería descontrolada de los gritos y escondía la nariz en el *Olé*. Don Bartolo, con la posteridad en los huesos, aprovechaba para espiar por sobre el hombro encorvado del hombre, el módico revuelo que generaba al sur del sur la posibilidad de la traición que había llevado a Zinedine Zidane del Juventus al Real Madrid. Estamos en el segundo semestre de 2001.

El bullicio no afectaba a Nacho, que circulaba por la vida alegre y con viento en popa. Ya saliendo de los treinta, empezaba a cosechar los frutos de una vida al servicio de la abstinencia: nada lo vulneraba. Nacho miraba los saqueos y sentía una indiferencia ribeteada por la sanción moral esperada de toda persona políticamente correcta. Lo que primaba, sin embargo, era la distancia, ¿quiénes eran esas personas? ¿Qué tenían que ver con él, el señor Ignacio Porter? Tenían hambre, eran desocupados. Lo sabía, lo entendía, estaba convencido de ello. Sin embargo, primaba la distancia. Cosas atroces que les sucedían a

otros, muy lejos, en algún lugar del conurbano. Nacho vivía en su burbuja de comfort, a pesar de la inestabilidad del país, de la crisis constante que era la vida en una nación sudamericana. La tranquilidad que le daba su trabajo fijo, repetitivo y fácil, que él disfrutaba; su departamento cuyo alquiler pagaba con la ayuda de sus padres, sus fanes número uno, siempre dispuestos a darle una mano (que él aceptaba sin vergüenza: sangre de su sangre); su Peugeot 306 usado, su vida de soltero emancipado, entretenido; piezas de un mosaico con coloridas imágenes que amigas y conocidas pugnaban por observar de cerca.

Nacho ejecutaba su cotidianidad con la solvencia de un músico filarmónico. De lunes a viernes trabajaba ocho horas con alegría; viernes y sábado salía por la noche con amigos y amigas o con su chica; domingo: trabajo *free-lance*, asado en casa de amigos o, si ya no era posible una prórroga, comida en Monte Grande, en casa de los viejos. Hacía dos años estaba en pareja con una mujer pequeña en todo sentido –salvo en la edad–, también periodista (de Télam). Le decía “mi chica” y lo calentaba hacer la equivalencia entre estatura y edad, al punto de que cuando la presentaba a alguno de sus amigos y hacían la observación de rigor (¡Es mínima, qué amor!), Nacho se endurecía en medio de una oleada de placer. Le gustaba tener a disposición a una nínfula de apariencia impúber sin cargar con el desprecio social que el viejoverdismo suele traer consigo. El sexo con la criatura era placentero, como todo el que siempre había tenido Nacho. Encantado de tomar la iniciativa, era difícil que se aburriera. Primero, elegía la banda sonora. Una vez que Thom o Kurt o Liam sonaban bajito en el estéreo –para Nacho, el inglés era el IRAM del género canción–, procedía a averiguar dónde andaba su chica, que por lo general se encontraba en el baño. A veces perfeccionaba el delineado de los ojos, otras se

pasaba un toque la maquinita para emprolijarse el cavado o las axilas, todo esto en el máximo de los secretos y con la puerta cerrada con llave porque a Nacho le disgustaba todo lo que no se condecía con la parte bella de la vida. Una vez Rochi olvidó un apósito ensangrentado medio mal doblado entre las manecillas del bidet y Nacho clausuró el baño por una semana, hasta que el olor a asado de sábado por la noche volvió y con él Rochi, a retirar la porquería de su baño. La escena que le hizo fue de proporciones importantes, pero Rochi la manejó con cintura, como siempre, y se dio el lujo de sellar el ataque de histeria observando que más práctico que clausurar el baño hubiera sido pedirle a la “señora” que lo tirara a la basura. Nacho le contestó que la señora iba para limpiar la mugre acumulada durante el fin de semana, no para encargarse de sus asquerosidades fisiológicas. Y cada vez que decía “la señora” su proxémica daba a entender que todo él sentía un profundo respeto por Nélide, a quien conocía desde que era un niño, porque había entrado a trabajar en casa de sus padres. Nacho sabía que limpiar su mugre era un trabajo honrado, y que Nélide y él eran dos iguales: él se alquilaba al diario y ella, a él. Y sin embargo, al recalcar el “la señora” movido por el respeto que ésta le inspiraba, quedaba en evidencia la distancia que él mismo generaba, desesperado intento de diferenciarse, de dejar en claro que —en realidad— en su ecuación particular él era mucho más que Nélide. Nacho era consciente de lo que hacía con las palabras y se apenaba; se sentía sucio al pensarse mejor que Nélide, pero era así: entendía que todos los seres humanos somos iguales, lo declamaba, pero estaba convencido de que no era cierto.

Nacho iba por el cuarto café de la tarde, que no era mucho decir porque más que café eso era agua sucia, como le había escuchado decir a Peppino Impastato, un italiano al que había

entrevistado para un artículo sobre la trata de personas, gracias al contacto de una ONG que lo había traído a dar un seminario sobre crimen organizado y resistencia civil. Hacía un mes, más o menos, los muchachos de Exterior habían hecho una colecta para comprar –con el descuento de la Mutual– una cafetera tipo yanqui porque la máquina general funcionaba sólo con monedas. Monedas que habían desaparecido de un día para el otro, en los vientres metálicos de las recaudadoras Maco o en otro lado, cuestión que ya no estaban en la calle y entonces no había café para nadie. Habían ido Luchi Espósito y Tamy a elegirla para volver cargando con orgullo una Braun de 12 tazas, capaz de satisfacer con largueza las necesidades cafénicas del cuarteto de Exterior. La conectaron en el toma de Nacho, porque era el único que tenía espacio para un enchufe más. El procedimiento, que duró escasos cuatro minutos, se vio interrumpido ocho veces: el imperio de la inmediatez de respuesta obligó a Tamy bajo la forma de dos mensajes de texto, Luchi recibió una llamada en cada uno de sus celulares (tenía tres), el Negro fue convocado via Nextel (contestó con la izquierda mientras con la derecha se mensajeaba con Adriana, de Cultura) y Nacho recibió un emoticón que rebotaba y guiñaba un ojo de parte de su novia, código preestablecido que indicaba que ella –donde fuera que estuviera– pensaba en él. Darse cuenta de que era una pelota y guardar el teléfono sin mirarla: Nacho buscó el manual de la Braun para informarse de si había que curar la cafetera para poder avanzar hacia la primera partida de café gratuito de la historia de Exterior.

A las cuatro de la tarde, puntual como siempre, se convocó a los notables de la redacción para la reunión de tapa. Nacho participaba en ella, en calidad de responsable de su sector, es decir, de jefecito. Las reuniones le gustaban, eran la parte

preferida de su día. Disfrutaba de levantarse del escritorio con una birome en su enorme mano de ex jugador de básquet y revolver con indolencia los papeles de su escritorio en busca de algo que ni él sabía qué era. Lo importante era mantenerse de pie para que sus súbditos lo observaran en contrapicada: esbelto, simpático y bien conservado, sus rizos negros lucían más desde la altura. No era que Nacho fuera consciente de su belleza, al contrario: estaba dolorosamente al tanto de los innumerables recaudos que debía tomar para conservarse como estaba, casi esplendoroso, casi bello. Una ducha típica en su caso incluía siempre algunos minutos dedicados a reflexionar acerca de la postura que debía adoptar al esperar el ascensor, por ejemplo, esos largos segundos a disposición de la mirada del llano, alimento de curiosidades distraídas, observación por descarte. Pensaba también en los mejores gestos para acompañar frases como: ¿Qué talco?, ¿Qué me contursi?, ¿Cómo fue el finde?, ¿Hacemos un after? Dos eran sus caballitos de batalla: la mano derecha en una rápida recorrida capilar, de la frente hacia atrás y una especie de reacomodamiento de la hebilla del cinturón, como si estuviera buscando el centro justo de su cintura. A veces la acompañaba con una especie de sacudida de su pierna derecha. La imagen general del conjunto era que se estaba sacudiendo el pájaro después de haber meado. En un día con poco movimiento, los muchachos siempre le festejaban la ocurrencia con carcajadas y palmoteos a sus respectivos escritorios.

Los minutos anteriores a la reunión de tapa eran el momento que los siervos de la gleba esperaban para distenderse y hablar de más. Los preparativos comenzaban con Nacho desperezándose y emitiendo un sonoro suspiro antes de preguntar la hora. Luchi se apuraba a responder:

–Menos cuatro, Nachu, tendrías que ir yendo.

Entonces él empujaba con el culo su silla hacia atrás y desplegaba su casi metro noventa a un costado de la sala de redacción. Luchi y Tamy lo obsevaban un momento antes de incorporarse ellas también. Por lo general, aprovechaban su ausencia para irse hasta la Revista a hacer sociales. Allí las recibían con alborozo. Su llegada era la campana de largada para la larga queja nuestra de cada día:

–Me quiero ir.

–No puedo más.

–Qué fiaca.

–¡Por Dios y la Virgen Desatanudos!

Eran las más comunes; pero también se escuchaban los creo que me estoy por enfermar, me ahogo, me falta el aire, ¡puf, qué calor!, ¿qué pasa que hace tanto frío?, ¿cuánto falta para irnos?, en todas las tonalidades y modalizaciones que hacen de un individuo cualquiera, un porteño. Tras quince minutos de darse a la queja, por lo general y de mutuo acuerdo se pasaba al chisme estridente y pelado, carroña tan vil como colorida. El límite lo imponía el final de la reunión, ya que cuando Nacho volvía a la isla de Exterior, Luchi y Tamy estaban siempre al pie del cañón, suspirando a causa de la cantidad de trabajo y soñando con las vacaciones en voz alta. Le preguntaban qué se había dicho o cuál era el enfoque preferido por “el diario” para dar tal o cual noticia. Nacho aprovechaba para ejercer un poco de jefecito y reírse de pares y superiores. Luego daba tres o cuatro directivas para terminar entregándose a una intensa seguidilla de llamados, en su mayoría de índole personal.

No era mal jefe y su gente lo apreciaba, a pesar de que cuando Israel bombardeaba Palestina cerca de las ocho de la noche, hora local –obligándolo, con todo el dolor del mundo,

a levantar la nota sobre la fragilidad de salud de Fidel Castro para meter dos mil caracteres sobre el destrozo semita de unos cuantos muertos de hambre armados con gomeras—, el humor se le iba al tacho y sus gritos se escuchaban hasta Constitución. Por lo general, a esa hora ya no quedaban rastros ni de Luchi ni de Tamy, o sea que sólo podía mandonear de mala manera al Negro, que se dejaba porque no le importaba, porque estaba separado y era padre de una hija adolescente a la que no veía y, en general, porque se sentía una mala persona, únicamente preocupado por sacar el Gol con el Plan Ahorro. En esos casos, el Negro escondía la cara en la pantalla y se encogía de hombros, deseando que la ensalada de improperios pasara por encima de su cabeza o por el costado, sin tocarlo. En Exterior odiaban a los israelíes, no tanto por una cuestión religiosa o ideológica, sino porque se la pasaban jodiendo: cuando no era un ataque estratégico, era el asesinato de no sé quién. Y todo, siempre, sobre las ocho de la noche, cuando la página ya estaba cerrada y casi firmada.

Dieron las cuatro y Nacho entró en la oficina de don Bartolo. Tomó asiento entre Política y Economía, la bolas del diario, secciones que establecían la posición del matutino en lo que hacía al panorama nacional. Enfrente se acomodó Información General y en diagonal, Ciencia/Salud. A su lado Cultura y luego Deportes, y más allá Espectáculos. Cuando todos estuvieron sentados, entró la plana mayor: prosecretarios, jefe de redacción, secretarios. La web se acomodó en una punta. Apareció el termo con café y las galletitas de agua, y la función dio comienzo. El secretario de la mañana resumió las noticias más relevantes del día anterior, los editoriales, las colaboraciones de la página nueve y las cartas de lectores, comentó el tratamiento que la competencia había dado a los mismos temas y anunció

cuáles eran los que habían quedado picando para el día de la fecha. Nacho lo observó sin escucharlo, preocupado por dilucidar si la camisa que llevaba puesta era real o Lacoste de La Salada. Se complació al comprender que de todos los presentes, él era probablemente el mejor vestido. Jeans de marca sin siquiera un lavado, camisa ídem, zapatos, cinturón, hasta las medias tenía de marca. Sabía que eso era lo que la empresa pretendía de él: impecabilidad. ¿Podía ir a trabajar como iba Tamy, con sus pantalones vintage y sus zapatos comprados en la feria americana de Puán y Directorio? De ninguna manera. Para eso le pagaban lo que le pagaban, él era la cara visible de una empresa y no podía darse a gustos que desmerecieran el concepto, la línea editorial. Resultaba impropio preguntarse si a él le gustaba el envase que la empresa exigía, con el tiempo eso era lo que había devenido, ése era él: cáscara perfecta, puro exterior, hombre que habitaba la superficie. Lo que ves es lo que es.

Espectáculos opinó que, por tratarse de un tema relacionado con la televisión, les correspondía llevarlo a ellos. Solita siempre fue nuestra. Nacho observó la pelada de Espectáculos y luego se dejó resbalar por la nariz hacia la papada, especie de punta del iceberg que era la barriga, concreción exacta de lo que cualquiera se imagina cuando piensa en Humpty Dumpty. Más abajo, lo sabía incluso si la mesa lo ocultaba, el nutrido manojito de llaves. Junto con su dueño, solían salir a pasear por la redacción al ritmo del tin tin y violín que hacían al chocar las unas contra las otras.

Cultura intervino con fogosidad para aclarar que no porque el vulgo consumiera *Gran Hermano* sin control ni medida había que condescender con la agenda del canal y darle espacio a algo que no hacía sino continuar el embrutecimiento sin límites de “la gente”. Puede que sea un show popular, pero no por

eso nos vamos a bajar los pantalones, concluyó, gráfica. Cerca del orsai, durante toda la alocución cultural, Nacho se dedicó a tratar de determinar si el escote de Cultura siempre había sido dadivoso como en ese momento, visiblemente inflado y turgente. La dureza que trasuntaba la leve musculosa escote en V que llevaba con soltura no se condecía con la antigüedad de la sección, que había superado con creces y éxito el medio siglo.

En eso se escuchó la intro musical de *Te dejo Madrid*. En seguida llegó la voz de Shakira. Nacho tardó un momento en darse cuenta de que era el suyo el que sonaba, se disculpó con un pulgar en alto y procedió a apagarlo. Justo antes de tocar la tecla de ocupado, el nombre del visor de colores lo golpeó con la fuerza de un cross; como los escones proustianos, sin poder evitarlo, se vio de pronto una vez más en el patio húmedo de la casa de sus abuelos.

3. Yo voy ya haciendo mi camino

Salvo la puerta, que ahora era verde, lo demás seguía igual. La misma humedad, las mismas arañas, las mismas grietas en la pared sucia del pasillo. Eran las dos de la tarde y Quimey avanzaba con temor pero sin perder seguridad. Lamentaba la mentira, pero se justificaba pensando que no había manera de relacionar a Bernardo con el asunto. Nadie los había visto entrar. José, en la colchonería, dormitaba sobre el mostrador gastado, medio mirando a Andrea del Boca en Volver. Todo estaba quieto. Justo antes de llegar a la puerta colorada una vaharada de olor a gas los interceptó. Quimey se apresuró a pronunciar una queja resignada, que diera la impresión de siempre lo mismo, che.

Bernardo se tomó su tiempo. Estaba tranquilo porque no dudaba de lo que Quimey le había dicho. La quería y estaba encantado de poder sacarla del apuro. Abrir la puerta le tomó un cuarto de hora. La cerradura de abajo cedió en seguida, pero la de arriba se le resistió varios minutos, no tanto por su complejidad, sino porque estaba oxidada y obedecía de mala gana los movimientos de la ganzúa que Bernardo manipulaba con destreza media. Cuando lo logró, suspiró satisfecho y sonrió a la espera de un cumplido, pero de la boca de Quimey salió otro

pedido, el último. Bernardo volvió a poner cara de disculpe las molestias y cambió la cerradura. No hubo que hacer nuevos agujeros, cosa que alegró a Quimey porque se ahorraban el ruido de la agujereadora y el trastorno de encontrar un enchufe dónde conectarla. No bien terminó, Bernardo le entregó las dos llaves y le preguntó si estaba conforme con su performance. Ella cerró con llave y lo invitó a tomar una cerveza en el San Cristóbal.

Bernardo era un nombre que a Quimey le parecía horrible. Prefería Yoshi, el que le había dado su madre y significaba buena suerte, buen hombre, bueno, en definitiva. A veces le decía Yuki kun, que era la manera correcta de interpelarlo en japonés, tal como él mismo le había enseñado. Se habían conocido en el secundario, en un período en el que, si bien confuso y lleno de problemáticas filosófico-existenciales sin resolución —¿por qué tenemos que vivir en un mundo basado en la explotación del más débil, en la aniquilación de quien no puede defenderse?— se las habían arreglado para explorar el costado epicúreo de sus personalidades. Fiestas, marchas, amigos y amigas, drogas, alcohol, sexo, viajes.

La familia Yuki tenía, insospechadamente, una cerrajería. Se llamaba Japón y estaba ubicada en Directorio y Puán, a escasos doscientos metros de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. A diferencia de otros miembros de la comunidad japonesa, los Yuki no tenían intenciones de seguir su recorrido migratorio hacia el norte para que los hijos de sus hijos tuvieran más posibilidades de ascenso social; estaban conformes con las que habían conseguido en la Argentina. Sus hijos habían accedido a una educación razonable y gratuita en colegios del Estado. De entre ellos, los que más se destacaron en el estudio fueron aceptados en el aristocrático Colegio Na-

cional de Buenos Aires, institución de la que salieron con una idea clara de cómo y dónde continuar sus vidas. Bernardo, por ejemplo, conoció allí las bondades de la militancia y la biología, vectores rectores de su vida posterior. Durante un tiempo, fue militante adherente por convicción de H.I.J.O.S., en cuya Comisión de Escrache pudo saciar parte de las ansias por una mayor justicia social que le impedían vivir tranquilo. Descolló como alumno de Biología en la UBA y pronto distintos profesores lo alentaron a que se fuera a estudiar afuera. Bernardo hizo todo lo posible para evitarlo. Le gustaba Buenos Aires y sentía que podía hacer una diferencia con sus investigaciones en el laboratorio. Su sueño, vanidoso e inconfesable, era curar el Mal de Alzheimer.

Luego de recibirse, ganó una beca del Conicet para realizar su doctorado en neurobiología de la conciencia (aproximaciones no clásicas). El dinero era poco, pero Bernardo lograba llegar a fin de mes dando clases particulares o corrigiendo galeras de textos de su área de especialización para editoriales técnicas. Todo el mundo hablaba de recesión y de la imposibilidad de mantener el 1 a 1. A lo largo de una década, las relaciones laborales se habían flexibilizado más y más, de manera que ahora resultaba ilusorio conseguir un trabajo decente. Como el ansiado contrato jamás llegaba, Bernardo no dudó en estrenarse monotributistas para poder facturar sus servicios, una situación que se confirmaría más estructural que de coyuntura. La alegría de juntar unos pesos para vivir se opacaba con la constatación de que si se enfermaba, no llegaba a fin de mes; si pretendía tomarse una semana de vacaciones, no llegaba a fin de mes; si en la empresa decidían que querían variedad de proveedores para no exponerse a la posibilidad de juicios por facturación en

negro, no llegaba a fin de mes. En resumen, las conquistas de los trabajadores eran para él puro discurso de 1º de Mayo.

Bernardo tenía su beca, gracias a la cual mal que mal sobrevivía. Quimey, para quien la secundaria no había sido tan determinante, se encontraba en cambio en una situación desesperada. Pintora de aspiración, desde hacía algún tiempo chocaba violentamente con su madre, que con la edad se había vuelto más clerical e imperativa que nunca. Últimamente incluso había empezado a dudar de la veracidad de su militancia en la JP –cuchicheada por su tío en el patio fumador de un fin de año con tutta a famiglia–: no eran ya cuestiones de derechas o izquierdas, Carmen Fabiola se había vuelto malsanamente malthusiana: es pobre el que quiere, lo que ganan los porteros es un escándalo, qué país de mierda, adónde iremos a parar. Quimey dejó de tener padre siendo muy niña, una noche que salió a encontrarse con un amigo y nunca más volvió. Carmen Fabiola perdió buena parte de su cordura y todas sus aspiraciones de vivir en un mundo mejor con la desaparición de su marido. Siguió trabajando en el Juzgado de Familia, pero su fe en la justicia humana desapareció por completo. Recuperó entonces sus raíces católicas y se dejó abrazar por la sensación de que nada puede cambiarse en este mundo, basado en la iniquidad y la injusticia. Siendo la derecha y la izquierda las dos caras de la misma moneda de mierda, su único objetivo en la vida pasó a ser sacar ventaja de situaciones coyunturales para salvarse sola. Compró dólares cuando había que comprar dólares, los vendió cuando debía, compró bonos, apostó pequeñas cantidades en la bolsa, en fin: a fuerza de inteligencia y especulación se hizo de un pequeño capital que convirtió prontamente en dos departamentos de alquiler. Uno lo amobló y le colgó una lona en el pequeño balcón, que daba a la calle Perú, a metros del bar El

Federal: Room for rent. Con ése, después de que Quimey se fue del país, la levantó con pala.

Bastaba mirarla cuando se preparaba para salir hacia el Instituto Universitario Nacional del Arte para comprender que Quimey nunca terminaría esa carrera eterna que consistía en engarzar materias como se emboca un balero. Había una dislocación fundamental entre estudiar plástica y ser pintora. Quimey se daba cuenta de eso y se preguntaba por qué seguía con la farsa del estudio, pero lo sabía bien: al cabo de un par de años, cuando Carmen Fabiola finalmente se convenció de que Quimey no lograría un puesto ejecutivo en ninguna empresa importante, sólo aspiró a que obtuviera el título. Ésa era su obsesión y única condición. Te dejo estudiar lo que vos querés, hazelo bien.

Durante un tiempo, Quimey luchó por convencerse de que hacía lo correcto y siguió yendo bovinamente al IUNA. Sin embargo, los cuatrimestres pasaban y ella se sentía cada vez más perdida, más confundida. No era sólo que no supiera qué hacer con su vida, lo peor era que no se sentía atada a nada. Su madre se había ocupado de inocularle el virus de la duda, de manera que ella, naturalmente, era incapaz de creer en nada. Era una derrotada por principio, abandonada sola sobre la vía a la altura de Pampa, momentos antes de que pasara el tren. Por eso Yoshi la fascinaba, por su fogoso compromiso con una causa. Por eso lo había llamado para que le hiciera el favor; por eso se estaba tomando esa cerveza con él. Quería saber cómo era vivir en un mundo con sentido, con buenos y malos, con ganas de luchar por algo, de proteger a los que se quiere.

Quimey abrió la puerta y vio un paisaje lunar. Hacía años que nadie ponía un pie en esa casa. Se habían acumulado cantidades increíbles de polvo en todos lados. En el patio, el agua de

lluvias ocasionales lo había adherido a las baldosas, que se adivinaban coloradas por debajo de la mugre. La primavera, que afuera empujaba leves vientos tibios llenos de panaderos y mariposas, adentro de la casa reptaba convertida en una humedad calurosa, que pegaba la ropa al cuerpo, el pelo al cuello, que fastidiaba y daba la sensación de suciedad. Quimey dejó su bolsito junto a la puerta y colgó las llaves que le había dado Yoshi en uno de los clavitos que había junto a la entrada, increíble que siguieran allí, recuerdo de una vida pasada. Fue hasta la cocina, cuya ventanita enrejada se encontraba cerrada. La mesada de acero inoxidable, el horno de la época de Argentina Potencia, el calefón, le parecía que veía todo por primera vez. El baño, mal distribuido, amuchaba inodoro y bidet junto a una duchita mínima a su izquierda. Lo único a la izquierda en toda la casa, pensó Quimey y enfiló hacia la escalera para subir al primer piso. Arriba, parte de la brisa que corría en la calle se colaba por la ventana abierta, junto con un fuerte olor a podrido proveniente del baldío que alguna vez –en otra vida– había sido un pequeño huerto. Al fondo de la habitación grande vio un armario de madera de tres puertas. Lo abrió y una vaharada de olor a naftalina cacheteó su curiosidad circunspecta. Cuatro perchas de madera se balancearon enganchadas en el barral de metal. Una biblioteca guardaba todavía algunos volúmenes polvorientos, que Quimey prefirió no tocar. En la piecita pequeña había una cajonera de seis cajones, en cuyo interior también encontró los pequeños canelones de papel de diario con naftalina en su interior. En el último, un sobre papel madera muy maltratado por el tiempo y el uso custodiaba una foto sepia. Flequillo recto y pelo ondulado, camisa blanca y pantalones femeninos de tiro largo (axilares, pensó inmediatamente Quimey), guillerminas de taco alto y saco entallado con botones de carey, una mujer

joven desafiaba la cámara con mirada de gato salvaje. Los labios —pintados, se notaba por el contraste de marrones— apenas tensionados aprisionaban un cigarrillo corto, cuyo humo le hacía entrecerrar los ojos. Un sombrero de ala ancha le cubría la cabeza, que se sostenía con una mano, las uñas cortas pintadas ¿de rojo? En medio de la cuidada composición del vestir, una corbata doble, fina, que le terminaba algunos centímetros antes de la cintura. Detrás de ella, la vidriera atiborrada de una librería. En el reverso, Quimey encontró una fecha (26/08/27) y el nombre del fotografo: Guido Rutilante, fotografías a pedido. Quimey se abstraigo algunos minutos observando el rostro de la mujer, que le gustó no porque fuera bella, sino por su fiereza, por la abierta provocación con que miraba a cámara. Devolvió la foto al sobre, lo guardó en su bolsito y salió a comprar.

El día que inauguró su primera exposición individual en la Galería Pablo Fucci, Quimey decidió dejar el IUNA y dedicarse a pintar a tiempo completo, decisión que Carmen Fabiola resistió con tenacidad. Si hubiera tenido padre, si hubiera vivido en otro tiempo, la hubieran amenazado con la calle, pero los estertores finales de los largos noventa se demoraban en el calendario y se respiraba en el aire que en cualquier momento todos íbamos a terminar pidiendo a la entrada del subte. Día tras día nos hacíamos a la idea de que la miseria estaba al final del camino, para que no nos tomara por sorpresa. No era cuestión de cómo hacer para sobrevivir, era evidente que no había para qué hacerlo. *Carnaval hacia afuera y favela por dentro*. A nadie le importaba una mierda de nadie, no había aire, no se podía respirar. Carmen Fabiola creyó suficiente conminar a Quimey a que fuera realista: ¿no ves el circo en el que vivimos? La gente se muere de hambre todos los días, ¿te pensás que a alguien le va a importar que vos pintes un cuadrado de mierda? Hoy en día

el arte no vale nada, m'hija, es un artículo de consumo, igual que un chorizo. ¿Qué vas a hacer, pintar la problemática social de los villeros para que un gordo corrupto te cuelgue una telita en su cagadero deluxe? El veneno que destilaba la lengua de su madre finalmente rebasó el vaso de Quimey que, aprovechando una noche que Carmen Fabiola salía, puso un par de cosas en un bolso, sacó de entre las páginas de *Los Sorias* todo lo que su madre había ahorrado en los últimos meses y se fue. Sobre la mesada de la cocina le dejó las llaves y una nota que decía: Vieja, esta vez no vuelvo.

Rumbeó para el ph familiar, deshabitado desde que nonna Vincenza se había mudado, a instancias de Carmen Fabiola, a un departamento más céntrico, más fácil de limpiar. Con labia y casi por capricho hizo que Yoshi cambiara la cerradura: sólo así se sentía segura, fuera del alcance de su madre.

La casona seguía teniendo agua, pero fría: el suministro de gas se había dado de baja hacía años. Lo mismo pasaba con la luz. Era grande, húmeda y oscura, y por más que Quimey se afanara en poner velas a montones y por todos lados, no bien el día comenzaba a declinar no podía pintar. La pésima distribución de los ambientes, sumada a la ausencia de salidas al exterior y la contigüidad del baldío, la convertían en guarida de mosquitos sedientos de sangre, sonoros como ventiladores en movimiento. Dormir allí, en ese vientre húmedo, entre sábanas nunca completamente secas, picada sin cesar por dípteros ávidos, era una tortura para Quimey, que pronto comprendió la dificultad implícita si quería mantener su decisión en el tiempo.

La primera noche fue de duermevela, pero Quimey despertó pese a todo con ganas de aprovechar el nuevo día. El óvalo espejado del baño le devolvió su cara, convertida en terreno montañoso y colorado. Se contó treinta y seis picaduras en

cara y cuello con la calma de quien se ve desde afuera, se percibe en tercera persona. Su aspecto no le causó impresión alguna. Fue a la farmacia y compró Caladril, tras cuya aplicación su cara se convirtió en una especie de grotesca tarta de frambuesa.

El elevado costo de los materiales de pintura pronto se convirtió en el principal problema a resolver en la rutina cotidiana de la nueva Quimey. No importaba cuánto aceptara comprometer su calidad, el precio siempre era superior a lo que podía gastar en ellos. De telas con bastidor Windsor –las que pintaba cuando vivía con su madre– pasó a las nacionales, luego a la tela pura (sin bastidor), para terminar finalmente en la colchonería de al lado, adquiriendo descarte de tela blanca en oferta. Su idea inicial había sido fijarlas a la pared del primer piso (las que tenían mejor luz) con clavos, pero pronto comprobó que era imposible penetrar la dureza del cemento armado (pintado directamente, sin la capa de reboque que Quimey había conocido en casa de su madre), de forma que terminó pegándolas a ellas con Suprabond y bastante rabia porque todo parecía salirle mal.

Tras dos meses de independencia, Quimey pasaba hambre, vivía en condiciones de ninguna higiene, no podía pintar demasiado porque no tenía materiales, no lograba juntar más por día que lo estrictamente necesario para alimentarse (polenta y pan), todo era tan difícil, tan monotemático, tan resumible a juntar guita, tener guita, buscar guita, generar guita, conseguirla, ¿dónde estaba, la guita? Ir a buscarla, traerla, tenerla, guardarla, generarla, la plata necesaria para salir de ese agujero húmedo e infestado de mosquitos y cucarachas, con un colchón en el suelo, dos sábanas y una olla, sin luz, sin agua caliente, sin nada, sólo ella y sus pinturas patéticas pegadas a la pared con

Suprabond, que se acababa, que había que comprar, pero no tenía plata. No tenía plata, no había, en su mundo. No había manera de llegar hasta ella pintando, era o una cosa o la otra: o pintaba o conseguía vivir.

Cada tanto veía a Yoshi. Sus hambres eran distintos. Él también vivía con poco, pero bien: alquilaba un monoambiente y tenía su beca. Cumplía con todas las obligaciones del doctorado brillantemente y su conducta satisfacía y llenaba de orgullo a quienes lo rodeaban. Familiares y amigos. Quimey, en cambio, naufragaba sola, demasiado orgullosa para pedir ayuda, incrédula de su propio fracaso. Estaba sola y por más que braceaba nunca parecía tocar a los demás. Pasaban a su lado, pero siempre tan lejos, tan ignorantes de que necesitaba ayuda.

Y entonces se declaró el estado de alerta nacional: epidemia de dengue en la República Argentina. Sea meticuloso al realizar la limpieza de su hogar: no deje que se acumule agua en contenedores, recipientes, juguetes, piletas, llantas usadas. En ellos crecen larvas de moscas y mosquitos. No deje que el dengue entre en su casa. Con prevención, al dengue le ganamos entre todos. Más que miedo, Quimey sintió desamparo, pensó en su padre, en cómo hubiera sido tenerlo y agregó la humedad de sus ojos a la del vientre de la bestia.

Antes de terminar su doctorado, Yoshi consiguió una Beca Marie Curie para continuar sus estudios en París. Quimey se alegró por él y le deseó suerte en el viejo continente. La última noche que pasaron juntos, aun compartiendo la cama, comprendió que sus vidas transcurrían en universos diferentes: Yoshi fantaseaba en voz alta con la posibilidad de conocer a los popes de su disciplina mientras Quimey asentía con la cabeza, pero no podía olvidar todo lo que había visto en la heladera. Hacía fuerza para que se quedara dormido y, amparada por

la oscuridad y el silencio, comerse el pan lactal y el fiambre, las Frutigran, las manzanas, las bananas, todo, todo lo que no probaba desde hacía semanas, cuando había visitado por última vez la panadería. No era que no lo quisiera o no fuera a extrañarlo, sencillamente no estaban en el mismo lugar, en la misma pachamama. Quimey lo sabía y no se abandonaba a la sensación de bienestar que le generaba la conversación inteligente de Yoshi, sus piropos –estás más delgada, te queda bien–, sus ansias de sexo tranquilo, porque luego tendría que despertar a su cotidianidad: humedad, mosquitos, amenaza de dengue, frustración, hambre. Tiempo muerto.

Una mañana –hacía semanas que ya no pintaba porque no tenía con qué–, pocos días antes de que Yoshi se fuera del país, Quimey encontró en el ph una puerta tapiada. Al lado de la colorada, que daba al pasillo de entrada, había otra puerta, más pequeña, con la que dio de casualidad. La pintura se había descascarado y, a falta de una ocupación mejor, Quimey comenzó a despegarla de la pared, que sonaba hueca. Comenzó a golpear, primero con cautela, y luego con una pinza que había encontrado detrás del bidet. Le hizo un bollo. Golpeó de nuevo. El cráter aumentó de tamaño. Había una especie de malla de metal y algo de reboque sobre lo que parecía un empapelado con redondeadas flores abstractas. Detrás de eso, madera, que Quimey tocó con la punta de la pinza. Sorprendida y comprendiendo que necesitaría algo más voluminoso en su mano para terminar de desentrañar el misterio, se asomó al agujero, pero sus ojos no pudieron vencer la oscuridad.

4. Dolida pero despierta

Y luego, un día, Odiseo le pidió que dejara de decirle “mi amor”. Se lo dijo bien, sin ser agresivo, incluso se notaba que se sentía algo incómodo. Debajo de la barba, los cachetes se le enrojecieron y sus hombros, incontrolables, se fueron hacia arriba. El pedido parecía causarle gracia y Genovefa, que tenía la cabeza en otra cosa, también rió, divertida a su vez por la vergüenza de Odiseo, algo que siempre le había gustado ver en su rostro, seductoramente varonil. Es que, por más que pareciera imposible, Odiseo era tímido. Había cosas sencillas que lo cohibían y lo hacían sonreír con suavidad, tratando de ocupar el menor espacio posible dentro de la escena que protagonizaba. De pronto perdía el aplomo y se replegaba de manera dulce, queda, volvía a ser un niño y a pedir permiso para hablar.

La mujer que Genovefa pugnaba por ser se burló del pedido con una mueca (algún día me vas a pedir el mi amor de rodillas, nene) y siguió con otro tema, uno que le interesaba más, sin darse cuenta de que el pedido de Odiseo lo cambiaba todo. Habían planeado escaparse juntos para comenzar una vida en el centro (que, ignorante y cándida, Genovefa ubicaba en Balvanera), universo maravilloso y desconocido, ansiado, soñado, paladeado con delectación en sus elucubraciones a

dos voces. Lejos de sus familias, de sus trabajos miserables, del aburrimiento del suburbio: Genovefa cada vez doblegaba peor sus impetuosas ansias de algo más interesante y populoso, más entreverado, confuso, aterrador, apasionante de lo que tenía. Curiosamente, cuanto más se oponían Moliternos y Maranos a su relación, más ahínco ponían ellos en construir un mundo privado de ideas incompatibles con sus familias de origen.

Se llevaban bien. Odiseo, de común arisco, crispado y problemático, junto a Genovefa se apaciguaba. Le gustaba estar con ella, sin necesidad de hacer nada en particular. Sentirla respirar a unos pasos de él, cada uno en lo suyo, le ponía el alma en paz. Además, juntos disfrutaban de todo tipo de salidas prohibidas. Los picnics anarquistas a orillas del río Las Conchas eran una cita obligada. Odiseo se lucía con la guitarra y muchas veces Genovefa lo acompañaba en voz. Interpretaban canciones dialectales, que todos conocían y habían dejado atrás, en su niñez, en otro lugar y otro tiempo. *Bella ciao*, por supuesto, pero también *Il bombarolo*, que gustaba mucho, *A Gh'e' Chi G'a'*, *La fiola dal paisan* e *In un giorno di pioggia*. También se animaban a algunos tangos, que Genovefa entonaba con modismos de arrabalera vergonzosa. El contraste entre el significado de las letras y la manera que tenía ella de interpretarlas era tal que las más de las veces los espectadores saludaban su ejecución con estentóreas risotadas, silbidos y batir de palmas, reacción que — lejos de ofenderla— la llenaba de energía. Le gustaba entretener haciéndose la payasa y con el tiempo fue exacerbando su pose de tímida e introvertida para el acto, que tanto gustaba. Al ver el placer que le procuraba provocar la risa del auditorio, Odiseo la instaba a que pensara la posibilidad de dedicarse a cantar,

algo que no comulgaba con lo que Ermes Moliterno entendía por “mujer decente”.

—De hecho, podrías hacer un numerito en el San Vitaliano: atraerías clientes, podrían cobrar entrada y además subiría un poco el precio de las pizzas.

Genovefa no se tomaba siquiera el trabajo de fantasear con la posibilidad porque sabía que su padre se opondría de manera terminante. Para don Ermes, la única posibilidad para sus hijas de crecimiento decoroso en ese país extraño era el matrimonio con un muchacho italiano de buena familia. Si era del sur, mejor. Al contrario de doña Nunziata, que consideraba que todo lo llegado del norte (de Italia) era estimulante y llamativo, Ermes sentía un rechazo visceral contra los figli di putana che ingrassano con le nostre patate, le nostre cipulle, i nostri fichi, percoche e pumadori e poi siamo i terroni siamo, ne vinimu d’Africa. El misterio que ni Elisabetta ni Genovefa ni Luminosa lograban desentrañar era cómo hacer para casarse prescindiendo del roce social necesario para conocer al muchacho portador de las características indicadas. La oracular respuesta de Ermes —Ya va a venir (o su variante más usual: Va a venir solo)—, lejos de tranquilizarlas, las sumía en una sensación de impotencia e imposibilidad que no se sacaban de encima ni siquiera luego de horas de cuchicheos a oscuras en la habitación que compartían con su hermano Nicola, que dormía detrás de un biombo.

La ventana del comedor era el punto débil de la casa de los Moliterno. Daba a un pequeño jardín que si bien pertenecía a sus vecinos, los Sant’Arcangelo, cuidaban en conjunto porque lo que crecía en él lo vendían entre todos, dividiéndose las ganancias en partes casi iguales (la tajada de los Sant’Arcangelo era un poco mayor). Cultivaban tomates, berenjenas, zanahorias, lechuga, papas, damascos y flores. Los comestibles se

destinaban en su mayoría al autoabastecimiento. Lo poco que sobraba se trocaba con los vecinos. Las flores, en cambio, las cultivaban para la venta al menudeo. Tenían hortensias, margaritas blancas, amarillas y de botón negro, buganvillas, rosas chinas, petunias, correhuelas, dalias y malvas. Además de cintas y costillas de Adán que vendían en maceta. Si bien los que llevaban adelante la cotidianidad del negocio eran Elisabetta Moliterno y los hermanos Raffaele y Aquiles Marano –vecinos del fondo–, las decisiones estratégico-comerciales eran aprobadas en un cónclave integrado por Paola Macugnaga –doña de Salvatore Sant’Arcangelo–, Ermes Moliterno y Massimo Marano, capitolos de tres de las cuatro familias que habitaban la casona. Entre todos decidían qué era mejor plantar en qué época del año, qué convenía hacer con los remanentes, si resultaba prudente mantener un florero en el mostrador de El Invencible para atraer clientes, si había que montar un puesto de venta callejera o, en cambio, convenía esforzarse por captar la mayor cantidad de floristas posibles, de modo de tercerizar la venta. Fue idea de Odiseo Marano, que conocía más gente que el Peludo, establecer un sistema de intercambios con otras florerías y jardines para mejorar la oferta y evitar que la mercadería se echara a perder una vez recolectada. Él mismo había desarrollado el primer contacto con un jardín de Ituzaingó especializado en rosas y con un interés constante por las buganvillas. A partir de allí, poco a poco, se habían ido sumando sin interrupción lo que doña Paola llamaba “compradores intermedios”, es decir, gente que a su vez vendía lo que les compraba a ellos.

El viejo Sant’Arcangelo era sastre y se interesaba poco por el arte de la jardinería, pero eso no obstaba para que considerase justo percibir las ganancias provenientes del terrenito. Junto a los hermanos Carbone, tenía una sastrería de nivel en 25 de

Mayo 382 en la que se vestían todos los grandes personajes del momento, desde don Marcelo T. de Alvear hasta don Leopoldo Lugones, pasando por don Lisandro de la Torre y, claro, don Oliverio Girondo, cómo no. Resultaba imposible agarrar a Arca –como lo llamaban sus coterráneos del barrio acentuando con ímpetu la primera “a”–, con una mancha en la camisa o una botamanga descosida. Los zapatos siempre brillantes y sobre ellos, las polainas grises que escondían los cordones. Arca era el vecino mejor vestido de San Cristóbal. Era quien oficiaba de presentador en festividades barriales, casamientos y cumpleaños, compendio del buen hablar, buen bailar y buen comer. Enciclopedia viviente de la distinción y el buen gusto. Todos lo respetaban por eso.

Despintados, los postigos de la ventana de los Moliterno, maltratados por la lluvia y el viento, se abrían a unos dos metros por sobre los ramilletes violetas, blancos, amarillos, rosas, rojos, azules, que se agitaban con suavidad sobre una profusión de verde vida de distintas tonalidades. La ventana era estrecha, pero Genovefa se las arreglaba para levantar grácilmente una gamba, mandarla por el agujero, sentarse a caballo sobre el marco, levantarse en peso sobre sus manos, pasar el culo, pasar el otro jamón y aterrizar sin mayores contratiempos sobre la tierra, que la esperaba con las manos abiertas y ese olor a campo limpio y mojado típico de los huertos. Toda la operación duraba menos de treinta segundos y estaba supeditada a la ausencia absoluta de vecinos, condición de no tan difícil consecución. Si, en medio de la bajada, Genovefa escuchaba o veía venir a alguien, no dudaba en realizar una arriesgada torsión para lanzarse de inmediato al piso, la cabeza por delante, aterrizando en cuatro patas, rasguñada pero feliz de haberse resguardado a sí misma y a los suyos de la deshonra. Una vez abajo, entor-

naba los postigos con un aceitado manejo de la pala que había viajado desde Figline junto con los Marano –fundida a mano y martillo por el herrero del pueblo, siñù Roccu Michè– y salía del recinto caminando con cara de vine a chequear que todo estuviera en orden y en efecto, está todo bien.

Antes de la pelea con su padre –que resultó en destierro y excomuni3n familiar–, Odiseo solía esperarla en los alrededores del Arsenal de Guerra o, directamente, en Independencia y Entre Ríos. Genovefa tardaba alrededor de diez minutos en llegar a cualquiera de esos dos puntos. El trayecto lo hacía a un trote sostenido, pero disimulado. Era de gran importancia no llamar la atenci3n. Salía con la cabeza cubierta con un chal y un capote ligero pero largo, heredado –junto con una almohada de plumas– de su abuela que ante la perspectiva de la travesía había elegido quedarse en Calabria librada a su suerte. Con él se envolvía el pecho, las espaldas y casi todo el vestido. Sólo sobresalían un par de botas, de cuero marr3n y grandes botones a los costados, remendadas hasta el hartazgo. Pobre botín para eventuales maleantes.

Durante los encuentros con Odiseo, aparte del desenfreno sexual al que se entregaban apenas verse, sucedía poco. Una vez que el anhelo natural se saciaba, quedaban en un estado de gracia –aunque famélicos– en el que disfrutaban congratulándose por lo bien que se llevaban, lo hermosos que se resultaban el uno para el otro, lo mucho que esperaban esos momentos íntimos y, en fin, lo increíble de sentirse vibrando en fase con un otro, cifra de lo desconocido e impredecible. En esos momentos felices, Genovefa le pedía a Odiseo que le contara qué hacía cuando ella no lo veía, a quién había conocido, qué nuevo barrio había visitado, cómo eran Quilmes o Flores. Ella, como todas las Moliterno, estaba anclada a la es-

quina de la casona familiar y por eso una parte de su existencia la vivía a través de Odiseo. Casi sin darse cuenta, pronto se descubrió interesándose por lo que él consideraba digno de nota y repudiando lo que él detestaba. Junto a Odiseo, Genovefa se sentía libre, con él soñaba una vida distinta, en otro lugar. Desearlo —cuando todos los Moliterno lo denostaban y sindicaban como un mal ejemplo para la comunidad italiana del barrio— era para ella un acto de rebelión silenciosa. Dentro de su universo, sólidamente pautado y estructurado según costumbres que provenían, incuestionables, de allende el mar, encontrarlo atractivo, dejarse seducir por sus bravuconerías, era un acto de resistencia del que Odiseo no era consciente. Criada lejos de la tierra que la había visto nacer, Genovefa languidecía en el interior de una burbuja artificial de mandatos familiares, que estipulaban con exactitud lo que se esperaba de ella. Su *vivir afuera* era, en realidad, una existencia de interior, con dictámenes más estrictos porque más lejos se encontraba de su origen y la reproducción de lo socialmente estipulado devenía entonces una cuestión de orden identitario, de no extraviarse y olvidar quién se era. Odiseo se encontraba muy por fuera de lo que los Moliterno consideraban deseable para ella, de manera que la distancia y el signo opuesto de los dos universos a los que Genovefa pertenecía al mismo tiempo, la iban desgarrando poco a poco. Su laborioso empeño para pertenecer a ambos mundos la agotaba, en parte porque Odiseo disfrutaba amontonando iniquidades y los Moliterno eran uno de sus blancos preferidos. Si estaba de buen humor, se informaba de cómo estaban todos, en qué andaba cada uno, cuáles eran sus preocupaciones y alegrías. De los Marano, en cambio, nunca preguntaba nada. Después de que su padre lo echara de la casa familiar, Odiseo evitó ese

frente de conversación porque pensar en ellos lo hacía sentirse culpable. Como si sólo encontrara la fuerza para vivir a su manera, desentendiéndose de quienes lo habían criado y cuidado, queriéndolo como podían, como sabían.

En el mundo de Odiseo, sólo había lugar para él y sus necesidades. Nada más entraba en su horizonte de preocupaciones. Eso, probablemente, era lo que lo volvía tan atractivo a los ojos de los demás: conformaba un planeta autosuficiente, que oscilaba entre la autoconciencia y la autocrítica. Disponible para todos, pero pertenencia de ninguno. Las mujeres, en especial, caían rendidas a sus pies —como moscas, comparaba jocoso Antonio Di Vico, uno de sus incondicionales—, pero él no se confundía. Lo que él quería ninguna mujer se lo podía dar.

En medio de ese panorama, Genovefa era un desliz inexplicable. Eran opuestos en todo. Odiseo se decía que le había despertado ternura, un pedido callado de protección al que él no había podido resistirse, pero lo cierto era que no tenía idea de qué era lo que lo atraía de ella. Desde el punto de vista racional era algo inexplicable: los Moliterno le parecían estrechos, burgueses, tan aburridamente predecibles como sus propios padres. ¿De dónde saliste, Genogeno? ¿Por qué me gustás? Genovefa, aun más incapaz que él de responder a esos interrogantes, se abandonaba sin mayores conflictos al placer que le producía saberse querida. En los momentos de calma, que eran numerosos —aunque esto Genovefa lo sabría después— funcionaban fusionados. Todo les salía sin esfuerzo. Uno tenía ganas de pasear y el otro también. Uno tenía trabajo que hacer, el otro también. Uno quería tomarse un día para estar solo, el otro también. Vibraban en la misma frecuencia, acompasados, hecho que explicaba la ausencia de problemáticas al interior de su relación, cercada por los inconvenientes que los otros generaban en ella.

Se daba así, no había esfuerzos ex profeso: eran extrañamente coincidentes en deseos y ansias, gustos y placeres. Se entendían con palabras, sin ellas, con gestos, toqueteos o tarareos. Era indistinto qué hicieran, vivían en una inaudita comunión de espíritu. Cuando el conflicto aparecía, lo hacía en forma de explosiones de ira, en el transcurso de las cuales era común que Odiseo lanzara cosas por el aire. Su capacidad para la ofensa —no sólo en contra de los Moliterno (en tanto categoría taxonómica), sino también de aquellos amigos y conocidos a los que Genovefa alguna vez había dedicado una palabra amable— la dejaba estupefacta, incapaz de reaccionar. En lugar de ponerle coto a sus ataques con una palabra justa en el lugar que más le doliera, como hacía él, Genovefa se iba corriendo hacia un rincón, desde donde soportaba las interpelaciones exasperadas de Odiseo encogiéndose de hombros y volviéndose pequeña.

—¡Pero con vos no se puede hablar! ¿Qué te creés, que la vida es color de rosas? ¡Despertate, Genovefa, salí del repollo! ¿Dónde te pensás que vivís?

Una vez que la tormenta pasaba, Odiseo retomaba el discorrir de sus pensamientos como si nada. No tenía a Genovefa en menos. No la despreciaba ni la consideraba menos digna. Era como si una especie de amnesia selectiva le ocultara los “defectos” —no siempre reales, pero para él evidentes— que le escupía durante sus explosiones de rabia, tirantes momentos en los que se aplicaba con ahínco apasionado a dejar al descubierto las contradicciones de su compañera. Luego, desfogado al fin, volvía al estado anterior, la miraba embelesado y se ofendía porque ella no le hacía una caricia “de espontánea voluntad”. Lo absurdo de esos chaparrones ocasionales hizo que Genovefa se convenciera de que lo mejor era aguantarlos y dejarlos pasar. Sus esfuerzos, sin embargo, eran poco eficaces a la hora

de olvidar las venenosas invectivas de Odiseo, que pasaban a almacenarse en un lugar vago, cercano a la tristeza.

El rechazo que experimentaban Moliternos y Maranos respecto de la relación que, sospechaban con exasperación progresiva, mantenía Genovefa con Odiseo y terminaría uniéndolos no era un detalle menor. Si él se rebeló al enfrentarse abiertamente con su padre, jurando nunca más volver, Genovefa tampoco dudó en desacatarse, sólo que de una forma más íntima y callada, más acorde a su personalidad. Ningún Moliterno quería a Odiseo, a quien consideraban indigno de Genovefa, pero aun así ella perseveró en su elección, resistiendo tanto las coces de sus padres como las cachetadas de Odiseo, que la torturaba echándole en cara de dónde venía, una burguesota sos, considerándola –en fin– una desorientada:

–¿Qué hacés vos conmigo, me podés decir?

Puesta a elegir entre su familia y Odiseo, Genovefa eligió a Odiseo. Así fue cómo comenzó a paladear la idea de irse a vivir con él, al centro, a una piecita en la cual compartir un mundo privado sin fisgones ni explicaciones, un par de metros de pura libertad. Estaban en todo de acuerdo: se irían a un conventillo del Once, se harían pasar por un matrimonio joven y allí se dedicarían a vivir. A Odiseo se le daba bien la guitarra, eventualidad que su padre lamentaba con meticulosidad de tendero de productos alimentarios. Solía tocar en cumpleaños y casamientos, en carnaval, en noches ociosas y tardes aciagas. Tanto él como Genovefa contaban con la destreza de sus dedos para reunir buena parte del dinero que necesitaban para alcanzar su proyectada *vita nuova*. No tenían grandes ahorros, pero Odiseo hacía amigos con facilidad y nunca le faltaba una puerta que tocar en casos de emergencia. El plan de fuga era vago en varios aspectos, pero lo principal

estaba claro: vivirían juntos, se amarían día y noche, los dos remando codo a codo en el interior del mismo bote. Con un objetivo: dejar atrás la imagen de un padre haciendo sumas interminables sobre papel estraza a la luz de una vela, olvidar los suspiros de un hermano prematuramente envejecido a fuerza de madrugar, desentenderse de una madre abanderada de las reglas del buen vivir: *Il benessere viene dal' lavoro*. Piedra angular de toda su filosofía de vida.

A contrapelo de dificultades que consideraba coyunturales, Genovefa imaginaba un futuro pleno de luz. Desde que estaba con Odiseo entendía a su padre, evangelizador del dos pueden más que uno, la manada es la única salvación para el que no tiene medios. Genovefa sentía que era así: ya nada la asustaba ni le parecía imposible. Bastaba una mirada suya, el ceño fruncido y un pucho en la boca, para que los problemas comenzaran a perder terreno, a achicarse, a volverse dominables y sumisos. Con Odiseo, Genovefa se sintió, por primera vez, poderosa.

Las relaciones Marano-Moliterno habían sido complicadas desde siempre. Si todos hubieran sido italianos, la convivencia ya hubiera sido difícil. Mujeres imposibles de compaginar: gritonas, trágicas, melodramáticas. Fuertes. Verdaderos motores del hogar. Pero no eran sólo italianos: eran italianos del sur, calabreses. De Cosenza y de Catanzaro. Los Marano, en realidad, eran originarios de Figline, un pequeño pueblito de montaña, como un porcino —u *cozzu nivuru*— adosado al costado de la Sila, a unos quince kilómetros de Cosenza. Allí habían nacido todos menos Aquiles, hermano menor de Odiseo. Unos tras otros venidos al mundo gracias a las labores incuestionables de parteras autodiplomadas, expertas a fuerza de prueba y error. Figlineses que un día bajaron a Cosenza y ya no volvieron más que para saludar a la parentela. Cosentinos por adopción, en su

círculo íntimo no se abstenían de sonreír con la famosa cantinela: Se la merda fosse oro Catanzaro che tesoro!

Los Moliterno eran menos escandalosos, pero igual de tajantes a la hora de opinar de sus vecinos. No se explayaban en críticas o ironías porque se preservaban con gran cuidado para el futuro: cuando tengamos i sordi y seamos gente de tratar con respeto. Sólo invertían sus energías en trabajar: *Lavorare e non pensare*, repetía don Ermes, aplicándose a la venta de especialidades calabresas en un pequeño local a quince minutos a pie de la casona. La máxima había resultado efectiva, ya que incluso habiendo llegado varios años después que los primeros Marano, los Moliterno habían logrado una posición más holgada y mejores perspectivas para sus hijos, de los cuales algunos hasta habían hecho algunos años en la escuela pública.

Ese pequeño plus de prosperidad justificaba el esfuerzo de los Marano por ridiculizarlos a toda hora y a como diera lugar. Así, cuando se tornó evidente que Genovefa, la menor de los Moliterno, se estaba convirtiendo en una muchacha atractiva, rápidamente le auguraron un futuro de puta, incluso si al verla la tachaban por lo bajo de frígida. La forma en que Genovefa los evitaba torturaba a los seis hermanos Marano, que en distintos momentos y de diferentes maneras habían tratado de lograr que ella los individualizara y les regalara una sonrisa especial. A Genovefa quienes la deslumbraban eran los Porter, dueños de la librería, imprenta, cigarrería y agencia de lotería El Invencible, cuya vidriera daba la bienvenida por mano izquierda a los habitantes del caserón. Recordaba con nitidez su séptimo cumpleaños, la primera vez que don Porter le dirigió la palabra. Hacía semanas que Genovefa veía como viraba al amarillo la tapa de *El payador* de Lugones, a un costado de la vidriera de la librería. Había algo en el gaucho cantor que le llamaba la

atención y quiso tenerlo, pero cada vez que pensaba en enfrentar al bigotudo para pedirselo se sentía desfallecer. Robarlo le pareció una idea estupenda. Era consciente de que su presencia no llamaría la atención. Demasiado pequeña, pinta de figurita repetida: der Schnurrbarto —así le decían jocosamente los amigos— no repararía en ella, pensó. Ingresó al local con piecitos de mensajera:

—Mamma mia envía il sal que necesita doña para el chucrut. Dice que lo devuelva cuando pueda, que no hay apuro.

Don Mauricio le indicó que pasara al fondo y la entregara en mano, así no se enoca, imaquinate se le quema la comida y re sonamos, y una espléndida sonrisa se dibujó debajo de su bigote a dos aguas. Genovefa atravesó el local extraviando su vista en los estantes atiborrados de libros y chucherías inexplicables, de generación espontánea, por lo que parecía. Avanzó lento, buscando permanecer el mayor tiempo posible allí adentro. Le gustaba el olor a moho, a papel húmedo y viejo, a polvo, a umbrrosa seguridad. Dejó atrás el mostrador, se volvió brevemente para avistar cualquier cantidad de cachivaches acumulados en su contrafrente —mayormente galeras rebotadas, corregidas, olvidadas allí por autores desleales—, del que colgaba un hermoso cartel fileteado:

Consulte, su ignorancia no molesta.

Apoyó su mano sobre el marco de la puerta que daba a la residencia de los Porter y penetró en ese mundo fascinante, exclusiva tribu de lectores, no sin antes sorprenderse por el tamaño de la puerquita, que parecía hecha ex profeso para ella.

—Es nueva, acabamos de instalar —le aclaró Shnurrbarito bajando momentáneamente el diario tras el cual escondía su nariz—, un poico más grande y se nos cae todo el inquilinatos encima.

Su propia apreciación le causó gracia y se permitió unas cuantas carcajadas más visuales que sonoras: su vientre se agitó en silencio, conmoviendo sus hombros, papada y bigotes, mientras sus ojos azules se volvían dos ranuras de cóndor.

La señora Porter estaba en la cocina, en medio de un fuerte olor a algo que Genovefa no lograba individualizar. La deslumbró su maestría para dirigir el concierto de ollas e ingredientes que se hacinaban en su pequeño reino culinario. Estiró la mano para tocar el gigante de hierro repantigado contra la pared.

—¿Es a gas, doña Porter? —le consultó con un hilo de voz, presa de la excitación de saberse en presencia de tecnología de punta, la avanzada del siglo XX.

Doña Porter le acarició la cabeza y le contestó que no, mamita, es a leña, ¿cómo se hace para cocinar con aire?, y rió de su propia ocurrencia. De vuelta en la librería, fue tan simple como alargar la izquierda al llegar a los expositores de la vidriera. El corazón le latía tan fuerte que no escuchaba el trajín de los caballos en la calle. Don Mauricio le descubrió la intención sin necesidad de bajar el diario.

—Pero, piba —la increpó con tristeza—, haceme el favor, mirá lo que te venís a agarrar.

Llamó a Israel a los gritos y grandes espamentos para pedirle que trajera “algo que valga la pena”. Israel apareció con una obrita de un tal Gerchunoff que le entregó sin emitir palabra. Genovefa, superando un primer momento de vergüenza pánico, tomó el libro, se olvidó de agradecer y corrió a su casa. Pocos días después, con la excusa de contribuir con el sustento

familiar, comenzó a ocuparse de la limpieza de El Invencible. Los Porter no le pagaban, pero el arreglo incluía comida y alfabetización. Israel le enseñó a leer y le prestó cualquier cantidad de libros y revistas. A los Moliterno les parecía bueno que Genovefa se empleara en algo: no sólo era una boca menos que alimentar, además el quehacer higiénico la alejaba de la calle, en donde llamaba demasiado la atención de quienes gran parte de las veces ni siquiera eran italianos.

Genovefa debía mantener la librería en condiciones. Los Porter le entregaron los utensilios básicos –trapo, escoba y balde– y dejaron el resto en sus manos. No se metían ni le indicaban nada. Ni siquiera doña Porter, la madre de Israel –que se ocupaba del orden de la vivienda, al fondo del local–, se molestaba en apostillar o dirigir su labor cotidiana.

Los Moliterno eran madrugadores. Don Ermes salía a las cuatro y media rumbo al San Vitaliano para abrir el local y organizar el desayuno. Doña Nunziata lo seguía poco después: de la sabiduría de sus manos dependía el café negrísimo que gustaban saborear a los operai. Luego se levantaba Nicola, mozo, che pibe y aiuto cucina. En cuarto lugar, Genovefa que, meticulosa en su higiene personal, tenía la manía de lavarse todos los días. Era la única. Mientras ella se pasaba la manopla húmeda por cuello y axilas, Elisabetta y Luminosa apuraban sus últimos minutos de sueño. Sobre todo Luminosa, que ocho menos cuarto debía corporizarse detrás del mostrador de La Unión, venta por mayor y menor de productos para la mujer. Somos fabricantes. Los mejores precios del mercado. Entre, su consulta es bienvenida. Como usted.

A pesar del auspicioso arranque que tuvo la relación entre los Porter y los Moliterno, poco tiempo fue necesario para que estos comprendieran que la librería no era una buena influencia

para Genovefa. Si don Ermes se resistía a llevar a su hija a trabajar con el resto de la familia al San Vitaliano para evitar pleitos de padre celoso con la nutrida –y hambrienta en todo sentido– clientela, en la librería Genovefa alternaba con bohemios de toda especie sólo para descubrir que la mayoría le agradaba. Le gustaban esos hombres que se jactaban de su pobreza, de no tener dónde dormir, de invertir tiempo, esfuerzos y las pocas monedas que caían en su poder en hacer ridículos periodicuchos en un papel tan gris que las letras apenas se distinguían del fondo. Tal vez porque eran lo opuesto al afán acumulativo de su familia, himno machacón de alabanza al dinero. En la librería, Genovefa sentía que se sacaba un peso de encima, que podía disfrutar de los días sin pensar en trascender de ninguna manera el momento.

A Odiseo Marano lo notó bastante más tarde. Era la noche de Navidad y los Moliterno volvían de casa de los Grandinetti, donde habían pasado la jornada entre comida y bebida, hipos, canciones y loas melancólicas a la patria perdida. Ermes, a pesar de la pila de años que llevaba lejos de su tierra natal, no lograba acostumbrarse a que hiciera calor en esas fechas. Más que extraño, le parecía aterrador. Eran le ore piccole, madrugada en que el tiempo se suspende y resulta imposible decidir si es demasiado tarde o demasiado temprano para irse a dormir. Las tres Moliterno caminaban despacio delante de sus padres. Volvían cansadas, deseosas de dar por terminada la velada. Nicola avanzaba en silencio con la cabeza todavía en Doretta, la mayor de las Grandinetti, con quien se había comprometido formalmente algunas horas antes. El aire estaba cargado de humedad y la temperatura era demasiada para la hora. Iban a tuestas por Entre Ríos, disfrutando de la noche y el cansancio, recordando momentos de la memorable comilona, del compromiso, de las

declaraciones de amor y las miradas incendiarias. Al llegar a San Juan, dos hombres les cerraron el paso. En un principio querían pesos moneda nacional, pero luego, viendo que habían dado con tres aceptables ejemplares del sexo opuesto, quisieron algo más, para espanto y terror de don Ermes y doña Nunziata. Ninguno de los Moliterno supo qué hacer y se quedaron quietos por descarte, a la expectativa. Tras un breve examen ocular, el desconocido más alto tomó a Genovefa de la muñeca y, sin más trámite, la atrajo hacia sí. Mientras forcejeaba con su repentino apropiador, Genovefa se dio al improperio limpio:

–Dejame, hijo de puta, la puta que te parió, soltame, atorrate, si me tocás te mato.

Primero en castellano y luego en italiano. Al final en calabrés:

–A fìss i mammata, chi te mú, ti zumpo n' cuaddru, bastardo, va fancú, strunzo, ti fazzu a pezzarieddi.

Esto bastó para sacar de la abulia a su padre y también a Nicola, que se lanzaron contra el atacante. El segundo desconocido, sin embargo, neutralizó a don Ermes con un cross bastante correcto, que lo dejó desparramado sobre el empedrado durante algunos minutos. A Nicola lo enfrentó cuchillo en mano. El captor de Genovefa sacó el suyo de la parte posterior de su pantalón y lo apoyó en la yugular de la cautiva para desalentar actitudes heroicas. Entonces apareció Odiseo. Como una locomotora a toda marcha, avanzando a velocidad crucero por Humberto I. Su diestra, el puño cerrado, impactó sobre la nariz del que sujetaba a Genovefa. El sonido a huevo quebrado indicó que había hecho daño antes de que los gritos del agredido lo confirmaran. El otro desconocido no se dejó intimidar por el improptu. Odiseo alcanzó a encararlo cuando sintió cómo la hoja del cuchillo se hundía en su muslo derecho,

diez centímetros por encima de la rodilla. Reculó un paso, se afirmó en su pie izquierdo y lanzó otro puñetazo, esta vez al estómago. El impacto obró maravillas. Su contrincante se dobló hacia adelante, circunstancia que Odiseo aprovechó para lanzarle un tremendo patadón en la frente con la pierna herida. El hombre se fue al piso. Elisabetta y Luminosa lloraban, presas de un convulsivo ataque de nervios. Genovefa observaba la escena petrificada. Doña Nunziata, arrodillada junto a su marido, gritaba improperios y pedía ayuda a voz en cuello. Odiseo se volvió para comprobar si todos estaban bien y luego dijo: Ay.

Nunca se supo quiénes eran los agresores. Los Moliterno los dejaron en la calle y no avisaron a nadie, a ver si encima los malparidos se las daban de víctimas. A Odiseo hubo que coserlo y cuidarlo durante algunas semanas. Además del agradecimiento formal de la familia Moliterno, que invitó a Maranos y Sant'Arcangelos a un gran cenone en honor al muchacho —La excusa es lo de menos, carissimi, lo importante es el encuentro—, Genovefa comenzó a visitarlo con asiduidad para agradecerle el valeroso gesto. Para distraerlo le leía *Culmine*, periódico que los Porter le pasaban en secreto, ya que don Hermes se oponía a esa clase de lecturas. Odiseo disfrutaba de la voz de Genovefa, cuyo italiano lo retrotraía a los valles cosentinos, a su vegetación, a ese olor a aire limpio, a sol, a campo. Extrañaba todo eso. También echaba de menos la comida, a pesar de que la carne argentina le parecía exquisita en todas sus presentaciones siempre que, eso sí, estuviera bien cocida. Senza sangue per me.

El espectacular rescate de Odiseo generó una temporada de entendimiento entre vecinos. Los Moliterno estaban agradecidos y los Marano, orgullosos de que su hijo se hubiera convertido en una celebridad barrial. Pronto, sin embargo, don Hermes

consideró que Odiseo –impredecible, sin un trabajo fijo– no era una compañía deseable para su Genovefa, ya de por sí bastante difícil de controlar. La relación entre ellos se convirtió en algo que incomodaba a ambas familias, que pugnaban por continuar fingiendo que *vi vogliamo bene*, para extenderse en la crítica puertas adentro. Alba Marano, además, consideraba que no había mujer sobre la tierra merecedora de su hijo mayor y encontraba que Genovefa era vulgar, producto típico de un paese d'operai, indigna por pobre y por fácil. Todavía abrigaba la esperanza de volver a Calabria para que sus hijos se casaran con verdaderas muchachas cosentinas: *moglie e buoi dei paesi tuoi*. Don Massimo hacía tiempo que no se molestaba en contradecirla. Le parecía que la realidad terminaría por despojarla de su sueño a fuerza de tiempo pasado.

Una semana después del rescate navideño, Odiseo comenzó el asedio de Genovefa para que novicara con él. Soy pobre, pero podemos compartir lo que tengo. Sé mía. Genovefa tenía 16 años y era una combinación extraña de inteligencia e ingenuidad. A diferencia de sus hermanas, no parecía urgida por descubrir el amor o encontrar al muchacho ideal, sentar cabeza. Todos los que entraban a la librería le parecían atractivos: los miraba de lejos, escuchándolos como al pasar, mientras sacaba los libros de los estantes y plumereaba con parsimonia el polvo acumulado sobre las maderas. Vivía en un mundo propio que, por el momento, se acompasaba sin dificultades con lo que sus padres esperaban de ella. No tenía problemas existenciales, nada la conflictuaba más allá de algún desagrado pasajero. Todo le daba más o menos igual: si tenían, si no tenían, si se iban, si se quedaban. Lo que otros consideraban “la vida”, a Genovefa le resultaba más bien indiferente; le parecía que ésa era la única manera de sobrevivir al

abrigo de la pena de este lado del mundo y de la ciudad, tan lejos de las luces del centro.

No había, sin embargo, nada calculado en su prescindencia. Tenía placeres sencillos, aquellos que podía procurarse, no ansiaba lo que no podía tener. Que la dejaran limpiar El Invencible en lugar de emplearla en el San Vitaliano, por ejemplo, era para ella fuente de agradecimiento y alegría. No era que leyera tanto: le gustaban los libros como objetos, como cosas viejísimas que llegaban de otra época, de otros lugares, testigos de vidas inimaginables. Don Mauricio, por supuesto, trataba de inculcarle el amor por la lectura y a menudo la invitaba a que acompañara a su sobrino Israel en el descubrimiento de un nuevo autor. Pero Genovefa no se dejaba seducir. Leía con dificultad y, de hecho, la atraían más las personas que entraban en El Invencible para hacerlos, que los libros en sí. Muchachos altos, bajos, gordos, flacos, morenos de ojos celestísimos, rubios de ojos marrones, típicos, exóticos, había de todo. Y a Genovefa le gustaba mirar. No espiaba, observaba de frente, pero parapetada detrás de la actividad que estuviera realizando. Disfrutaba de pasar desapercibida. La vida era un espectáculo del cual ella era una espectadora privilegiada, gozosa. Era, sencillamente, una nube sonrosada que volaba a ras de piso.

Con los años, además de limpiar El Invencible, Genovefa fue expandiendo sus responsabilidades y los Porter, de tanto en tanto, comenzaron a pagarle. Se ocupaba también de mantener el sótano, oscura morada de las Minervas a pedal, kilos de papel, cartón, libros recién impresos, revistas de todo tipo, tintas y la mayoría del clan, que discutía costos, ganancias, diseños y posibles manera de, ellos también, lanzarse como editores para hacerle la competencia al dúo dinámico integrado por Manuela y Manuel (la Pandilla Dayenoff-Gleizer, le decían, ella primero

porque es la que corta el bacalao) que, solitos, se las habían arreglado en cuestión de un par de años para convertirse en sinónimo de literatura argentina y máximos referentes de temas judíos y actualidad política. Genovefa cuidaba el local cuando los Porter se iban para adentro a almorzar y durante la siesta, entre las tres y las cinco de la tarde. Era capaz de vender y comprar libros, se movía con tranquilidad en el campo de los cigarrillos e incluso sabía algo de pipas. Lo que no hacía era recibir apuestas, más por objeciones de don Ermes que de los Porter, tarea que recaía entonces en Israel, eternamente detrás de un libro, detrás de sus anteojos. Además de ordenar y mantener la biblioteca, lo que a Genovefa más le gustaba era acompañar a don Mauricio a mandar y recibir libros a Constitución. Llegaban en cajas de madera, entremedio de una paja amarilla y dura que lastimaba las manos. Parecían huevos de Pascua, puestos con cariño en el interior de ese nido para que el viaje no los lastimara. Llegaban e iban a todos lados: lugares de nombres exóticos como Córdoba, Santa Fe o Casabindo. Para Genovefa, que vivía en un mundo bifronte repartido entre el aquí y ahora y Catanzaro en otro tiempo, borroso y lejano, cuando era pequeña, esos nombres eran una invitación a la fantasía delirante. No se imaginaba los lugares, se quedaba con las etiquetas, estampillas, sellos deteriorados, el olor a humedad, a libros venidos de afuera, tocados por otros sin caras. Eran objetos que habían atravesados miles de kilómetros para dar fe, con su presencia, de que existía algo más allá, luego de Entre Ríos, de Plaza Constitución, del Bajo, del río. Un mundo lleno de gente que no era ni italiana, ni inmigrante, ni mita-mita, como decía su madre frunciendo a boccuccia en señal de rechazo.

La paz de espíritu se le desvaneció como vapor de agua el día en que Odiseo le dio su primer beso. Era casi la hora de la cena.

Don Mauricio había cerrado El Invencible luego de una larga charla con un muchacho imponente de apellido áspero. El tal Arlt por fin se había ido y Genovefa, cansada tras la jornada de trabajo, salió a tomar el fresco sobre Garay a pocos metros de Entre Ríos. De espaldas a la pared, apoyando culo y pie derecho en los ladrillos pintados con cal, miraba el cielo y se masajeaba el cuello. Odiseo apareció con su guitarra y un grupo de amigos. Iban rumbo a un cumpleaños.

—Venite, Geno, lo hacen en La Rondinella, si querés yo hablo ccu pappata. Para algo te salvé de la ignominia, ¿o no?

Genovefa se excusó de pronto tímida, a pesar de que la perspectiva la atraía. Su padres se oponían a ese tipo de festejos si no podían estar presentes. Los amigos de Odiseo se alejaron un poco. Conversaban en dialecto sobre las pésimas condiciones de trabajo de los muratori y de cómo hacer para cambiarlas. Una lástima, nos vamos a divertir, le bisbiseó Odiseo al oído, sinuoso, acercándose de a poco. De pronto, nada hubo entre sus vientres, sus sexos, los dadivosos pechos de Genovefa, sostén del torso de Odiseo. El corazón se le aceleró, sofocándola. Los pelos de sus brazos y piernas se erizaron. Le faltaba el aire y sentía su entrepierna mojada. Avergonzada porque pensaba que se había hecho pis, afirmó los pies en la tierra. Muchos años después, a punto de dar a luz, el mismo equívoco entrelazó el nacimiento del fruto con el del amor, inscribiendo a padre e hijo en un continuum que, de una u otra manera, moldeó la vida de Genovefa. La transpiración de Odiseo era fuerte y podía olerla, un aroma algo agrio y dulzón que la embriagaba. Sorprendida, comprobó que le gustaba la sensación de tenerlo encima, ese peso agobiante que la inmovilizaba le provocaba oleadas de placer. Odiseo se lanzó cuello abajo. Con cada beso, Genovefa sentía el largo viaje que hacían por la cara interior de

sus muslos unas gotas pegajosas y pesadas, desde su pubis hasta las medias. Inmóvil a merced de los deseos de Odiseo, no era tanto que la situación le gustara como que no quería que se interrumpiera. Sus manos le acariciaron con suavidad el cuello, su espalda. Su culo. Entonces, Odiseo la empujó con su pubis, la acorraló contra la pared, y le dio un beso. Su lengua era una cosa caliente y húmeda. Mórbida y gorda, gruesa. Genovefa instintivamente separó las piernas y Odiseo cayó, quedando entre ellas. Permaneció allí durante algunos momentos y luego la soltó.

—¿No venís?, le preguntó alejándose algunos centímetros.

Genovefa, todavía en shock, tardó en reaccionar. Se pasó una mano por los labios, llenos de saliva, y juntó las piernas. Tenía el estómago revuelto y se sentía mareada. Hizo que no con la cabeza.

—Vos te lo perdés, le sonrió él.

Y luego se alejó junto con sus amigos hacia el Bajo.

Odiseo cambió a Genovefa. O más bien: al conocerlo, Genovefa cambió. La primera en notarlo fue doña Nunziata, que pronto advirtió que estaba perdiendo peso y pasaba la mayor parte del tiempo en Babia. Ermes trataba de aliviar las angustias de su mujer con la Teoría de la Etapa: será una etapa, ya se le va a pasar. Pero las semanas pasaban y Genovefa no volvía a ser la que todos recordaban. Los rumores de que mantenía una relación con Odiseo más que rumores eran una realidad evidente, pero los Moliterno se resistían a darles crédito porque consideraban que su hija podía aspirar a más: trabajadora, bonita, inteligente, ¿te creés que pierde el sueño por un raterito de cuarta?

En efecto, pocos días después de que Odiseo viera a Genovefa desnuda por primera vez, blanca y hermosa en un rincón del sótano de los Porter, la policía lo arrestó acusado de robo

a mano armada. Luego de casi una semana en la comisaría, lo soltaron por falta de pruebas y porque don Massimo puso en movimiento todas sus influencias para que le permitieran pagar una importante suma monda nacional que avalara el futuro buen comportamiento de su hijo.

El arresto avergonzó a todos los Marano, que de la noche a la mañana se volvieron parcos con sus vecinos. De haber podido, se hubieran mudado, pero por el momento ése era un sueño que se inscribía en un cielo inaccesible. Odiseo se convirtió en una oveja descarriada no sólo para su familia, sino para todos los que convivían en el la casona y hacían de la respetabilidad luz y faro de su existencia. Los Moliterno le quitaron el saludo, los Porter hicieron como que no se habían enterado de nada y sus hermanos se dividieron entre los que lo consideraban una desgracia familiar y los que lo admiraban en secreto, mientras asentían el mandato paterno de segregarlo para corregirlo.

La tarde que volvieron de la comisaría, con una notable economía de palabras, don Massimo echó a Odiseo de su casa. Le permitió que juntara algo de ropa y su guitarra, y luego le informó que ése ya no era su hogar. Odiseo se fue, no sin antes enfrentarlo y decirle cuánto despreciaba los límites que se autoimponían.

—Proletas que sueñan con convertirse en burgueses panzones, no tienen el coraje de intentar algo nuevo, adoran lo con-sabido, siempre igual, seguro. Hay que ser respetable. Hay que trabajar. Il benessere viene dal' lavoro. A mí me chupan un huevo il benessere y el lavoro. Buenos somos todos, yo quiero ser malo. Rabioso. Me cago en la doble moral pequeñoburguesa: exploto al de abajo y me hago el simpático con el de arriba. Me cago en romperse el culo trabajando para tener una casa

miserable y una mujer destruida de tanto fatigar. Me cago en la convivencia por rutina, por costumbre, por acomodo.

Para callarlo, Massimo le encajó una trompada que lo mandó al piso.

La independencia de Odiseo no fue un problema para su relación con Genovefa. Al contrario. Él se fue a vivir a Avellaneda, a una piecita frente al Riachuelo: me recuerda al Busento, raja que parte el valle de Cosenza a la mitad. Compartía cama con un ruso llamado Heber que no hablaba una palabra de castellano, pero lo escuchaba con cara de interés. Gracias a Gianni, su mejor amigo, actor vocacional, casi de inmediato consiguió trabajo en la pizzería del padre de éste, Frank. Su nombre real era Franco, pero había extraviado la o en los años de trabajo brutal en las minas de Timmins, Canadá. Su mujer, todavía enamorada luego de una vida y media de no verlo, no perdía ocasión de contar que Frank hubiera muerto de pena, melancolía y decadencia física, si ella no iba a buscarlo para traerlo de los pelos. Doña Bianca se reía cada vez que lo contaba y Frank, enorme como un oso pardo, se acercaba tratando en vano de pasar desapercibido, para darle un pequeño beso en la mejilla, un besito de elefante relojero agradecido.

Gianni soñaba con interpretar alguna gran obra moderna como *Las divertidas aventuras de Juan Moreira* con una compañía de teatro itinerante, que llevara el espectáculo a los confines de la Tierra, pero mientras tanto se mantenía a flote como mozo de la Pizzeria Conforte. En ese pequeño universo, aceitado mecanismo que latía al compás del tiempo de cocción de la Grande Calabresa (salsa de tomate, muzzarella, longaniza, aceitunas), Gianni se convertía en Johnny Confort. Según el humor de la noche, podía recitar parlamentos de obras nacionales o extranjeras, populares canciones dialectales o, directamente,

artículos de actualidad (los policiales del joven diario *Crítica* eran muy solicitados por la concurrencia). Su actuación era un plus que ofrecía el establecimiento a sus clientes, la mayor parte de las veces agotados luego de jornadas de trabajo que no bajaban de las catorce horas diarias.

Al ver a Odiseo en peligro de hambruna, Gianni habló con su padre, que no tuvo inconvenientes en darle una mano al amigo necesitado:

—A la primera cagada que se mande, lo rajo a patadas en el culo. And you go with him —le advirtió sin desviar su mirada de Júpiter tonante de las veinticuatro mesas en las que regía su ley.

Así fue cómo Odiseo comenzó a trabajar de cuatro, cinco de la tarde a tres de la mañana, a veces un poco menos, otras un poco más, dependiendo del movimiento de la noche, que Frank pagaba con puntualidad al término de la misma. Noche tras noche, Johnny, Odiseo y una rumana enorme —alta, ancha, hermosa— llamada Natalia, atendían dos docenas de mesas a buen ritmo, Frank odiaba que se hiciera cola en la puerta del local.

—No está bien hacer esperar a la gente —repetía soldado a su banquito junto a la barra. De toda la troupe que don Comfort ponía en movimiento para darle vida al negocio, él era el único que se ganaba el pan con mínimos movimientos de sus músculos oculares.

La presencia de Natalia en el salón a menudo generaba dificultades, sobre todo porque los comensales solían olvidar dónde se encontraban y luego de tragársela con los ojos, pasaban sin más trámite ni aviso al examen táctil, que ella solía responder con sonoras cachetadas o, incluso, con punteos del cuchillo que guardaba justamente para eso en uno de los bolsillos de su delantal. Una moza joven y bien puesta era un espectáculo raro

en el masculino mundo que rodeaba con su agobiante abrazo la intimidad familiar, un espectáculo que generaba controversias teóricas y prácticas. Frank la conservaba porque además de atraer clientes de forma constante, tenía –al parecer– obligaciones para con la madre de ella, a quien había conocido en los helados contornos de Ontario. Eso, al menos, era lo que se comentaba cuando Bianca no estaba. Natalia, por otra parte, no sólo era muy trabajadora, sino también un huesito duro de roer. En la pizzería se recordaba mucho la vez en que un feriante comentó entre risas que tenía una pija capaz de desmayarla de placer, a lo cual Natalia, quitándose con ampulosidad el delantal, le propuso que hiciera la prueba ahí mismo, para que el amable público pudiera juzgar el resultado por sí mismo.

Doña Bianca apreciaba a Natalia. Entre otras cosas, porque le recordaba a Simion, su primer amor, también rumano. De origen gitano, Simion había dejado a los suyos para “ver el mundo”, en el transcurso de cuya operación, deambulando por el sur de Italia, se topó con ella, que pronto se rindió a su manera de vestir, de hablar, sus dientes de oro, su impecable raya al costado y, claro, a todo el mundo que traía en los ojos. Los kilómetros recorridos le habían dado a Simion amplitud mental, ya no había reglas o mandatos sociales que estuviera dispuesto a acatar. Decencia, decoro, responsabilidad, familia eran conceptos vacíos para él, que obraba por instinto. Se necesita una vida de búsqueda para desentrañar qué nos hace bien porque dentro de las estructuras tradicionales todo está codificado de antemano. Lo cierto es que nos da miedo comprobar lo sencillo que es romper con todo. Este tipo de razonamientos, que Bianca escuchaba fascinada, volvieron a Simion altamente peligroso a los ojos de los recatados pescadores de Amantea, ciudad que leía *Nobilis fidelissima regibus* en su escudo.

Al final, las cosas se complicaron y Simion siguió su camino solo. El padre de Bianca, hombre de pelo en pecho y fusil al hombro, se enteró del interés del vagabundo por su hija y ése fue el epílogo del idilio. Algunos años más tarde Bianca conoció a Frank, oriundo de San Fili, y todo se encaminó como quería su familia y aprobaba la pequeña sociedad amanteana.

Bianca quería a su marido, tanto como para atreverse a la tortuosa travesía hasta Timmins para devolverlo a su lado. Con paciencia y en secreto, Bianca juntó a lo largo de meses un pequeño tesoro con el que compró un pasaje a Canadá en tercera. Salió de Génova y llegó a Québec, de ahí siguió por tierra a Ontario, donde se perdió y encontró varias veces, trabajó lavando ropa y desplumando pollos, hasta que pudo emprender el camino hacia Timmins. En total, tardó un año entero en llegar hasta Frank, trescientos sesenta y cinco días de libertad absoluta que cambiaron su forma de percibir el mundo, su manera de ser. Bianca sabía que en Amantea la esperaba una vida cómoda, rodeada de parientes y erigida sobre tradiciones centenarias y quizás por eso no quiso regresar. A pesar de que habían emigrado hacía años, la familia de Bianca seguía en contacto con los Di Vico, oriundos de Rossano, que se ofrecieron a recibirlos en Buenos Aires, lejano puerto de piratas del que Simion le había hablado con pasión y de oídas. Partieron entonces hacia el sur del sur. Tal como ella veía las cosas, a Simion le debían la Pizzeria Conforte y la posibilidad de vivir a resguardo del estrecho juicio consuetudinario de lo que se debe y lo que no, regidor de la existencia en su paesino de origen. Por eso, para Bianca, quererla a Natalia era, en definitiva, recordarlo a él.

En el local de Frank, Odiseo adquirió calle y muchísimo roce social. El trabajo nocturno le sentaba bien, visto que llegaban las once de la noche y sus ojos comenzaban a reír. Como

tenía pésima memoria, deambulaba entre las mesas munido de pequeños papelitos en los que garrapateaba pedidos y algún que otro verso. A Natalia, la pasión escrituraria de Odiseo le llamaba la atención y le causaba gracia. Sobre todo porque los apuntes no impedían que hiciera uno o dos pedidos erróneos por tanda, inconveniente que luego solucionaba a pura simpatía, con una sonrisa preciosa, pensaba ella, de persona que uno quisiera tener siempre cerca. Si eso fallaba, probaba con cara de mafioso napolitano, conmigo no te metés: vamos afuera y lo arreglamos de otra manera.

Odiseo se sentía a gusto en lo de Frank. Tanto, que poco a poco comenzaron a aparecer por el local sus amigos, todos – como él– fervientes lectores de *Culmine*. El credo democrático de Frank, basado en la igualdad de todos los clientes, no se oponía a que la pandilla de ácratas cenara en la pizzería, siempre y cuando tuviera con qué pagar. Cosa que a menudo no era el caso. Los desarreglos que generaba Odiseo con su camaradería proverbial –convertía las miradas incendiarias de un viejo tan paquete como fuera de lugar en una grande calabresa para gli amici, se hacía pagar un adelanto a fuerza de un racconto de desgracias que ni Discepolín y luego iba y con esa plata pagaba la cena de media docena de bullangueros coterráneos– hicieron que Frank considerara que lo más conveniente era pegarle la patada en el culo que le había prometido el día que se habían conocido.

–I love you como a un hijo –le aseguró mientras le daba el último jornal–. If I see you here again con tus amigos, ti zumpo n’ cuaddu e ti fazzu a pezzarieddi.

Frank es así, tiene el don de la palabra, le contó después Odiseo a Natalia. Ella vivía en una piecita de alquiler a algunas cuadras de la pizzería. Odiseo llegó a conocerlas bien a ambas.

Al principio, Odiseo era para Natalia un calabrés desterrado más, como todos. Tenía un carácter bastante de mierda –lo dicho: calabrés–, si bien era cuidadoso con sus compañeros y trataba de no importunarlos con su mal humor. Al contrario, en medio de la debacle que se generaba en su ánimo cuando algo no salía como él quería, se esforzaba por resultar atento, amable, encantador. Odiseo, por su parte, sí se fijó en Natalia ni bien la vio. Su estampa, llamativa como un farolito eléctrico de esos que de a poco empezaban a verse en las veredas paquetadas de la ciudad, fue suficiente para querer saber todo de ella.

–Quiero ser tu amigo, che, ¿dónde me apunto?

En un par de semanas ya la acompañaba de vuelta a su casa al fin de la noche, trayecto que antes realizaba Frank con amabilidad no del todo desinteresada. Frente a la puerta del conventillo, Natalia –Decime Natita–, luego de grandes espametos y amenazas destinadas a neutralizar la divulgación de lo que fuera a suceder a partir de allí, lo invitó a que pasara la noche con ella y partiera directamente de allí a Quilmes a la mañana siguiente, en donde tenía compromiso insuspendible con los hermanos Scarfó. Esa noche, la primera, Natita exudaba un no sé qué que Odiseo quiso poseer. El cansancio de la jornada de trabajo le agregaba un plus de coraje –No cualquier mina aguanta un laburo de moza–, que lo atraía. Con ella no había dificultades: eran dos adultos con ganas de abandonarse a un disfrute muchas veces esquivo. Sin padres ni apariencias ni doble moral. Allí, a la vera de ese conventillo, Genovefa comenzó a desaparecer de la vida de Odiseo. Lejos había quedado el día en que la había visto por primera vez con otros ojos, detrás del mostrador de los Porter, aplicada a la lectura de los versos de Ascasubi. Se reía sola, de lo ridículas que le sonaban las palabras, sus hombros desnudos se iban un poco hacia arriba y re-

saltaban la delgadez de su cuello pálido, que terminaba en una sonrisa púrpura sobre la que descansaban los dedos de su mano derecha. Ese día le había parecido un capullo en flor. Un capullo de Amancay. Se había regodeado en lo profuso de sus tetas, en el glorioso culo que intuía por debajo del vestido usado que sin embargo le sentaba muy bien. Era un pequeño sol. Y se lo dijo: Sos una muchacha solar.

Al día siguiente, de Quilmes fue directo a la librería y alcanzó a agarrar a Genovefa minutos antes de que terminara su jornada de trabajo. No hizo caso del violento contraste que había entre sus palabras y la alegría que el rostro de ella dejaba adivinar.

–Vos tenías que esperártelo. Lo tendrías que haber visto venir; yo soy un hombrecito malo y vos, una muchacha buena. Dejémoslo de este tamaño.

A pesar de lo que perdía (sus besos y abrazos, su amor, su fe ciega en él), Odiseo sonreía. Cualquiera hubiera dicho que era feliz.

–Andate, no te quiero ver más –le contestó Genovefa, creyendo que así la garganta se le abriría y su estómago dejaría de dar coces.

A pesar de la declaración de marras, Odiseo no se fue del todo. Cada tanto cruzaba el puente y pasaba por El Invencible a verla. Genovefa vivía esperando ese momento, se torturaba pensando que si bajaba a buscar un libro al sótano, se iba para atrás a barrer, aunque más no fuera un instante, él no la vería y seguiría de largo. Pensaba en Odiseo sin pausa, no sólo en lo que habían vivido juntos, sino también en los sueños compartidos, las fantasías irrealizables, los planes para un futuro que se había acostumbrado a declinar en primera del plural. Había algo antinatural en el cómo, de un día para el otro, Odiseo

había dejado de quererla. Cuando él pasaba a verla, se quedaban en silencio, mirando el vacío. Genovefa sentía deseos de abrazarlo, de que la llenara de besos, pero al verlo distante, distraído, plantado como un farol, como por obligación, se hundía en la angustia y en una pena sin contorno, desolada e inapelable. Odiseo intentaba levantarle el ánimo, tentativa que Genovefa interpretaba como la palmaria manifestación de interés hacia su persona, el ademán de protección que tantas veces había reconocido en él antes del ultimátum. Y ahí venía lo grotesco y perverso de la situación porque Odiseo, a pesar de que le repetía “te quiero” bastante seguido (a veces: Mal que te pese, yo te quiero) ya no pensaba en ella como en alguien con quien compartir su vida, sino como una muchacha a la que había conocido y encontrado estimulante por un tiempo, antes de “estar en otra”.

—Vos querés tu casita, tu maridito y yo eso no te lo puedo dar. Yo todavía siento curiosidad por todo, no puedo atarme, ¿entendés? Quiero probar cosas nuevas. No le quiero dar a nadie explicaciones de lo que hago o dejo de hacer. Necesito volver a estar solo. Depender sólo de mí. Pero eso no significa que no podamos seguir teniendo una relación, otro tipo de relación. Algo que inventemos nosotros y sea sólo nuestro. Somos dos personas que se quieren. ¿Por qué eso tiene necesariamente que desembocar en un casorio, en hijos?

Genovefa estuvo a punto de sucumbir a ese vaivén entre el te quiero y el estamos separados, no te metás en mi vida. Sin darse cuenta, comenzó a hundirse en una depresión que era puro sueño y falta de hambre. Había extraviado sus ganas de vivir. Una tarde, luego de terminar con la limpieza en El Invencible, en lugar de volver a su casa, se encaminó hacia el San Vitaliano. Había perdido varios kilos desde el comienzo de la separa-

ción, pero aún así los hombres se daban vuelta por la calle para observarla al pasar. Algunos lo hacían con tanto ahínco que a Genovefa le daba náuseas: ¿por qué el que ella quería era el único que no la deseaba? Sentía que Odiseo la había traicionado. Por él, ella había renegado de todo lo que conocía: su familia, sus valores, sus concepciones, sus reglas y ademanes. Ya no podía volver atrás: todo había cambiado, ella había cambiado. Y ahora, de pronto, él decidía que prefería seguir solo. De todas formas podían ser amigos.

Genovefa caminaba y regurgitaba sus palabras: no te hagas ilusiones, y mientras, casi juguetonamente, la besaba con suavidad en el cuello, justo detrás de la oreja. Ahora que de nuevo sos soltera, buscate un hombre bueno, alguien que te haga bien, le aconsejaba arteramente. Sus dedos se enredaban en su pelo, bajaban y se estacionaban sobre los cachetes de su culo. De mí no esperes nada: ya no estamos juntos, no existe más un *nosotros*, ahora hay un vos y un yo. Sus manos, como siempre, estaban calientes, varios grados por encima de la temperatura corporal de Genovefa. Podía sentir ese calor a través de la pollera. Y le gustaba. ¿Por qué le gustaba, si tenía que odiarlo, si quería odiarlo? Genovefa se abandonaba a los arrumacos de Odiseo intentando desentrañar cuál era la diferencia entre juntos y separados, si lo que pasaba entre ellos era similar. La supo algunos minutos más tarde, cuando Odiseo al ver que ella no tenía ganas de que “te penetre” en un rincón del sótano de los Porter, le dijo entonces me voy y, efectivamente, se fue, una sonrisa y eternamente *Bella ciao* en los labios.

Lo extraño de todo esto —Genovefa se demoraba en el camino hacia el bodegón familiar, aprovechando para patear piedritas de puntín con los zapatos— es que si pienso lo que es Odiseo hoy, que me toquetea pero me aclara que él está en otra, no hay

nada de él que me guste. De hecho, estoy segura, y Genovefa ya podía ver su destino en la lejanía, no quiero tener nada más que ver con él. Le daba asco pensar que de todo lo que había habido entre ellos, lo único que resistía era el sexo: si me la chupás, me quedo. No era el pedido lo que le molestaba, sino el condicional al que estaba enganchado, que volvía evidente que ya no había motivos para estar juntos.

Genovefa llegó al San Vitaliano, saludó a su padre con un movimiento de cabeza y fue en busca de su madre. Doña Nunziata, feliz de verla aparecer, en un minuto y medio produjo un abundante plato de pasta asciutta. Comió con desgano un cuarto de la porción y luego, ausente de sí, fue en busca del cuchillo que Nicola solía usar para picar cebolla. Estaba bien mantenido. La hoja, triangular, tenía diferentes brillos según la sección en la que uno enfocara la mirada. El filo era constante en uno de los lados, pero no parejo, era un cuchillo artesanal. Sin pensarlo, abstraída en una especie de hipnosis desértica, Genovefa apoyó el filo en mitad de su antebrazo izquierdo y presionó hasta que vio que su piel se abría en un serpenteante sendero sanguinolento. Reposicionó el cuchillo y volvió a presionar. Respiraba tranquila, mientras miraba embotada cómo impactaba el pequeño río colorado sobre la servilleta de tela blanca con un millón de lavados que le había alcanzado su madre. No sentía. Nada. Otro, esta vez a cinco centímetros del codo. Y otro más en la muñeca, interrumpiendo el fluir de las venas azul verdosas que tan claramente se veían a través de su piel.

A pesar de la discreción de los Moliterno, el episodio en seguida se hizo vox populi. Un médico era bicho que no pasaba desapercibido en el barrio. De la noche a la mañana, se consideró que Genovefa, pobre angelito, había perdido la razón. La

compasión fue general. Esto no impidió, sin embargo, que las buenas madres de familia evitaran todo contacto con ella, para evitar el contagio. La pérdida de la virginidad sin perspectivas firmes de matrimonio era un tabú social que infundía pavor. De un día para el otro, Genovefa pasó a ser un desecho peligroso, una vergüenza para sus padres, un caso que despertaba horror. Mayormente se responsabilizaba a Odiseo por la desgracia, si bien no faltaban los que acotaban por lo bajo que Genovefa, ¡también!, se lo había buscado: algo habrá hecho.

Don Ermes y doña Nunziata, desesperados, se reunieron con Massimo y Alba Marano para tratar de encontrarle una salida honrosa a la situación. Sin embargo, por más que sus intenciones eran buenas, lograron poco: ni unos ni otros alcanzaban a ver cómo superar la desgracia. Odiseo no aceptaba consejos de nadie, menos ahora, menos de sus padres, con quienes se había dejado de hablar desde que Massimo lo había echado. Genovefa, por su parte, se había convertido en una mezcla de debilidad y ausencia total de personalidad. Hacía todo por inercia.

Creyendo ayudarla, los Porter le pidieron que sólo limpiara el local tres veces por semana. Los días restantes atendería al público. Imaginaban que con el contacto humano, si se distraía, terminaría por olvidarse del innombrable. A Genovefa todo le daba igual y no tuvo inconvenientes para aceptar el cambio de rol. Intentó salir de la desorientación que se tragaba sus días mediante el sencillo expediente de introducir cambios radicales en su vida. Convirtió su cabellera oscura en una melenita casi varonil, coordinó con Elisabetta una ocupación en el jardín para entretener el tiempo muerto de las tardes dominicales, volvió a las veladas y reuniones familiares, tratando con todas sus energías de que algo tuviera significado. Con el tiempo, se descubrió una capacidad innata para

vivir medio en pasado y medio en futuro, de manera que el presente cayera en un precipicio hondo, en el que se perdían el dolor y el miedo. Pasaba los días recordando momentos felices, que empalmaba directamente con el fantaseo de un futuro nuevamente brillante, como antes. A fuerza de voluntad, se suspendía en un presente sin ataduras, desligado del resto de las dimensiones temporales: se levantaba, se aseaba y salía para El Invencible. Trabajaba toda la mañana en el local, se tomaba veinte minutos para almorzar, seguía durante la tarde y el fin de la jornada la encontraba físicamente cansada y mentalmente en blanco, como todos los días precedentes y todos los sucesivos. Había llegado a la conclusión de que para superar las ganas de tirarse en su cama a dejarse morir, no debía pensar. Funcionar ausente de todo, de sí misma, de sus deseos, gustos y voluntades. Odiseo ya casi no pasaba por el El Invencible y eso la ayudaba a olvidar lo que alguna vez había soñado o proyectado junto a él, permitiéndole continuar en paz su existencia de incontables detalles sin importancia, que atendía con prolijidad y solicitud. Seguía yendo a Constitución a buscar y despachar libros, por la noche cenaba en el San Vitaliano y luego volvía junto a Elisabetta, Luminosa e Israel a casa. Los Moliterno habían arreglado con los Porter para que les hicieran ese pequeño favor: no querían más extraños con bajos instintos a flor de piel. Los Porter accedieron gustosos de poder ayudar, sólo Genovefa –consciente de la distancia que existía entre el carácter y disposición de Odiseo y los de Israel– parecía advertir que en caso de aprieto, este último lo más que podría contra un hombre ebrio y encuchillado sería recitarle de memoria sus versos predilectos.

Poco a poco todo pareció encaminarse en esa nueva vida rebozante de rutina, especie de flotación apacible cuya sensa-

ción más punzante era el agua helada de la higiene matutina. Genovefa comenzó a leer, aprovechando que tenía tiempo libre y falta de ganas para todo lo que incluyera ver gente. Don Mauricio, que ya no encontraba ningún placer en aconsejar lecturas a Israel, casi más docto que él mismo, se entusiasmó con el novedoso apetito de Genovefa y comenzó a separarle últimos lanzamientos, novedades, clásicos e “incógnitos” –como llamaba a las novedades de la literatura nacional– para que ella los transitara y luego los discutieran, mate y tortas fritas mediante. Esta segunda parte era la que a él más le interesaba, ya que le permitía explayarse sobre sus conocimientos e intuiciones, siempre que Israel no se encontrara presente. Además, también le conseguía –gracias al consabido trueque imprentero-editorial– las novedades de Rafael Barret, Alberto Ghirardo, Kropotkin y González Pacheco, que Genovefa le pedía ex profeso, en un intento por comprender el norte de la nueva vida de Odiseo, ésa en la que no había lugar para ella.

Al cabo de un tiempo, Genovefa había acumulado en la modesta pícica que compartía con Elisabetta, Luminosa y Nicola más libros de los que éstos estaban dispuestos a soportar. Ocupaban todos los rincones. Varias veces había intentado devolvérselos a don Mauricio, pero éste porfiaba con que, una vez leídos, ya no tenían valor comercial:

–Mis cliente son exquisitos, piba, no puedo revoliarle cualquier cosa en la cabeza. Además, son regalo para vos, che.

Genovefa no quería pasar por desagradecida, de manera que se apuraba a devolver el libro al lugar del cual había salido, prometiéndole a sus hermanos que ése era el ultimísimo que aceptaba. Hasta que un día, Luminosa, haciendo honor a su nombre, le sugirió que si don Porter no los podía vender, por lo menos los alquilara. O mejor:

—Alquilalos vos, así te entra una platita extra y te podés comprar un vestido como la gente, nena, en lugar de esa bolsa deforme que vas arrastrando por la vida.

Elisabetta se rió de la sugerencia de Luminosa, uh, claro, se va a hacer millonaria alquilando libros usados, pero a Genovefa la idea le gustó y se la planteó a don Mauricio, que la encontró vanguardista y con mucho futuro. En seguida se aplicaron a los tecnicismos, monetarios y organizativos, que entrañaba el alquiler de cultura. Israel se involucró en el asunto con fogosidad para exponer la absoluta inviabilidad del proyecto. Consideró que los aspectos a solucionar eran tres: temáticas, tiempo de préstamo y costos.

—El más problemático es el primero. Por el contexto, ¿comprenden? Estamos en un barrio que, en su mayor parte, no habla castellano. ¿Quién va a querer atragantarse con los doscientos treinta volúmenes de la Biblioteca Blanca de Sempere? Acá, la gentuza se comunica en una media lengua deforme que no se encuentra en ningún libro, ¿comprenden?

—Todavía —lo desafió Genovefa.

Lo constatable de las afirmaciones de su sobrino no detuvieron a don Mauricio, que tenía una perspectiva diferente del asunto. Según él, no podían desperdiciar el siempre creciente público cautivo —¡Gente que va a lo colegios, que aprende a leer!— para iniciativas de ese tipo. Como si hubiera querido confirmar sus palabras, Olivari, joven poeta, ingresó en El Invencible con un pañuelo agujereadísimo en el bolsillo del saco. Es el que recibe los mordiscos que quisiera darme yo mismo cada vez que un verso no me sale torcido, explicaba con sorna a todo aquel que se interesara por el asunto.

—Vengo con intenciones non sanctas, jefe —le anunció de entrada a don Mauricio, al tiempo que le estampaba un sonoro

beso en la mejilla—. ¿Existe la posibilidad de que me obsequie alguno de esos ejemplares fallados del último libro de Del Tuñone que yo sé, porque me lo dijo el propio González Tuñón, que se guardan por acá, detrás de este mostrador hermanazo? Es que Manuelo me dijo que si seguía obsequiando ejemplares iba a agotar la tirada “en completo” y es fin de mes y quedé con Del Tuñone en que se lo iba a comentar mañana en El Puchero Mistirius, en fin. De todas formas, los sacrosantos pontífices de la argentinische Literatur aseguran que le falta calidad literaria, de manera que no estaría regalando mucho, Mauriccione, apenas unos cuantos cuentuchos de mala muerte.

Don Porter no sólo le obsequió el tomito, con gruesos errores de color en la tapa, sino que además aprovechó para informarse acerca de qué opinión le merecía la idea de Genovefa.

—Un éxito seguro. Se lo garantizo yo, que soy un entendido. Por primera vez, alguien que se ha puesto a pensar en nostri bisogni, delle nostre necessità. Brillante, nenuccia, te felicito, che. Por empezar, tienen que hacer una alianza estratégica con don Manuelo y poner en alquiler toda su colección de temas generales. Hay varios que son imposibles de conseguir. Además de, claro, lo que editen Samet, Glusberg, Rosso, los pibes de Nosotros, de vez en cuando le apuntan, quién más, Zamora y su Claridad, por supuesto, los anarcos, Ingenieros y Vaccaro, Gálvez y su Cooperativa Editorial, los Glusberg brothers, que tienen cosas considerables y a muy buenos precios, no crea. Incluso usted, don Mauricio, ¿por qué no se me pone una casa editrice? Casualmente, yo ando con unos versitos en el bolsillo que me encantaría proponerle.

Con método y paciencia, Genovefa se aplicó al desarrollo del Club Cultural El Invencible que consistía, en su expresión mínima, en tres pequeñas cajas de madera. El primero conte-

nía las fichas de los socios. Cuando alguien pedía un volumen, Genovefa movía su ficha a la caja de “Préstamos”, que revisaba todas las mañanas, apenas llegar. Las fichas las organizaba por fecha de entrega, de manera que los que antes tenían que devolver libros se encontraban primeros en la caja. Si un conclubino se retrasaba con el alquiler, pasaba automáticamente a la caja de: “Deudores infractorios”, lugar del que era difícil volver. Genovefa sabía que los únicos afines en los que no se podía confiar eran los del gremio, razón por la cual, inauguró tasas de préstamo diferenciales para escritores con delirios de grandeza, que triplicaban las normales.

Las consecuencias de la puesta en funcionamiento del Club Cultural El Invencible fueron múltiples. Entre ellas, que Olivari se apareciera por el local con más frecuencia aún que antes, a disfrutar de la compañía de una Genovefa cada vez más entusiasmada y agradecida de dejar la rutina atrás. Don Porter, que lamentaba verla cabizbaja y meditabunda, propició el enredo gracias a una calculada y repetida distracción. Cada vez que pintaba Olivari en puerta, instaba a Genovefa a que se tomara un descanso y fuera a hablar con el muchacho a la vereda, a tomar el sol de la calle. Total, siempre estaba por allí Israel para reemplazarla. Genovefa dejó que la solicitud de Olivari le acariciara el ego, muy machucado luego del abandono de Odiseo. Lo escuchaba un poco ausente, perdida en las vaguedades de su raciocinio.

—Sos mi musa, che, no te miento—la adulaba el muchacho y ella sentía como un calor que le subía desde abajo.

Una vez le regaló una servilleta garabateada:

La Genovefa

Estamos a kilómetros de lejos.

Y la distancia —se sabe— es

deformación, ya que el espacio es curvo.
 Entusiasmo e insolencia
 para acercarte a mi piel
 y el espejismo viene pronunciando
 tu nombre en una frase clandestina
 en la alargada noche latinoamericana
 en el día de una caída
 de una mentira
 imperialista.
 Fumando espero.

Los versos le gustaron y los guardó entre las páginas de la segunda edición de *Una expedición a los indios ranqueles*, con prólogo en franchute, ¡qué lo parió!, como mascullaba Israel, una de las muchas joyas de la librería e inopinada caja chica del negocio. A partir de allí, “el affaire Olivari” como decía jocosamente don Porter, hubiera podido despegar, si no hubiese obrado la mala suerte bajo la forma de, primero, la querida oficial de Olivari, que se apareció una tarde con la intención de presupuestar una edición de los últimos poemas del enamorado muchacho, y segundo, el voluble Odiseo, que cayó una tarde sin avisar justo en el momento culminante de un recitativo boca-oreja de una potencia romántica suficiente como para voltear a un tranvía de los que estaban conquistando la ciudad a fuerza de tesón eléctrico. Genovefa lo vio y sucumbió a un rigor mortis tan irracional como real. Fue verlo y palidecer y pensar que toda la mala suerte del mundo se daba cita en su persona. En lugar de sacar provecho del inexplicable ataque de celos que tomó por asalto a Odiseo (por primera vez comprendía que lo que él desdeñaba podía resultar apetitoso para otros), Genovefa se arrugó como una uva pasa y no atinó a responder al ataque que se desató una vez que el pueta tuvo el tino de

retirarse. El sentido general de la embestida –sos una puta– le resultaba inverosímil, pero la sorpresa le jugó en contra y sólo le salió de adentro el papel de vaca mansa (la comparación se la debía a Olivari). Su silencio compungido, lejos de calmar a Odiseo, lo enfureció más.

–Obvio: con vos no se puede hablar. Sos incapaz de comunicarte. No sé ni para qué vine, soy un idiota pero pensé... Ése fue mi error, mi grandísimo error. No sé para qué vine, para qué sigo viniendo, pensando en vos.

Genovefa aguantó la andanada encerrándose en un silencio con cara de nada, producto de que no sabía exactamente cómo encarar la situación. Como abstraída, observaba las contorsiones del rostro de Odiseo y sintió que lo odiaba, finalmente. Odió su hipócrita médula cosentina, que a pesar de sus declamaciones libertarias seguía inalterada, que justificaba su propio comportamiento e impugnaba el de ella, considerando que el único papel honroso para una mujer era el que rezaba el dicho, viejo como el polvo de los zapatos: *Occhji n' terra e cuore a Gesù*.

5. Yo me voy de aquí

—Ignacio, nene, ¿sos vos? ¿Me escuchás? Soy Titina, hijo, ¿me escuchás?

Nacho se disculpó con el índice en el aire, como si hubiera pedido time out, empujó la silla con el culo, abrió la puerta concentrado para hacer el menor ruido posible y salió al pasillo. La reunión de tapa seguiría sin él, pero el gesto desencajado del jefe de redacción le hizo sentir que atender asuntos personales en horas de trabajo no era una conducta aceptable.

—Ignacio, ¿me escuchás? ¿Me oís, querido?

Tras una breve sensación de extrañeza, Nacho se acomodó el BlackBerry en la oreja, carraspeó como preludeo de un sí, diga, hable, que cohibió a Titina.

—Ignacio, nene, soy yo, Titina, ¿no te acordás de mí?

Claro que se acordaba. Cómo olvidar el olor a papel húmedo de la biblioteca del abuelo, las arañas, el polvo, los cienpiés, las hormigas. El sótano y las montañas de libros amuchados con cuidado sobre pallets, la oscuridad cavernosa, el miedo de quedar encerrado y no poder salir más. Las sabrosas varenike de la abuela, sus manos suaves y calentitas, su pelo lacio, sus relatos asombrosos, con finales siempre fantásticos y eterno chan chan: continuará.

—¿Nene? Nene, ¿me escuchás?

Y al fondo, luego del pasillo umbroso, Titina, anciana inmortal. Chusma como cualquier vieja de conventillo, nacida, crecida y probablemente muerta en esa casona de principio de siglo, aunque no todavía. Memoria viva de la manzana, Titina guardaba en sí casi un siglo de historia. Y toda la de los inquilinos y vecinos, que era un poco la propia, visto que había participado en ella de distinto modo.

—Te llamo porque hay alguien. Desde hace un tiempo ya. Segura, segura estoy. Esucho ruidos y además corre el agua, viste que compartimos cloaca...

Nacho vio la rejilla grande del patio, oscura y maloliente a pesar de las macetas con flores que la bobbe coleccionaba con dedicación para disimular la peste, y sobre ella a Cacho, monumentalmente agachado, el brazo izquierdo metido hasta el hombro en la mierda en un intento de destape.

—Te aviso para que hagas algo, Ignacio, a tu abuelo no le hubiera gustado tener gente merodeando como si la casa fuera tierra de nadie. Vos sabés cuánto la quería.

Nacho tardó varias horas en recuperarse de la violenta aparición parentética de esa porción de pretérito en su vida. De pronto y sin querer, adquirió plena conciencia del camino que lo había llevado de San Cristóbal a Palermo Hollywood. Volvió a la reunión cabizbajo y con la concentración hecha añicos. Ya no podría comparar prendas de vestir ni estimar el precio de zapatos, relojes y celulares. No podría hacer bromitas light acerca de los colegas con Luchi y Tamy, ni abandonarse al after con la muchachada de Deportes. En lugar de eso, ni bien pudo, se subió a su Peugeot y salió a averiguar más sobre el asunto.

Era incapaz de decidir si no la había vendido porque tenía un valor afectivo real o si se trataba de desidia frente a una ope-

ratoria que intuía larga y engorrosa, miedo al vandalismo de hordas desconocidas al acecho de jóvenes hacendados como él. Veinte años después la seguía teniendo, aunque no iba nunca a ver cómo estaba. Ocasionalmente la visitaba, pero con desdén: no le gustaba ni el barrio ni la gente ni la casa en sí, que encontraba fría y oscura, hálito gélido salido de las entrañas de la tierra. En términos generales, conceptualizaba toda la zona como sucia y le costaba relacionarla con la bobbe y el zeide. El recuerdo de la primera, sobre todo, se acompañaba siempre de una sensación de bienestar incompatible con la oscuridad húmeda de la casa. La suavidad de sus manos, el olor a delicatessen que embebía sus delantales y vestidos, la volvían incompatible con lo que había devenido la antigua casa familiar, de la que sólo quedaba la vivienda porque el zeide les había vendido la librería a los colchoneros cuando todavía vivía: ataque de frustración contra la cultura libresca en un barrio de iletrados e ilegibles.

Pocas eran las diferencias y a la vez todo había cambiado en el barrio desde que Nacho había emigrado a Palermo. El ambiente campestre resistía todavía en algunos detalles, los chicos sentados en la vereda de Filiberto, la gomería centenaria, el almacén de la esquina, el edificio tomado, la plaza desierta, árida. Volver a esa geografía era también para Nacho retroceder en el tiempo, resbalar por el tobogán de la memoria hasta los días de visita dominguera a los abuelos, el deleite de las tardes de dominó y cartas. El salto temporal era para Nacho angustioso e incómodo. Por alguna razón —que presentía y negaba en partes iguales—, volver lo hacía sentirse un traidor, como si su impoluto living design, con adornos exóticos y biblioteca de vidrio no hubiera sido lo que se había esperado de él en su niñez. No sólo se había apartado del negocio familiar, observando desde el margen los desesperados estertores finales de la imprenta,

librería y casa de apuestas, cansado ya el zeide de luchar contra números ingratos, incapaz de afrontar las pérdidas ocasionadas en el altar asesino de la cultura nacional. Además, se había desentendido de su origen, una manera de entender el mundo.

La puerta de calle era de otro color; el resto no evidenciaba grandes modificaciones. Nacho intentó en vano abrir con su llave; la cerradura había cambiado varias veces desde la última vez que Titina le había hecho una copia. Tocó timbre. Un intervalo interminable se instaló en el portero eléctrico. Al fin, luego de una eternidad, una pequeña figura encorvada se dibujó a unos metros por el pasillo. Arrastraba los pies con dificultad, pero cuando acercó la cara a la ventanilla desvidriada de la puerta (hacía meses una reyerta entre dealers había convertido al chuzo en un habitante más del pasillo), una sonrisa enmarcaba sus dientes, como si en verdad estuviera feliz de verlo, luego de tanta ausencia y silencio. Nacho era el último de una familia que de una u otra manera había moldeado su propia vida. Sola desde hacía muchos años, verlo era constatar la existencia de hechos y personas cada vez peor recordados, más indecibles. Para Titina, que se acercaba rauda a los 100, Nacho era una prueba en carne viva, un pedazo de objetividad que respiraba y daba fe de lo que temía fueran sólo alucinaciones de la vejez.

Excusándose por no haberle copiado la llave de la puerta de entrada, lo invitó a pasar.

—Cambian con tanta frecuencia, nene, que pierdo la cuenta. Ya no sé si te avisé o no y para no jorobarte... Vistes cómo es cuando una es vieja.

Nacho intuyó que Titina iba a terminar la frase, pero en lugar de eso se dio vuelta y comenzó a avanzar por el pasillo umbrío. Algo triste impregnó el aire que compartían. Nacho agachó la cabeza y la siguió. Se colgó los Infinit oscuros del bol-

sillo delantero del saco y aguantó la respiración: la humedad era un estado de alma que podía olerse. Se detuvo frente a la puerta de su ph. La casa de la bobo y el zeide: el matrimonio Porter. La cerradura era otra y su llave no funcionaba. Espió por las ventanas enrejadas que daban al pasillo. La suciedad esmerilada del vidrio le devolvió su propia sombra.

La ocupación llevaba un mes a lo sumo, según Titina, y no eran muchos. No hacían mucho barullo (salvo últimamente, que andaban a los martillazos a cualquier hora) ni grandes movimientos. Ella todavía no los había visto ni entrar ni salir. Usaban el agua –no te olvides que compartimos cloaca–, pero no podía informarle acerca del consumo de luz o gas. En fin, dentro de todo no es de lo peor, por lo menos es gente tranquila. Nacho fijó la vista en la ornada taza de té que Titina le había dado. No sabía qué sentía, no sabía si estaba sintiendo algo, si lo que le estaba diciendo generaba algo en él. O más bien, al contrario: sentía una especie de nada que tal vez indicaba una falta de interior, un hueco como realidad identitaria profunda. No se sentía afectado, ni en shock, ni en pánico. A pesar de que muchas veces había hablado con la parentela acerca de la posibilidad de perder la casa a manos del lumpenproletariat, como decía con una mueca de humor en la boca, Nacho se daba cuenta de que evidentemente la casa no significaba gran cosa para él, de otra forma –razonaba– en este momento hubiera sentido algo. No estaba enojado, era más bien una resignación ofuscada que lo embargaba, más molesto por tener que estar sentado frente a Titina, aceptando su hospitalidad, que por la pérdida de la casa. De alguna manera, se sentía a salvo, lejos de las extrañas declinaciones que acontecían en esa propiedad de San Cristóbal, al filo del fin del mundo. Era suya, pero no la sentía así, al contrario.

Era casi un alivio saber que, luego de tantos años, finalmente la preocupación de la casa familiar se externaría en algo concreto y desprovisto de emoción: un juicio, un desalojo, un remate judicial y finalmente una suma de dinero que se adicionaría a la propia y dejaría de tener historia y capacidad para humillarlo, para enrostrarle la decepción del rumbo que había tomado su vida, el ansia de diferenciación y olvido en el que había fundado el desarrollo de su madurez.

Tras dos horas de charla y con un agotamiento mental que hacía años no sentía, Nacho decidió que era el momento de retirarse. Le agradeció a Titina por todo (¿Por “todo” qué? Me hizo venir hasta acá al repedo, vieja de mierda, perdí toda la tarde para nada), se calzó los anteojos negros y enfiló hacia la escalera de mármol que separaba el departamento de Titina del primer cuerpo de la casona. Por un momento, mientras avanzaba a lo largo del pasillo de baldosas rojas, sintió deseos de visitar el sótano, pero enseguida desechó la idea. Me voy a ensuciar, pensó. Al doblar en el codito de pasillo a metros de la puerta de entrada se vio de pronto frente a una joven de rostro renacentista, visiblemente demacrada. Con dos ojeras notables y canosa antes de tiempo, Nacho tardó apenas un par de segundos en sopesar la distancia que la separaba de la belleza, que él leía en el maquillaje, la pilcha de marca, la pose provocadora. Él sólo declinaba la hermosura con abundancia: de medios, de estrategias, de objetivos.

—No nos engañemos —solía argumentar en los after office a los que acudía—, la belleza entra por los ojos. El aspecto es lo primero que nos llega del otro y lo que define nuestra relación con él. Una mina fea, con mucho trabajo y disposición, a lo sumo llegará a ser interesante.

Cuando la vio introducir la llave en su puerta –de los dos– se abalanzó sobre ella y alcanzó a aferrarla del brazo derecho. Las explicaciones fueron pocas. Lejos del convulsivo arrepentimiento que Nacho contaba con conseguir aplicando el argumento de esta casa es mía, la joven okupa pronto dejó claro que no le reconocía ni titularidad ni derecho algunos. Nacho, cada vez más nervioso, comenzó a levantar el tono en una postura de ánfora desquiciada (las manos en la cintura, el peso de su cuerpo sobre la pierna izquierda, la derecha afectada por una especie de síncope hico hico caballito), a lo cual Quimey respondió introduciendo –con un movimiento tan veloz como hábil– la llave en su bombacha.

–Tenemos que llegar a una solución –repetía Nacho desconcertado por la falta de pavor de su interlocutora.

Juicio, abogado, pleito, plata, tiempos, citación, corte: lanzaba palabras como una ametralladora en contra de esa chica cuya urgencia cotidiana para encontrar comida volvía irreal, surreal, toda preocupación que excediera los límites puntuales del día a día. No había en su experiencia del tiempo –puro presente sin futuro, a esa altura– espacio para preocupaciones ciudadanas. La problemática de Quimey era más básica. Como tantos hacia fines de 2001, vivía desasida del grueso de la sociedad, individuos inimpugnables desde el aparato del Estado. Incapaz de asegurar las condiciones de reproducción material de su vida, las amenazas que Nacho lanzaba contra ella con ímpetu de autor ofendido pertenecían a otro tiempo, uno que Quimey ya no habitaba.

–Me equivoqué. Me confundí –terció finalmente Quimey acompañada por un hipo interpretado con los hombros–. Pensé que ésta era la casa de mi nonna Vincenza. Los Porter vivían

adelante, en la colchonería, eso era lo que decían mis viejos. Los Porter en el local y nosotros en la primera puerta.

—¡Antes! ¡Antes era así! Después mi abuelo remodeló. Transformó el fondo de comercio en un depto para poder venderle la librería a los colchoneros.

La entrega de la llave fue pactada para un mes después, en principio sin denuncias ni citaciones de por medio, visto que en el transcurso del intercambio descubrieron algo así como un parentesco lejano, un vecinazgo en el origen que, si bien no excusaba la ocupación, la volvía en parte entendible.

Todo pareció terminar para Quimey luego de la entrega de la casa, en la cual no sólo se había hecho con la foto de la enigmática mujer que le hubiera gustado ser a ella en un pasado hipotético. Se llevaba además la experiencia de una privación y una soledad intransmisibles, sensación de impotencia puro desasosiego, punto y aparte. Si bien desde el primer momento quedó claro que era incapaz de responder monetariamente por nada que Nacho le quisiera exigir, para evitar posibles dificultades con Carmen Fabiola escondió el buraco que había hecho en la pared divisoria entre la casa y la colchonería, con una de las últimas telas que había llegado a pintar. Ese elemental subterfugio escondió la puerta tapiada hasta que Nacho finalmente se decidió a vender la casa.

6. Cariño mío

Sabrosa y repetitiva como el ritmo de un takirari: así era la terquedad con que Yoshi se negaba a olvidar a Quimey. Ocho largos meses de campera mojada y frío en la nariz habían pasado, y él seguía escribiéndole dos mails por semana. Más no: le parecía excesivo y fuera de lugar, después de todo, ella casi nunca acusaba recibo. Le contestaba a lo sumo una vez por mes, en dos líneas telegráficas.

Cambiaron al cocinero y estoy comiendo bien. Es nigeriano y le gusta el picante, igual que a mí. Se llama Maxime.

O:

Renuncié porque el tano me tenía las pelotas por el piso con lo de las llegadas tarde. Por ahora estoy cuidando pendejos. ¿Alguna vez imaginamos que estar matriculados en la UBA nos iba a abrir una puerta tan lejos de casa? Acá, si no sos universitario no te quieren, pareciera que para limpiarle el culo a un pendejo de 4 años hay que ser doctor.

Nunca más una línea sobre la pincelada de Eglow o las gordas de Jenny Saville.

Quimey cumplió 21 años en la plaza, el 20 de diciembre, entre el ruido de las ollas y los gritos de la gente. Se la veía contenta, llena de energía, de euforia, bocetando a cuatro manos y con carbonilla en un cuadernito Gloria de tapa blanda. Se encontró con Yoshi por casualidad en Entre Ríos y Moreno. Ambos iban solos y el encuentro los alegró. Todo estaba tan subvertido, tan salido de su cauce habitual, que se tomaron de la mano y siguieron juntos sin detenerse en explicaciones o justificativos. Parecía normal, todo parecía lógico ese día de rebelión popular. La energía se sentía en el aire, era algo palpable. Que se vayan todos, coreaban, pero lo mismo hubiera podido escucharse: “No pasarán” o “El pueblo, unido...”.

Estuvieron en la plaza hasta que se desató la violencia. Ellos vieron caballos. Caballos y sobre ellos hijos de puta que disparaban a matar. Y que mataron. En la corrida, Quimey perdió el cuaderno, pero llegaron a Balcarce y pudieron zafar de la arremetida. El gas les hacía arder los ojos, no lograban respirar. Yoshi se quería ir, pero Quimey volaba de indignación y quería volver para bajar a uno del caballo –Por lo menos uno, le decía con un brillo esquizoide en la mirada, ¿qué se creen, que les tenemos miedo?– y reventarlo a pedrazos sobre la vereda.

–Te voy a reventar, hijo de mil puta –gritaba transportada por el odio que le causaba la impunidad de la cana, que se abría paso a balazos entre gente armada con utensilios de cocina. Yoshi luchaba por mantenerla junto a la pared, por que no la oyera el de la Federal que se acercaba peligrosamente por Yrigoyen. De pronto, a unos pasos de distancia, un Subcomandante Marcos cualquiera recibió un proyectil en la pantorrilla derecha y cayó al suelo. La fuerza del orden, en su versión de a pie, se

abalanzó dando por sentado que estaba delante de una presa fácil. Yoshi vio en cámara lenta cómo Quimey se liberaba de su mano y en rápida carrera hacia el caído, cómo lanzaba un voluminoso pedazo de baldosa contra el escudo del cana que se había adelantado para recolectar el galardón. La contundencia del golpe lo detuvo apenas lo suficiente como para tironear al muchacho de las axilas y cargarlo a duras penas en dirección a Yoshi que, aturdido, y en manos de la adrenalina –Dios mío, ahora me la matan, me la revientan acá nomás, enfrente mío, me muero, me mato–, lo levantó en vilo y salió corriendo rumbo a San Cristóbal entre el chicotazo sordo de las balas y la ruidosa respiración de Quimey, boca abierta por la falta de oxígeno. Se detuvieron recién cuando avistaron Belgrano. A salvo, el herido se quitó el pasamontañas. Se llamaba Brian, tenía 14 años y una bala de goma incrustada en la pantorrilla derecha.

Esa noche fue la última que pasaron juntos. A Quimey la plaza la dejó mal. Eso, al menos, fue lo que pensó Yoshi, que no sabía que para ella todos los días eran fin de mes.

–En este país no se puede vivir –le dijo desolada al enterarse del tendal de muertos que dejó el Argentinazo–. Más de treinta, ¿entendés? ¿No es demasiado? ¿A nadie le parece demasiado? Y se dio por vencida.

Una cadenita de plata fue lo único suntuario que Quimey transportó consigo al viejo mundo, luego de tragarse lo que le quedaba de orgullo y rogarle a su madre que le diera la plata para el viaje. Carmen Fabiola, extrañamente, no le preguntó por qué Calabria, por qué Cosenza, más bien se empeñó a fondo para hacerle sentir el desprecio que le generaba saberse madre de una hija inútil, prácticamente indigente. Detrás de un muchacho moreno, barba y anteojos, camiseta en seis idiomas con la frase “Io non ho votato Berlusconi”, que también esperaba para ha-

cer el check in en el mostrador Economy de Alitalia, Quimey se abandonó a la sensación de *ser* sola: lo suyo no era un estado, al menos no lo sentía así. Estaba atrapada en un instante de desazón sin fin que se traducía en incapacidad para componer lo que consideraba roto. Después de la plaza, después del desalojo de la casa de los Porter, después del después, todo había dejado de tener sentido. ¿Cómo vivir en un país así? La felicidad parecía de pronto una alucinación colectiva diseñada para sobreponerse a una carnicería cotidiana en la que triunfaba el que menos conexión tenía con lo que lo rodeaba. Un mundo diseñado para indiferentes. Quimey se sentía sobrepasada por la angustia y el dolor que le producía saber que muchos como ella, iguales a ella, aunque menos afortunados, quedarían por el camino, caerían en la indigencia, la delincuencia, la droga, la desesperación. Pavimento sobre el que se afirmaba la violenta concreción del neoliberalismo, virus que canibalizaba cuerpos sin sistema inmunológico para rechazar el abordaje.

En Cosenza –plazoleta de 100.000 habitantes, cuyo primer asentamiento, Cusenza vecchia, todavía resistía atenazado por el Busento, un riacho escuálido pero identitario–, Quimey se convirtió en un ente. Si bien en un momento coqueteó con la idea de visitar a la parentela (Maranos y Sant’Arcangelos) en un pueblito montaraz llamado Figline, los días fueron empujándose sin orden y, así como comprendió que hacía dos años no se comunicaba con su madre, finalmente nunca se apersonó en el paese ni pidió instrucciones en dialecto para saber dónde quedaba la casa de *siñù* Marcello Sant’Arcangelo.

Su cotidianidad europea incluía ocho horas de un trabajo plomizo que, sin embargo, le permitía sobrevivir. Fue moza, babysitter, cajera, personal de limpieza, badante, vendedora, recepcionista de hotel, ayudante de cocina, empleada de Laverap.

El tiempo, en esos últimos meses de 2002, era para Quimey algo abstracto. Su existencia no tenía ningún objetivo claro, de manera que si trabajaba fines de semana y feriados era más para tener algo que hacer que por ganar dinero extra. Su vida era una sinfonía hueca, pura forma sin contenido. Ese vacío era lo que le permitía seguir, adormecida, hacia adelante. Si alguna vez había soñado con tomar el cielo por asalto, ahora esa prepotencia no era más que eso: un sueño.

Por la noche, antes de acostarse, Yoshi acostumbraba revisar por quincuagésima vez su casilla de Gmail. La sorpresa que le produjo encontrar uno de yo.quimey@gmail.com lo llevó a la cocina de su pequeño departamento parisino a buscar algo para acompañarla. Se sirvió un vaso de jugo de naranja y volvió a la computadora. Frotándose las manos cliqueó en el mail, que contenía una sola línea:

Yoshi, me estoy muriendo. ¿Vendrás?

La salita del hospital era pequeña y luminosa. Gracias a parches y arreglos resistía incólume el paso del tiempo. Le recordó el Hospital de Clínicas, las charlas con sus amigos médicos, el instante feliz que había sido para él la universidad. Quimey estaba al lado de la ventana. La miró rápido, desde la puerta, para asegurarse de no traslucir sus verdaderos sentimientos, pero no la vio. No era Quimey la que, desde la cama, tenía la mirada fija en la copa de un árbol que se mecía con el viento. No podía ser esa cosa morada, inflada, absurda. Horrorizado se detuvo, sin poder decidir si le convenía adelantar o retroceder. Pero entonces sus ojos se encontraron, ella lo vio. Forzando la goma

imposible de su cara, intentó sonreírle y le agradeció con una tos ronca:

–Yuki kun, qué alegría verte.

Tenía celulitis facial odontógena. Vale decir: el canino derecho le molestaba hacía meses y Quimey, testaruda como una mula, había combatido el dolor con dosis cada vez mayores de ibuprofeno. El resultado estaba a la vista: una septicemia que los médicos enfrentaban con antibióticos endovenosos en la unidad de terapia media del hospital. La prognosis era buena o mala dependiendo del observador: cincuenta y cincuenta.

Segundo acto

Resistencias

1. Tú me has doblao pero yo aguanto

Volvió años después, convertida en una mujer. De mundo, de mando. Pantalones y tacos, derroche de sensualidad y clase para la última vereda del barrio de San Cristóbal. Israel la vio desde dentro de la librería, imposible no reconocerla, incluso con esa ropa y esa actitud. Era ella, en un futuro sin solución de continuidad. La vio sacar un cigarrito de la cartera y al instante quiso saludarla, una foto, algo para guardar de lo que había sido, de lo que era. De pronto cohibido, amagó un saludo con la mano desde detrás del mostrador. Genovefa sólo veía su propio reflejo en la vidriera y mientras se abandonaba al rito de encender el cigarro, se dejó arropar por una estela de recuerdos que, entretejidos en forma de sentimientos encontrados, le provocaron una sonrisa a causa de su juventud e inexperiencia, de pronto instaladas ante sus ojos llenos de calle.

No saludó ni entró a la librería. Se detuvo ante la vidriera más observándose a sí misma que mirando hacia el interior. Exhalando el humo de cara al cielo, retrocedió un par de pasos y encaró Filiberto, momentos antes de que un Israel que azoraba asombros le tocara el brazo con timidez. Inauguraba, él también, la adultez con un bigote y un regio par de anteojos.

/ falso contacto

–Me llamo César –le dijo él tendiéndole la mano–. César Tiempo. Soy escritor.

–Uma. Cantora de tangos, monologuista. Habitante de la noche. Librepensadora peligrosa.

–Quién te ha visto y quién te viera, Malena: te intuí sin conocerte, conociéndote no te vi. ¿Cortadito?

–Ginebra.

Se alejaron del brazo, hacia el sur.

2. Dolida pero despierta

Lo que te destruye es no saber a ciencia cierta, ¿comprendés, hija? En el fondo, muy cerca de mi corazón, nunca pude quitarme la duda. Viví con la sensación de que elegí no ver, frente a un rompecabezas ya resuelto que por alguna razón me negaba a terminar de encastrar. Había cosas que no me cerraban, noches en que tu abuelo no venía, pequeñas mentiras, grandes mentiras pero yo no preguntaba porque no quería saber, tenía miedo de saber. Él me alejaba con su mal humor, sus gritos me hacían retroceder, me vencían. En el fondo, yo sentía que no lo merecía, agradecía los momentos que compartíamos, me convencía de que no podía pedirle nada. Nada, más allá de lo que él quisiera darme.

Fue un desgaste de años. Yo aprovechaba la rutina para esconder el pavor que me provocaba su capacidad para no atarse a nada. Por eso, cuando se fue sentí pena, pero también una liberación tremenda. Incluso yo me sorprendí. Al menos ya no tenía más miedo, las cosas eran de nuevo simples. A veces me pregunto qué hubiera pasado si me hubiera hecho, si lo hubiera forzado a decirme la verdad. ¿Me hubiera respetado? Creo que

no, que se hubiera ido antes. Pero tal vez *yo* me hubiera respetado. Tal vez.

Yo estaba loca por él. Lo deseaba, lo celaba desde antes incluso de comprometernos. Estaba obsesionada con él, hice de todo hasta que él se fijó en mí. Me lo fui ganando de a poco, con pequeños gestos, atenciones, amabilidades. Lo primero que le regalé, me acuerdo, fue una camisa de domingo para ir a la iglesia. Te imaginás lo que la usó. ¡Qué risa! ¡La cara que puso! Yo le llevaba 7 años, era más grande que él, y no era del todo anormal que le hiciera pequeños presentes, éramos buenos vecinos. Los Sant'Arcangelo estábamos mejor que los Marano y no era ilógico que los ayudáramos, éramos paisanos en un mundo lleno de extranjeros.

Una noche le regalé esta cadenita, hice que le grabaran su nombre. No estaba bien visto que una mujer soltera se permitiera esas libertades. En mi época, yo ya era grande, yo... se reían de mí, la solterona enamorada del africano. Así le decían a tu abuelo: l' africanu. Pero a mí no me importaba nada, yo necesitaba hacerle saber lo que sentía por él. Me pidió que se la pusiese, yo me moría por tocarlo. Fueron los ahorros de un año, pero cada vez que se la veía en el cuello, ¡ah!, me sentía especial, había logrado lo que ninguna otra. Vieja y chota, puede ser, pero la única que le había puesto las manos encima. Qué risa.

Odiaba las esperas. Cuando tu madre era chica, tu abuelo mandaba avisar que estaba viniendo, que preparara la cena. Yo corría como loca, emprolijaba toda la casa, bañaba a los chicos, me esmeraba. Cocinaba a fuego lento para que la comida estuviera lista justo cuando él abriera la puerta. Los mataba de hambre a tu madre y a tu tío, pidiéndoles que esperaran un ratito, unos minutos más, hasta que tu abuelo llegara, hasta

que se hacía tarde y los hacía comer a las apuradas, todo recalentado, horrible. Tu abuelo no aparecía. Eran horas, nena, horas de espera. Llegaba al día siguiente, a las seis de la mañana, y: Me atrasé, no te preocupes, comí afuera. Yo con lagañas en los ojos, los pelos revueltos, la ropa todavía puesta porque me había quedado dormida esperándolo en la mesa de la cocina. Él no me veía, no veía el mal que me hacía. Era un hombre popular, muy querido por sus amigos y también por sus amigas. Tenía muchas amigas y yo me moría de celos, me parecía que yo era más fea, menos inteligente, qué sé yo, no sabía cómo hacer para no perderlo. Fijate que hasta que no me quedé sola prácticamente ni amigas tuve: no tenía cómo, si estaba todo el tiempo pendiente de él. Nunca me quise convencer de que él estaba en otra, de que no le otorgaba ningún valor a lo que teníamos. Ésa te la luché hasta el último minuto, no me evité nada: ni dolor, ni humillación, ni tristeza, nada. No me guardé nada, ni siquiera la dignidad.

Tu abuelo se fue una semana después de que tu madre nos presentara a tu papá. Fue así, de la noche a la mañana. Se levantó temprano, hizo un desayuno hermoso, con jugo de naranja, café, tostadas, creo que fue la primera vez que lo vi tan hacendoso, esperó que me despertara y me recibió en la cocina. Sin decirme nada, me devolvió la cadenita —esta cadenita, ¿ves?— y me abrazó fuerte. Pude olerlo, sentí su barba rasposa en mi cachete, igual que la primera noche, cuando me pasó a buscar por lo de mis padres. Yo no cabía en mí de la emoción, me costaba respirar. Me arreglé como pude y abrí volando, pensando que había tardado mucho, que a él no le gustaba esperar, que ya no iba a estar allí. Pero sí, estaba. Parecía triste. Me vio y me abrazó fuerte. Sollozaba. Yo pensé que eso era la felicidad.

Vincenza dejó la mesa y miró por la ventana. Sus ojos vagaban por un cielo gris de contrafrente, cargado de humedad y tristeza. Sus manos, pálidas, nudosas y surcadas por gruesas venas azules, se alejaron de la cadenita de plata que ornaba su cuello y se guardaron en los bolsillos del vestido. La foto sepia de Genovefa fumando un cigarrito en la vereda de El Invenible estaba sobre la mesa, junto a su café. Parecía cansada de hablar o tal vez de dejarse enjuagar por tanto pasado.

Lo único que nunca entendí, que todavía no entiendo, es por qué Odiseo se esforzó tantos años en negar lo evidente. ¿Para qué mentir, si era más fácil decir las cosas como eran y chau? Pero no: a cada impugnación, una respuesta *casi* verosímil, *casi* certera. Y siempre ese detalle que no cerraba, que no podía ser, arruinando su explicación, volviéndola imposible. Una vez faltó dos días de casa. Yo estaba preocupadísima, tenía miedo de que le hubiera pasado algo y salí con el viejo —tu bisabuelo, el primer Sant’Arcangelo que llegó a Buenos Aires, uno de los pocos sastres calabreses que logró el local propio— a recorrer el barrio a caballo, temiendo lo peor. Anduvimos por todo San Cristóbal sin suerte y entonces al viejo se le ocurrió cruzar hacia Constitución. Yo no sabía qué pensar. Íbamos barajando posibilidades, hasta que de pronto lo vi en una esquina, a metros de un prostíbulo. Lo vi yo, con mis propios ojos, tocándole el pelo a una chica. Qué asco. Me acuerdo y me dan arcadas. Me paralicé, fui incapaz de reaccionar. Me puse a llorar como una imbecil. Por suerte papá no se dio cuenta de nada, ya estaba muy chicato. Pensó que era la desesperación. Y sí, era desesperación lo que yo sentía. Después de eso, creo que me desenamoré, me cansé, y empecé a vivir en una especie de caldo de rencor que nos hizo mal a los dos. Tendría que haberlo dejado, ¿pero adónde me iba a ir con los chicos? No se lo perdoné nunca lo

de esa vez. Qué hijo de punta. Yo muerta de la angustia y él... Con el viejo volvimos después de un rato largo de dar vueltas a la deriva. Yo no podía parar de sollozar y le empapé la camisa al viejo, que hacía ir al bayo al pasito, mientras preguntaba a amigos y conocidos si sabían algo de mi marido. Fue horrible.

Con el tiempo y mucho esfuerzo me fui olvidando. Me lo guardé para mí, no se lo dije a nadie. Ni sé por qué ahora te lo estoy contando a vos, tal vez sea todo tan lejano ya, pasó hace tanto tiempo, que no parece mi vida. Siento que no me pasó a mí. Es raro vivir con alguien. Cuando me llamaste, lo primero que pensé fue... Pensé en Odiseo. Hace tantos años que vivo sola, atada a mis rutinas, mis pequeñas manías, que al principio me dio miedo, miedo de que no nos lleváramos bien, de que no nos pudiéramos entender. Ya estoy cansada de pelear, quiero vivir tranquila. Me lo merezco. Estoy contenta de haberte dicho que sí, Quimey: la pasamos bien estas semanas, ¿no? Me alegra que te hayas venido a vivir con tu nonna. También que te vayas un tiempo a Calabria, que veas de dónde somos, de dónde venimos, creo que eso te va a ayudar a entender a tu madre, a todos nos va a ayudar.

A Odiseo no lo perdoné, más bien me di por vencida. Se fue el amor y quedó el contrato. Extraño, ¿no?, que algo así pudiera durar años y años.

Nonna Vincenza interrumpió el racconto sin decir agua va y se fue a la cocina. Volvió con una carta documento. Carmen Fabiola se la había dejado al portero durante la mañana. En ella, conminaban a Quimey a acudir con su abogado a una mediación fijada para cuatro días después, a la una de la tarde en Corrientes y Diagonal Norte, por daños y perjuicios ocasionados durante la ocupación ilegal de la propiedad sita en Entre Ríos 1583, PB, A. La requerida sintió el impacto de la jerga le-

gal en el pecho. Ni tenía ni sabía a quién dirigirse para contactarse con un jurista: su corazón luchaba por no sucumbir a una opresión cargada de angustia. Con la carta todavía en la mano, sin saber bien qué hacer, Quimey volvió a sentir una molestia en la entrepierna, un dolor agudo y muy puntual. Le pidió a su abuela que la esperara y se metió en el baño. Era un furúnculo en el labio mayor de su vagina. Una bolita dura, violácea y brillante. Dolorosa. Hacía varios días que sentía que tenía algo ahí, sin poder distinguir exactamente qué. Le dolía cuando se sentaba, cuando se limpiaba. Quimey apoyó la carta documento sobre la tapa del inodoro y se bajó pantalón y bombacha hasta las rodillas. Allí seguía, cada vez más oscuro, palpitaba. Como si esa parte no hubiera sido suya, estiró, apartó la pelambre con la palma derecha y aplicó los dos índices al pequeño bulto. Dolor y susto, ganas de llorar. Siguió apretando durante algunos segundos sin resultado. Los pelos le impedían ver, de manera que retrocedió unos pasos y tomó asiento sobre la carta. Con la espalda arqueada contra la mochila de cerámica, se acercó a su sexo y sintió su propio olor. Era raro pero le agradaba, ni dulce, ni agrio: extraño. Volvió a apretar, con más fuerza. De pronto, a un costado de la superficie morada apareció primero un pequeño punto blanco y luego una gota amarillo-verdosa. Quimey resopló aliviada. Siguió apretando. La gota se transformó en un líquido transparente y tras él, sangre. Algunas gotas que fueron aliviando la hinchazón, y escurriendo hacia la carta, aterrizando alrededor del “Atte.”. La sensación de resentimiento le duró algunas horas.

En las fotos de los álbumes de la nonna, su madre aparecía muy niña, de la mano de adultos desconocidos o irreconocibles, anónimos por la acción del paso del tiempo. No había ninguna de su padre, pero sí algunas de su abuelo Odiseo, to-

davía joven, el pelo negro ensortijado, el bigote sentador, la maciza quijada de hombre fuerte, respetado, en primer plano. Junto a él, casi más alta, una Vincenza sonriente. Los chicos alrededor o en brazos, todos mirando a cámara. Era algo tan lindo y al mismo tiempo tan hueco, que Quimey no sentía nada al verlos. No se sentía implicada y se preguntaba si ella había perdido la conexión con la gente de las fotos debido a las desinteligencias con su madre o si desentenderse del pasado era un proceso tan natural como irremediable. Qué payasa eras de chica, ¿te acordás? Nos hacías reír, eras un plato. Y Carmen Fabiola aspiraba con vehemencia el filtro de su cigarrillo. Era su manera de comunicarle que bajaba la guardia y quería la fiesta en paz. Eras muy graciosa, re simpática, y Quimey no podía evitar derrapar por la elipsis: en cambio ahora, sos otra, nada que ver. Carmen Fabiola le negaba la posibilidad de cambio, le proponía una relación *sólo* si se mantenía igual a lo que había sido de niña, antes de que le naciera la conciencia, antes de hacerse mujer. La encorsetaba, la ahogaba con su necesidad de que fuera igual a ella, nihilista y desangelada, desilusionada por principio. Quimey, en cambio, quería creer en una causa, defenderla. Quería descubrir el coraje que tenía adentro y usarlo. Cuanto más avanzaba por ese camino, más la rechazaba su madre, haciéndole saber su desilusión.

Sus códigos eran diferentes. Carmen Fabiola vivía en un torbellino de pena y remordimiento del cual Quimey sólo quería escapar. Su manía de resaltar constantemente el error, la falta –Para hacerte fuerte, para que nadie te agarre desprevenida– le quitaba toda libertad de movimiento. Para qué luchar, si ya está todo perdido. Cualquier brote de idealismo, de entusiasmo que Quimey pudiera albergar jamás sobrevivía. El descreimiento rabioso de su madre pronto se cernía sobre ella, la acosaba,

acechaba, agobiaba, bombardeaba, hasta que finalmente lograba su objetivo: Quimey dejaba de dar clases gratuitas de dibujo en el Centro Cultural del Sur o abandonaba la tutoría extracurricular de pintura para personas con capacidades diferentes o lo que fuera que estuviera haciendo que hubiera llamado la atención de su madre. Sólo luego de comprobar que la ilusión de su hija se había desvanecido, Carmen Fabiola abandonaba los pertrechos de combate y se relajaba, todo había vuelto a la normalidad.

Quimey la consideraba una mujer arrasada. De la pena a la ayuda, a la compasión, a la urgente necesidad de dejarla atrás, Quimey pasó por todos los estadios posibles. Porque a la vez, su madre encerraba también la vivencia de su padre, su propia experiencia de militante popular, el trabajo de alfabetización en las villas, la certeza de que todo suma, de que otro mundo es posible. Carmen Fabiola guardaba en sí la única memoria de su padre a la que Quimey tenía acceso, era la que podía completar las fotos con relatos teleológicos que las volvían centrales, como si la sucesión de los días se explicara por esas tomas de presente disecado que llenaban a Quimey de tristeza por la pérdida de algo que ni siquiera recordaba. La negativa de Carmen Fabiola a narrarle su pasado (que era, en definitiva, de las dos), su terquedad para hundirlo en un silencio equivalente a un dolor puro, sin palabras, sin historia, explicaba el odio de Quimey, cuya necesidad visceral de llenar el vacío de la figura paterna chocaba contra la avaricia de su madre, contra su indiferencia, contra su negativa rotunda.

Abollada desde la lejana tarde en que Arcangelo desapareció, volviéndose pretérito indefinido, inseguro, la relación de Carmen Fabiola y Quimey se arrastraba agonizante sin llegar nunca a romperse. Había algo que excedía cualquier explicación y las mantenía en contacto, oponiéndose, combatiéndose,

resistiéndose. Los gestos que Carmen Fabiola tenía cada tanto para con su hija –el pago del pasaje a San Pablo para que fuera a la bienal, la sorpresiva compra de telas o materiales de pintura– quedaban ensombrecidos por una falta de comunicación fundamental. Quimey, que rechazaba el 95% de la constitución ideológico-identitaria de su madre, se sentía extraña aceptando lo que, en el fondo, consideraba presentes griegos. Intuía que algún día Carmen Fabiola le echaría en cara sus propios gestos; el cariño era para ella un optional no incluido en el modelo base de su relación.

El vínculo que no tenía con su madre, Quimey lo había entretrejado con su abuela, nonna Vincenza. Mujer corpulenta, de andar lento y gran contadora de historias, toda su vida había vivido bajo la égida masculina. Primero en la casa paterna y luego en la de su marido, Odiseo. El murmullo familiar la consideraba a la vez ejemplar y sometida, en una hipócrita torsión propia de la milenaria institución. Versión íntima de el que no afana es un gil, Sant’Arcangelos y Maranos se enternecían al pensar en ella, desconociendo su extraordinaria fortaleza, capaz de soportar toda una vida sin amor, un abandono escandaloso y el escarnio público. ¡Pobre!, se exclamaba sotto voce, reprobando lo que se percibía como una absurda incondicionalidad para con Odiseo, al que –a pesar de todo, según ella misma aclaraba– esperaba hasta el último día de su vida. Había cosas que sólo él podía explicar.

–Es como una obsesión malsana que tiene –opinaba Carmen Fabiola, dejando entrever su desprecio por ese ridículo concepto que su madre etiquetaba de amor y ella consideraba otra cosa–. Lo suyo es comodidad, inercia. Miedo.

Su madre era para ella una desilusión en igual medida que ella lo era para Quimey. En cambio, para ésta su abuela era una mujer maravillosa, entretenida y cariñosa, oasis cálido que

le permitía combatir la rasposa aridez de Carmen Fabiola. Lamentaba muchísimo que Vincenza hubiera conocido apenas a su yerno y no pudiera contarle de él más que sus impresiones iniciales, su aspecto de joven sano, su brío, sus ojos encendidos y su facilidad de palabra. La vaguedad de sus apreciaciones dejaba a Quimey más sedienta que nunca, esforzándose por aguzar la vista frente a un conjunto de imágenes siempre fuera de foco.

3. Con miedo pero con fuerza

El aeropuerto Charles De Gaulle era inmenso. Más grande para quienes, como Quimey, no hablaban francés. Habían pasado dos meses, había sumado algo de peso sobre sus huesos y se había cortado el pelo. La celulitis facial odontógena se había retirado de su rostro pero todavía se sentía frágil. Fuera de lugar. Como una niña en un mundo de grandes. Bajó del avión con cautela, consciente del esfuerzo que hacía por ubicarse, su mano derecha en la cadenita grabada con elegante letra cursiva que en su última visita nonna Vincenza había desenganchado de su cuello para obsequiársela.

—Nadie te puede decir lo que tenés que hacer —le dijo mientras se la cerraba alrededor del cuello—. En esto no hay recetas. En el fondo uno sabe lo que quiere, pero no se anima a aceptarlo. Lo que hacemos es lo que nos define, lo que somos.

Los pasillos parecían no terminar. Quimey sólo tenía su mochila y la cadenita grabada con el nombre de su abuelo: Odiseo Marano. Avanzaba con cautela, temiendo que la descubrieran, que la denunciaran por fuera de contexto. Free-shop, orgía de la compra, teléfonos públicos, locales de cambio de divisas. Pisos prístinos, limpieza de shopping, hordas de gente apurada o

en compás de espera. Ríos de gente en movimiento, gotas de un chorro en el que Quimey se insertaba algo temerosa.

Migraciones y las kuitquianas cintas transportadoras con el equipaje de todo el mundo. Luego, incertidumbre, espasmo aterrado de no saber si estaría allí, terror de equivocarse, de fracasar en la construcción de una dualidad que intuía astillada desde siempre. El corazón desbocado, latiendo inquieto en síncope, adelantar, seguir la flecha, avanzar hasta las puertas de apertura automática que marcaban el fin de la zona que el aeropuerto reservaba a los recién llegados, el sensor que se activa: Lancôme Hypnôse, frío y movimiento: vacío.

Deteniéndose por primera vez en un largo rato, Quimey apoyó su mochila en el piso, a unos metros de las puertas automáticas. Lo vio al levantar la vista. Yoshi se acercaba al trote junto a un amigo. Abrigo verde oliva, pelo corto, anteojos y sonrisa, los brazos abiertos para recibirla. Quimey sintió que eran su lugar en el mundo.

Tercer acto

Capitulación

1. Y sin tormentos y sin dolores

Apareció con pocas valijas y menos palabras un día cualquiera. Subió la colina con paso cansino, evitó la cadena con candado y se metió en el parque salvaje –por falta de cuidados– de A Torre, una casona centenaria con planta baja y primer piso en la que hacia comienzo de 1900 su nonno, Michele Marano, había fabricado vino tinto y prosciutto. Forcejeó con la vetusta cerradura del portón de madera, acceso a la cocina-comedor, única habitación con posibilidad de calefacción en toda la casa. Empotrada en la esquina izquierda de un rectángulo improbable se erigía un imponente hogar a leña, cuya boca nivura le llegaba casi a los hombros. Siñù Oddisè apoyó su deteriorada mochila verde sobre las polvorientas baldosas de la cocina y esperó a que sus ojos se acostumbraran a la penumbra. Palpó el bolsillo de su pantalón y sacó un ajado paquete de cigarrillos. Extrajo uno y lo encendió achicando los ojos para evitar la corrida del humo. Observó sus pies, y debajo de ellos las baldosas irregulares. Un sonoro suspiro estremeció el aire encerrado durante años en ese lugar apacible.

Frente a la plaza principal, que amuchaba iglesia, comuna y bar, uno por cada lado (el cuarto daba a la pendiente y era un excelente observatorio del valle), vivía Carlo. Cuando siñù

Oddisè llegó a Figline, Carlo no pasaba de los 5 años y era uno de los pocos niños de un pueblo cuya tranquilidad convertía en un evento rutilante la aparición de alguien de afuera. Todo tipo de versiones corrieron de puerta en puerta y de ventana en ventana antes de que don Marcello, dueño del negocio de garrafas ubicado a la entrada del paese, luego del saludo de rigor, lo interpelara con un:

–Chi veniti faciti ecà?

Para ese entonces Carlo tenía ya mucha información sobre el extranjero, que había ido recolectando en base a su enorme capacidad de observación ya que los alrededores de A Turre eran su campo de juego habitual en las horas de la siesta. Sabía, por ejemplo, que el viejo Oddisè pasaba largas horas sentado muy cerca de la veranda del primer piso observando la puesta de sol. Sabía también que con él había traído un extraño camastro de tela que había amarrado de alguna manera a las dos paredes laterales de esa misma veranda y que en esa especie de capullo colorido pasaba horas leyendo el diario. Sabía que se aseaba en el patio, con una palangana y agua fría. Que en una oportunidad bajó a Cosenza a pie y volvió haciendo dedo, con la mochila llena de libros. Que muchas noches las pasaba bajo las estrellas, quemando cáscaras de algo que hedía y alejaba a los mosquitos. Características, todas estas, que en su lengua naciente lo volvieron un chicófaru, animal exótico y peligroso, que se mira de lejos.

El sol leone ya había comenzado su asedio del valle el día que Carlo Giordano aprendió a mantener el equilibrio sobre el sillín de la bicicleta poniendo en práctica la fuga hacia adelante. El mecanismo era el siguiente: con gran fuerza y entusiasmo empujaba el pedal derecho hacia abajo para ponerse en movimiento. El ímpetu del envión lo llevaba hacia la derecha, desvío

que remediaba girando violentamente el manubrio hacia la izquierda, rozando la caída, pero no, lograba enderezarse tirando su torso hacia la derecha, al tiempo que le imprimía ritmo al pedaleo. La velocidad adquirida disminuía las oscilaciones derecha-izquierda y le permitía seguir en línea relativamente recta. Lograrlo le había tomado nada más que 48 horas de caídas a repetición y algunos magullones, sobre todo en tobillos y brazos, pero ahora que pedaleaba sin interrupciones Carlo se sentía libre y no podía parar de avanzar.

–Mi piace pedalare! –gritaba eufórico mientras avanzaba por los caminitos empedrados del paese y se iba acercando a la Torre, donde solían terminar sus recorridos desde que había aparecido el extranjero.

La primera vez que lo vio se había detenido a tomar aire junto a la cadena de ingreso, pero un concierto de extraños sonidos lo instó a montarse sobre la bicicleta una vez más y avanzar por el caminito de tierra hacia la casa. Al acercarse, vio a siñù Oddisè que se afanaba entrando y saliendo de la planta baja con todo tipo de cacharros y trastos viejos. Lo observó durante unos instantes en silencio y luego, haciendo gala de su desinhibición habitual, le gritó:

–Siñù, siñù, guarda: pedalo da sulu! Siñu granne eiu! Cchi mi dici? Si impressionatu?

Siñù Oddisè se detuvo un momento y aplaudió sonoramente.

–Sei bravo, guagliù, mi fai paura mi fai.

Así comenzó su amistad.

Lo primero que Carlo y siñù Oddisè hicieron juntos fue reacondicionar la habitación de la planta baja para volver a producir vino. Fueron semanas de limpieza y compostura durante las cuales siñù Oddisè se ocupó a fondo y Carlo lo entretuvo

con sus observaciones y consultas, apreciaciones y comentarios. A Carlo le llamaba la atención la forma de hablar de siñù Oddisè, una specie di lingua strana, propriamente strana, no?

–Ma eiu ti capishu u stessu, eh. Tu parli ed eiu ti capishu lo stesso, sai perché?

Siñù Oddisè negó con la cabeza. Sentado en el suelo limpiaba con una espátula años de mugre acumulada en la canaleta que circunvalaba toda la habitación y por la que, con un poco de suerte, en un futuro cercano transitaría el zumo de uva.

–Pecchi siñù intelligentissimo eiu! –explotaba Carlo vuelto un gran cúmulo de risa imparable, que a siñù Oddisè lo hacía sonreír.

No era que Carlo tuviera una energía infinita, sino que poseía una capacidad asombrosa para condensarse en el presente, ignorante de futuros, denso y complejo como para absorberlo todo en una existencia frondosa, colorida, feliz. No había en la conducta de Carlo ningún ahorro, ninguna especulación. Sus días eran el surfilado de asombros, descubrimientos, eventos, oportunidades e invenciones posibles que se sucedían en igualdad de importancia y gravedad. Transplantar una plantita de perejil era, en su economía vital, igual de trascendente que pedalear de vuelta a su casa, saborear un helado en Via Parisio o ayudar en la panadería de sus tíos a hornear los primeros cincuenta mastazzoui de la temporada. Potencia creadora más allá de las imposiciones sociales, la voracidad de experiencias de Carlo fascinaba a siñù Oddisè, devolviéndole al apetito que había embargado su juventud, antes de que la culpa lo apresara en sus fauces, de cuya boca no había salido indemne. No era melancolía lo que sentía al observarlo correr detrás de una mariposa blanca por el pequeño huerto que habían construido juntos con paciencia y tiempo; eran ganas, ganas de hacer otra

vez, ganas de revuelta, de volver a la acción. Tantos años habían pasado, tanta angustia y confusión, que por primera vez se sentía a resguardo del dolor y la desesperación, como si finalmente hubiera cerrado un capítulo de su vida del cual se arrepentiría hasta el minuto postrero. Porque Carlo, ahora que lo pensaba, tomando mate frente al orticello, mirando los árboles que se enmarañaban en la ladera del monte, vegetación indómita, era un poco el hijo que no había querido tener con Genovefa, por miedo a perder su libertad. A escasos dos metros, Carlo se entretenía intentando encastrar la cabeza metálica de un martillo en el correspondiente mango de madera, separados de forma violenta la mañana anterior, en el transcurso del intento de restauración de los dos inmensos toneles de roble (833 litros cada uno) que dormían en la Stanza dell'uva bona, como la había bautizado porque cada vez que Carlo lo encontraba trabajando allí exclamaba: *L'uva mi fa crescere, è bona bona!* La rotura del martillo había sido un episodio de alegría particular para Carlo, que rápidamente se había hecho con los despojos, so pretexto de recomposición ejemplar:

–Io sacciu quillu che faccio, un ti preoccupà.

Cuando siñù Oddisè apareció con una piola, que sujetó al hueco de la cabeza metálica la felicidad fue completa: por fin algo que podría arrastrar tras él, como los primorosos camioncitos de madera que veía los domingos, la nariz contra la vidriera, en las jugueterías cerradas. Cosenza era para Carlo el lugar en que sus padres buscaban una rutina que astillara la cotidiana.

Era algo que sentía tan lejano que casi parecía que le había sucedido a otro. Ni siquiera dolía ya. Consideraba que había errado algunas decisiones, momentos difíciles que hubiera podido resolver de otro modo, pero nada más. No malgastaba su tiempo en añorar un final deiferente para su historia. Ya no.

Prefería aprovecharlo para abandonarse al placer de fantasear cómo hubiera sido compartir una puesta de sol allí, el mate de mano en mano –más exquisito porque difícilísimo de conseguir– sin interrumpir el silencio de la tarde. Pero hasta ahí llegaba: no imaginaba, un ejemplo, cómo hubiera sido compartir un mate con su hijo Arcangelo. Primero, porque a pesar del tiempo transcurrido no había podido procesar acabadamente la existencia de su primogénito, ignorada durante años. Y además, porque su repentina desaparición lo había vuelto una especie de fantasma doblemente escurridizo: porque no había llegado a conocerlo y porque le habían quitado violentamente la posibilidad de hacerlo.

Siñù Oddisè se sentía en paz lejos de todo. Al margen del mundo, por fin encontraba días con horas infinitas para abandonarse a su soledad, a hacer lo que le viniera en gana sin necesidad de dar explicaciones ni justificarse, sin tener que enfrentar el dolor de lastimar a sus seres queridos, la culpa de no evitárselos. A Vincenza, sobre todo, siempre leal y comprensiva, pero tan acotada, tan señora de su casa.

Le hubiera gustado tener la foto, pero se había extraviado. Vincenza la habría quemado o tirado a la basura; tal vez estuviera todavía viajando con el viento por alguna vereda de Buenos Aires, convertida en algo simplemente viejo. El domingo en que Carmen Fabiola organizó la cena familiar para presentarles a su compañero y anunciar que estaba embarazada de la pequeña Quimey, a Odiseo le chocó más la foto que le tendió su yerno que la inesperada noticia de que iba a ser abuelo. Ahí estaba Genovefa, hermosa como la recordaba, más hermosa aún porque de los dos era la única que había cumplido lo que habían soñado juntos en el sótano de los Porter: mujer de nadie, era la imagen misma de la rebeldía. Sintió que el sepia le

escupía a la cara su traición, el abandono de sus ideales, de sus sueños. Mujer y madre: de ese joven que era argento vivo, hablador, inquieto, curioso, entrador. Su hijo, de ambos.

—Arcangelo Moliterno —se había presentado al estrecharle la mano—, argentino de primera... generación, punta de lanza. Artista vagabundo, don Odiseo.

Su corazón, dormido desde hacía años, dio un respingo y preguntó por su filiación. En efecto, era hijo de Uma, cantora de tangos, que en paz descanse.

—En pecado concebido, hijo de la vida, varón: soy más guacho que Fabio Cáceres.

Y ahí se había reído de su propia ocurrencia, envolviendo a Carmen en un abrazo ancho, terminado con un beso en la frente.

Una semana después, Odiseo se fue. No tenía manera de confirmar sus sospechas, pero ciertas expresiones de Arcangelo le resultaban pavorosamente conocidas. De todas maneras ya era demasiado tarde. Quimey estaba en camino y había que enfrentar las dificultades que se presentaran. Tal vez tuvieran suerte y saliera bien, normal. Tal vez Arcangelo no fuera el niño que él le había pedido a Genovefa que se hiciera extirpar, como si se tratara de un cáncer. Víctima de un insomnio que minaba su capacidad para pensar las implicancias de lo que sucedía, perseguido por la sensación de peligro inminente, sintiéndose acorralado, sólo atinó a partir. Por un tiempo, para poder restablecerme, entender y arreglarlo todo.

Un poco porque una vez que estuvo lejos comprendió que no quería volver y otro porque la sanción moral de toda la parentela (su hija Carmen Fabiola a la cabeza) era rabiosa, el retorno nunca tuvo lugar. Vincenza pareció contentarse con su suerte, no se la veía ni peor ni mejor, su vida giraba en torno

de sus hijos, su casa, los parientes. Odiseo se mantuvo al margen. A veces volvía a San Cristóbal a espiar el frente de la casa. Seguía de lejos las declinaciones de sus vidas, sin comprender bien las razones que le impedían terminar de cortar el cordón umbilical que lo unía a ellos, anudado hacía mucho tiempo en un intento de reivindicación, de lavar la culpa que le provocaba haber empujado a Genovefa por el áspero camino del aborto. Porque hasta que Carmen Fabiola no había aparecido con su compañero, el mundo era un pañuelo, Odiseo jamás había dudado de que Genovefa había arrancado la semilla de sus entrañas. Era tan de mujer sin honor, de mujer de la vida ser madre soltera que no pensó que ella, con sus modos dulces y sonrisas suaves, fuera a atreverse. Se había decidido a dejarla también por eso, porque creyó que así se aseguraba de que le hiciera caso y fuera con la oscura señora con la que la había puesto en contacto, cancerbera centenaria de honras y juventudes. La desaparición de Arcangelo, fervoroso militante de la JP, clausuró para siempre el diálogo para el cual Odiseo se preparó sin interrupción, desde la noche en que se conocieron. Ya no podría contarle acerca de sus temores ni confesarle que su apellido era Marano, Marano Moliterno. Ni pedirle perdón. Todo dejó de tener sentido.

Transplantaron un arbolito y lo llamaron Fraternità. A Carlo le divertían los pruritos de *siñù Oddisè*, su manía de ponerle nombre a todo, de aclararle que en otra lengua las cosas se llamaban de manera diferente. Incorporaba todo, con tal de que *siñù Oddisè* lo incluyera en sus “juegos”: la limpieza y puesta a punto de un complejo utensilio para hilar lana, la construcción de un estanque para truchas, la terminación de un horno a leña, la erección de una extraña estructura llamada “*quinchio*”, la recolección de lechuga o papas, el cuidado de las flores. Tanto

placer le generaba tener un adulto a su entera disposición, sin necesidad de compartirlo con las tareas del hogar o las preocupaciones del trabajo, que al cabo de tres meses el extranjero casi lo había adoptado: Carlo lo rondaba todas las horas que no pasaba en el colegio. Carlo pasaba por su casa a dejar la mochila y luego pedaleaba hasta A Turre, donde se demoraba hasta después de la cena. La lógica alarma que esto generó en su madre se fue suavizando con el tiempo, gracias a que *siñù Oddisè* no tenía inconvenientes en recibirla a ella también, e incluso al padre si así lo deseaba. Una tarde, al cabo de algunos meses, la madre de Carlo apareció en A Turre con una bolsa de harina fresca de la buena, recién molida, y le amasó al extranjero tres kilos de ñoquis: *Bonuvenuto*.

Carlo pronto fue incapaz de recordar qué hacía antes de que *siñù Oddisè* se instalara en A Turre, cómo se entretenía sin ese viejo extraño, lleno de lenguas y conocimientos venidos de lejos, observaciones disparatadas y ganas de dejar pasar el tiempo junto a él, en una camaradería pura. Ni siquiera cuando la casa empezó a llenarse de gente que iba y venía, se quedaba, partía y volvía, perdió Carlo su lugar central. Él era guía y mensajero, ayudante especial y entusiasta indómito de todos los proyectos y propuestas que *siñù Oddisè* ponía a su consideración. Fue un período en el que ambos fueron felices sin darse cuenta, sin esfuerzo.

El año en que Carlo cumplió 14, su padre consiguió trabajo en una constructora de Cosenza. Sólo Carlo y *nonna Rita* lamentaron la noticia y, sobre todo, la mudanza, que los arrancaría de *Figline*, su tierra. Ni el modernísimo automóvil que su padre compró al cabo de unos meses, ni la casa nueva —calefaccionada, con balcón y vista, seis habitaciones, dos baños y piano de cola en el comedor— ni los viajes a Florencia y Milán, Tu-

rín, Venecia y Roma acallaron los pedidos de Carlo, que quería volverse al paese. Mientras sus padres y hermanos se esforzaban para quitarse la pátina de pueblerinos que los cosentinos les endilgaban, Carlo abandonó el italiano y se refugió en el dialecto figlinés. Su nula voluntad de adaptación sacaba de quicio a su madre, que sólo veía en el cambio aspectos positivos: más posibilidades de estudiar, desarrollarse, más libertad para ser. Pero Carlo no quería más; ansiaba volver a sus tardes compartidas con el viejo Oddisè, a su voz calma y su prosodia algo extraña, su otro idioma, sus recuerdos, su incapacidad para aburrirse, su curiosidad infinita.

La desesperación de sus padres alcanzó proporciones de tragedia la primera vez que Carlo fue arrestado por robar un pasacassette. En un intento de encauzar sus desbordantes energías para el caos lo afiliaron a los Boy Scouts, sacra institución que se los devolvió poco después con recomendación de examen psicológico. Que se negara a hablar italiano habiéndolo aprendido de chico era —en su autorizada opinión— signo evidente de perturbación mental.

El segundo arresto acaeció como consecuencia de una gresca callejera. Carlo se encontraba inexplicablemente en la peor parte de Cosenza Vecchia a la peor hora. Su acento montañés no le gustó a un grupo de muchachos que bebía cerveza en una esquina. Tras breves minutos de tensión e insultos cruzados, se entreveraron a cuchillazos. Carlo terminó con un tajo de quince centímetros en su muslo derecho, que le cosieron sin anestesia y de urgencia en el hospital. Un oficial de policía aguardó en la puerta del quirófano a que concluyera la operación, tras lo cual se lo llevó detenido a la comisaría. Superados por una situación que no lograban comprender, los Giordano matricu-

laron a su hijo en una institución especializada: de la comisaría, Carlo pasó sin escalas al Ospedale Psichiatrico di Cosenza.

Siñu Oddisè, que seguía de lejos las conflictivas declinaciones vitales de Carlo, consideró que era momento de bajar a la ciudad. Los Giordano lo hospedaron, deseosos de explicarle su decisión, de que los entendiera y justificara. Necesitaban compartir con alguien la humillación que significaba para ellos que la policía los identificara, sacándolos del continuum de gente decente, como padres de un joven que iba a terminar mal. Siñu Oddisè quiso saber sobre el tipo y la duración del tratamiento. Los Giordano no sabían nada. Ni cuál era el diagnóstico, ni por qué se recomendaba la reclusión contra la voluntad del afectado, ni hasta cuándo lo retendrían allí, domesticándolo a fuerza de pastillas y camisa de fuerza. No les permitían visitarlo y ellos, de todas formas, no hubieran sabido qué decirle. Acorralados entre el enojo y la culpa, los Giordano se abandonaban a la afanosa construcción de una cotidianidad en la que Carlo se había convertido en una especie de nota al pie, curiosidad asintótica que era mejor ocultar.

Antes de volver a Figline, siñu Oddisè hizo otra parada. Era tarde, el horario de visita había concluido hacía horas y no lo dejaron ver a Carlo. Averiguó, sin embargo, que ocupaba la habitación central del segundo piso, junto a otro muchacho de su edad que sufría, según la institución, depresión severa y desorden de personalidad. Minutos después de que lo escoltaran hasta la puerta de entrada, la ventana central del segundo piso estalló de manera estrepitosa. Todo el personal se precipitó a la habitación. Encontraron un reguero de vidrios. La piedra responsable del estropicio estaba en manos de Carlo que, rebelándose con gran esfuerzo a la idiotez babeante con que la

medicación –cariñosa y siniestra– lo arropaba, alcanzó a leer la palabra tallada con paciencia en su centro: Fraternità.

Debido a la hora en que aconteció el siniestro, la ventana del segundo piso quedó sin vidrio hasta la mañana siguiente. Los enfermeros recogieron los vidrios del piso, convencieron a los internos de que todo estaba bien y los obligaron a volver a dormir. Para aquellos resistentes hubo dosis doble y algunos zamarreos intimidatorios. A Carlo y su compañero de cuarto –muchacho silencioso con una pasión por las canciones de Francesco Guccini– les alcanzaron frazadas extra para que no sufrieran el frío. Cubrieron el hueco de la ventana con bolsas de basura y cinta scotch. Al llegar la medianoche, la televisión del guarda de turno era lo único audible en los pabellones del hospital.

Amaneció alrededor de las ocho la mañana siguiente, todo tranquilo y sereno. Ni bien el señor director llegó al Ospedale Psichiatrico, el enfermero jefe lo puso en autos de la situación, que no había tenido consecuencias mayores. El señor director preguntó si el vidrio ya había sido pedido y se le informó que sí, tras lo cual quiso ver la piedra. La observó durante un momento y le pidió al enfermero jefe que lo acompañara a la habitación del estallido. Subieron los dos pisos en silencio – el área administrativa del hospital quedaba en la planta baja–, algo distraídos. Hacía tiempo que el señor director soñaba con entrar en la Facoltà de Psicologia de la Università di Bologna, pero su origen sureño lo perjudicaba. No querían en el norte gente con acento como el suyo, mezcla de terroni y académico, no les parecía serio ni acorde al nivel de la institución. No daba la imagen que buscaban proyectar, de manera que por más que sus éxitos profesionales y académicos fueran superiores a los de sus contrincantes, año tras año las cátedras se conformaban

con cantarines acentos florentinos, romanos, turineses, y lo dejaban a él hundido en la rutina administrativa de un loquero tranquilo, en el cual raramente sucedía algo de nota. Al llegar al segundo piso saludaron a la señora que se ocupaba de la limpieza y avanzaron hacia la habitación del centro. Allí encontraron al fanático de Guccini, que dormía en su cama. El nylon ya no estaba en la ventana. Carlo tampoco.

2. Yo me voy porque mi mundo me está llamando

Era una maciza construcción de piedra. De piedra eran también las calles, pasajes y pasadizos que articulaban la circulación del paesino. La luz crepuscular dotaba las construcciones de una tristeza adicional, una frialdad sin vuelta de página. Había poca gente en la calle o tal vez hubiera poca gente y eso fuera todo. Quimey se armó de coraje e intentó confirmar si ésa era, en efecto, la casa de los Marano. Su italiano resultó insuficiente para hacerse entender, pero de todas maneras sacó varias fotos de la fachada. Era una casa similar al resto. Las ventanas estaban tapiadas y en el alero que daba a la calle había varios nidos. En diagonal, una adusta señora del ceño fruncido se dejaba contornear por cinco gatos que maullaban en continuado. Era una especie de estatua viviente. Su inmovilidad, sin embargo, no engañaba a Quimey, que incluso si no podía verle los ojos por la distancia, los sentía fijos en ella. Dio una vuelta por el paese sin ningún plan concreto y cuando volvió a aparecer en esa misma calle, subió la escalera hasta la explanada de acceso custodiada por la señora de los gatos. Podía sentir el miedo que su avance causaba en la anciana que, sin embargo, se mantenía impertérrita en el lugar. Para los figlineses, el anonimato era un

detalle de pésimo gusto en una persona. Su estrambótica forma de vestir (una pollera sobre los vaqueros, dos camisetas —una agujereada—, camisa y bufanda, un trapo en los pelos) no presagiaba nada bueno.

Quimey la saludó con parsimonia y le preguntó por la casa. Su intento de comunicación tuvo un resultado frondoso: la anciana soltó una larguísima parrafada en dialecto. Quimey no fue capaz de dilucidar si la estaba informando acerca de la construcción o si, en cambio, se había dado al impropio limpio. Su cara fruncida no la ayudaba en la decodificación. Optó por sonreír y retirarse. Antes, sin embargo, intentó contarle que su familia, la de su abuela, había vivido allí, tal vez incluso en esa casa que quedaba cruzando la calle, ¿quedaban Maranos en el pueblo? Los gatos no paraban de maullar y a ellos se sumó la anciana con otra alocución oscura. Sus ojitos curiosos, fijos en los de Quimey, parecían esperar algún tipo de transformación mágica. Quimey saludó con la mano y volvió a la calle en silencio. Los gatos siguieron maullando.

No lo sé, mi amor, no le entendí una garcha. Hacía un frío de cagarse, como una boluda me fui re desabrigada y además la vieja tenía una cara de culo que daba miedo. Creo que en un momento dijo “Marano”, pero andá a saber, para mí que no entendió qué quería. Fue al pedo, además me perdí en el camino de vuelta y terminé en un pueblito que ni sé cómo se llama. Lindísimo, con un belvedere espectacular. Esto clausura mis ansias de reconstrucción genealógica me parece. Sí, creo que cinco, aunque todas oscuras, imaginate que llegué casi al filo de la noche, no había nada de luz. Una casa de piedra, con un pasillo techado y una escalerita, parecía linda, todo el pueblo era de piedra, pura piedra sobre piedra. El camino de acceso

era muy empinado, una especie de S, iba a veinte y cagada en las patas para no derrapar. Difícil eh, no te creas. Vi más gente, pero nadie me supo decir nada. No me entendían, para mí que no entendieron lo que buscaba. No, me contestaban en una jergonza espantosa, muy cerrada, rápida, además me ponían una cara como de ansias de comunicación que me ponía mal. Igual me pareció un lugar lindo, qué sé yo, como detenido en el tiempo. La vieja de los gatos está en esa silla desde 1927 por lo menos. El hostel bien, decente, el problema es para llamar porque no hay teléfonos públicos, claro, después se me ocurrió lo del Skype, pero tengo que encontrar un Internet Point y además para darte una máquina te piden el pasaporte, súper recontra carcelaria la cosa. No sé, no tengo idea, vos dejás tu documento con el pibe del mostrador y ahí recién te dan una máquina. Como caro no es, bah, no es *muy* caro, es un caro normal. Sí, ya la vi y me despedí, le agradecí por todo; hoy a la tarde lo veo a Carlo, lo voy a ayudar a mudarse, consiguió una pieza cerca de la universidad. Está contento, quiere que le cuente la historia de los Marano-Sant'Arcangelo para un proyecto de investigación que está haciendo o que va a hacer, no entendí bien. No, no me acompañó. Sí, sí, es de Figline, pero no le gusta hablar ni del pueblo ni de su infancia; me da no sé qué preguntarle. Y pasado ya me subo al tren. Pienso dormir todo el viaje así cuando llego te hago gastar la energía que acumulaste en estos días de ausencia. ¿Y qué más pensaste? No, lo que te dije, de recuerdo me llevo eso: una vieja rodeada de gatos que me mira, ni siquiera se me ocurrió sacarle una foto, me ponía nerviosa, me miraba de una manera hostil, como si nunca hubiera visto a un extranjero. Para mí tiene que ver con que es gente que vive como puertas adentro, todo el paese es como su casa, uno entra en su intimidad, por más que circule por la ca-

lle. Me dio pudor sacar más fotos, como si hubiera estado apropiándome de algo íntimo. Fue raro, me dio una sensación rara. Es como un mundo que no cambia, al margen de lo que sucede en el valle, en la “gran” ciudad. Obvio, entre comillas, al lado de Buenos Aires Cosenza es un par de barrios, viste lo que es el Busento: no llega ni a bigote del Río de la Plata. Igual lo extraño es que para la gente de acá nosotros somos como los primos pobres del campo y ellos para nosotros también, es gracioso, al final te das cuenta de que todos somos re ignorantes, vivimos con los ojos en Roma, París, Nueva York sintiéndonos siempre menos, siempre lejos. ¿Qué me opinaciónás al respecto, Yoshi? ¿Vos cómo lo ves? Claro, porque para nosotros los calabreses son el colmo de lo grasa, los brutos que tuvieron que emigrar a comienzos del siglo pasado porque se morían de hambre y para ellos nosotros somos lo mismo: sudacas muertos de hambre, mano de obra barata que anda dando vueltas por acá desde que 2001 nos explotó en la cara. Imaginate si todo el sur se pusiera de acuerdo para solucionar los problemas que compartimos. Sería demasiado grosso.

3. Este mundo es mío

Egregio Sign. Dott. Carlo Giordano:

Scrivo per informarLe che il suo progetto di ricerca: “Figline: cent’anni di emigrazione, mille anni di resistenza” non è stato selezionato dalla Commissione *ad hoc* / Borse Postdottorali della Facoltà di Lettere e Filosofia, Università degli Studi della Calabria. Tale decisione è dovuta non tanto alla pertinenza della sua proposta, quanto alla sua prospettiva eccessivamente limitata. Questa riduce l’impatto di qualsiasi conclusione possibile risultante del lavoro di ricerca abbozzato nel suo progetto. Per questa ragione, non Le verrà assegnata la borsa di studio richiesta in agosto del corrente anno.

Approfitto dell’occasione per ringraziarla della sua partecipazione alla presente convocatoria e Le ricordo che, se vorrà, potrà presentarsi alla prossima convocatoria, nel mese di aprile.

Saluti cordiali,

E. Londero
Secretario²

2. Distinguido Doctor Carlo Giordano:

Le escribo para informarle que su proyecto de investigación “Figline: cien años de emigración, mil años de resistencia” no ha

sido seleccionado por la comisión ad hoc / Becas Posdoctorales de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Calabria. La decisión se basa no tanto en la pertinencia de su propuesta, sino a su perspectiva, excesivamente limitada, que reduce el impacto de cualquier conclusión que pudiera obtener en el trabajo de investigación esbozado en su proyecto. Por esta razón, no se le otorgará la beca de estudio solicitada en agosto del presente año.

Aprovecho la ocasión para agradecerle su participación en la presente convocatoria y le recuerdo que, de quererlo, podrá presentarse nuevamente al próximo llamado, en el mes de abril.

Saludos cordiales,

E. Londero
Secretario

Epílogo

Jodida pero contenta³

Vamos allá.

Niño, porque me haces mucho daño
porque me cuentas mil mentiras
y porque sabes que te veo
tú a los ojos no me miras.
Le le le, le le le.

Porque nunca quieres nada
que a ti te comprometa
hoy yo te voy a dar la espalda
pa que alcances bien tu meta.
Que yo me voy porque mi mundo me está llamando
voy a marcharme deprisa
que aunque ya tú no me quieras
a mí me quiere la vida.
Yo me voy de aquí
jodida pero contenta
tú me has doblao pero yo aguanto

3. Concha Buika (2006).

(dolida pero despierta)
por mi futuro, ay
(con miedo pero con fuerza)
yo no te culpo ni te maldigo,
cariño mío.

Jodida pero contenta,
yo llevo dentro una esperanza
(dolida pero despierta)
por mi futuro
(con miedo pero con fuerza)
y a partir de ahora
y hasta que muera
mi mundo es mío
ay, este mundo es mío.

Y sin tormento y sin dolores
yo voy ya haciendo camino
y que la brisa marinera
me oriente hacia mi destino.

Le le le, le le le.

Así es que me voy bajando
hasta la orillita del puerto
y al primer barco que pase
que me lleve mar adentro,
y en este planeta mío,
le le le, le le le,
éste en el que tu gobernabas,
le le le, le le le,
yo ya he clavado mi bandera,
le le le, le le le.

Tú no me clavabas más nada.
Déjame vivir a mí
jodida pero contenta
tú me has doblao pero yo aguanto
(dolida pero despierta)
por mi futuro, ay,
yo no te culpo ni te maldigo,
cariño mío.
Jodida pero contenta
yo llevo dentro la esperanza
(dolida pero despierta)
por mi futuro
(con miedo pero con fuerza)
y a partir de ahora
y hasta que muera
mi mundo es mío.
Mi mundo es mío.

Jodida pero contenta,
dolida pero despierta,
con miedo pero con fuerza,
yo voy con miedo pero con fuerza,
yo estoy jodida pero contenta,
dolida pero despierta,
con miedo pero con fuerza,
yo voy con miedo pero con fuerza,
y te digo, me digo:
Tonta, todo en la vida se paga.

POP BIZARRA (7)

- Emiliano Correia**, La Fórmula de la fantasía, Milena, 2007.
Sebastián Matías Oliveira, Presente Gourmet, Milena, 2007.
Mariano Quiroga, Canciones, Milena Caserola, 2007.
Andrés Kilstein, Moloko Vellocet, Milena Caserola, 2007.
Mayra Jazmín Lucio, Amanecer Oscuro, Milena, 2008.
Silvana Gangi, Lorena, Milena Caserola, 2008
Esteban Yañez, Sonria, Milena Caserola, 2008.

ARTE (10)

- Christian D. Marelli**, Políticamente In Correcto, Milena, 2007.
Sebastián Kirzner, Axiomas Nocturnos, Ilust.: **Chelo Candia**, 2008.
Madame Barfly - Muertita dibujante, Sorbos de locura, Milena, 2009.
Espino - Riera, Los síntomas del mono, Milena, 2009.
Nico Pesin, Grabados / Engravings, Milena Caserola 2009.
Francisco Ocampo, En Helsinki, Ilust.: **Lino Divas**, Milena, 2009.
Ojo Canibal, Libro Caset, Milena Caserola, 2010
Luis Alberto "Merluza" Juárez, Vicente Nario, Milena, 2010
Christian D. Marelli, Materia Gris, Milena Caserola, 2010
Mariángeles Taroni, Escama-mascara-mente, Milena, 2011

POESÍA POESÍA (39)

- Miguel Ángel Peñarrieta**, La voz del coagulo espera, 2006.
Sebastián Matías Oliveira, Todo texto debe autovalerse.
Mariano Quiroga, formas de morir, Milena Caserola, 2008.
Emanuel Alegre, Cuaderno de apuntes, Milena Caserola, 2007.
Adrián Bechelli, Poemas para volver a mí, Milena, 2008.
Juan Xiet, Metástasis, Milena Caserola, 2008.
Javier Leal, Bitácora de un tiempo, Milena Caserola, 2008.
María Adelina Cammarano, Ego Fusión, Milena, 2008.
Maru Paii, este viento que pedalea por mí, Milena, 2008.
Ioshua, Peq. antología de poemas contemporáneos, Milena, 2008.
Favio Gabriel Kobielsuz, Free Shop, Milena Caserola, 2009
Grau Hertt, La otra campaña, Nulú Bonsái, Milena, 2009.
Iván Quiroga, La violencia de los pájaros, Milena, 2009.
Juan Senach García, La Noche líquida, Milena Caserola, 2009.
Leonor Farías, La hembra, Milena Caserola, 2009.
Luciana Siguelboim, la prologal, Milena Caserola, 2009.
Patricia González López, Indecible, Milena Caserola, 2009.
Sofía Luppino, masticádoME, Milena Caserola, 2009.
Stella Maris López, Vivencias, Milena Caserola, 2009.
Agustín Romero, Palabrazos, Milena Caserola, 2009.

Marcos Lizenberg, Luz de Giro, Milena Caserola, 2009.
Héctor Ramón Cuenya, Gore, Milena Caserola, 2009.
<Elih.anna García>, Azules Manzanas, Milena Caserola, 2010
Mariela Pacin, El amor es la guerra, Milena Caserola, 2010
Ariel Presti, Poesía Completa, Milena Caserola, 2010
Marat, el infanticida imaginario, Milena Caserola, 2010
Agustín Marcenaro, El bardo de Bubón. Milena, 2010
Juan Ignacio Barragán Fuentes, El libro celeste, Milena, 2010
Juan Ignacio Barragán Fuentes, Poseído, Milena, 2010
Héctor Ramón Cuenya, Dolce Vita, Milena Caserola, 2010.
Roberto Riera, De oreja a oreja, Milena Caserola, 2010.
Silvina Nellar, Sexo, dolor y psiquiatras, Milena Caserola, 2010.
Sol Fantin, Un meteorito puede acabar con el planeta esta misma noche, Milena Caserola, 2011.
Andrés Boiero, Texas, Milena Caserola, 2011.
Ad Lihn Fand, Embustero, Milena Caserola, 2011.
Sofía Lino, Apología a Don Nadie, Milena Caserola, 2011.
Teodoro P. Lecman, Villa Pueyrredón y otras ausencias, Milena, 2011.
Sol Fantin, Decime que soy linda, Milena Caserola, 2011.
Ariel Prat, Curiosidad y azar, Milena Caserola, 2011.

REY LARVA (8)

Pecado y Perdón, Milena Caserola, 2008
Milagro Eterno, Milena Caserola, 2008.
Las puertas del viento, Milena Caserola, 2008
Días de vos, Milena Caserola, 2009
Trash, Grau Hertt – Rey Larva Nulú Bonsái, Milena, 2009.
El árbol del sueño, Ix am – Rey Larva, Nulú,)el asunto(, Milena, 2009.
Sonido Interior, Eric Thiemer – Rey Larva, Milena, 2010.
Porque sí, Pablo Strucchi – Rey Larva,)el asunto(, Milena, 2010.

CUENTO - MICROCUENTO - NOVELA (18)

Merluza, Cuentos, 2ª ed., Milena Caserola, 2007.
Nicolás Reffray, Del amor y otros atropellos, Milena, 2008.
Nicolás R. Correa, Engranajes de sangre, Milena Caserola, 2008.
Enrique del Acebo Ibáñez, Breviario, Milena Caserola, 2008.
Enrique del Acebo Ibáñez, breves encuentros, Milena, 2008.
Felix Quadros, Comedia, Milena Caserola, 2008.
ignacio spagna, pequeñas victorias, Milena Caserola, 2009.
Julia Ester Lanza, Cuentos breves de historias grandes, Milena, 2009.
Gonzalo Unamuno, El vermú de la gente bien, Milena, 2009.
Yair Magrino, Porcelanas, Milena Caserola, 2009.
Cristina Civalé, Cuentos Alcohólicos, Milena Caserola, 2009.
Julia Ester Lanza, Todo por ti, Milena Caserola, 2010.
Mariela Puzzo, El monte, Milena Caserola, 2010
Diego Herrera, Maten al Croupier, Milena Caserola, 2010

Leib Malaj, La crucifixión de Don Domingo, Milena, 2011
Julia Ester Lanza, Mujeres, Milena Caserola, 2011.
Juan Marcos Almada, Deforme, Milena Caserola, 2011.
Julia Ester Lanza, Amor en la oscuridad, Milena Caserola, 2012.

NARRATIVA (23)

Diego Rojas, Temporal, 2º edición, Milena Caserola, 2008.
Mariano Quiroga, Mierda, Milena Caserola, 2007.
Sebastián Matías Oliveira, Suaves Dedos Finos, Milena, 2007.
Agustina Viqueira, Callate Nepalí, Milena Caserola, 2008.
Kasaokupada, GOS, Milena Caserola, 2008.
Mateo Ingouville, Natasha, ernesto y yo, Nulu, Milena, 2009.
Darío L. Estryk, Serendipias, Milena Caserola, 2008.
Favio Gabriel Kobielsuz, 1977, Milena Caserola, 2009.
Cesar Guillermo Castro, Obrero Man-El gladiador barrillero, Milena, 2009.
Diego Herrera, Tres Mujeres, Milena Caserola, 2009.
Héctor Ramón Cuenya, Dulces Paralelas, Milena, 2009.
Felipe Herrero, Agua Marina–Otoño y olvido–Bajo Nieve, Milena, 2010.
Ioshua, En la noche, wachodelacalle ediciones, Milena, 2010.
Patricia González López, Dos de azúcar, Milena Caserola, 2010.
Mikel Aboitiz, Contar hasta diez mintiendo,)el asunto (- No hay vergüenza ediciones, Milena, 2011.
Gonzalo Unamuno, Acordes menores para Marion Cotillard, Milena Caserola, 2011.
Ioshua, Los sentimientos, wachodelacalle ediciones, Milena, 2011.
Enzo Maqueira, El Impostor, Milena Caserola, 2011.
Sagrado Sebakis, Gordo, Milena Caserola, 2011.
Alejandro Soifer, El último elemento peronista, Milena Caserola, 2011.
Diego Rodríguez, Pelado con trenzas, Milena Caserola, 2011.
Jorge Luis Fernández, Cupol, Milena Caserola, 2012.
Naty Menstrual, Batido de trolo, Milena Caserola, 2012.
Germán Maggiori, Poesía estupefaciente, Milena Caserola, 2012.

13 LUNAS (5)

Ale Sirkin, El árbol cósmico, 2006.
Alex Portugueseis, El ombú cósmico, Milena Caserola, 2006.
Maximiliano Borovicka, el delirio coherente, Milena, 2008.
Ix Am, Lo único que queda es tratar de expandir nuestra esfera hacia límites inimaginados, Milena Caserola, 2009.
Julían Mur, Universo de luces, Milena Caserola, 2009.

DOBLES - BILINGÜES (3)

Elisabeth Neira, Abyecta – Hard Core Hotel, Milena, 2008.
Rodrigo Domingos, El principio del soplo - O início do assoprado (Portugués/Español), Milena Caserola, 2008.
Patricio Miguel Federico, Tapa – Contratapa, Milena, 2009.

PA COLOREAR (3)

Salvador Jiménez - Merluza Juárez, Los coloridos amigos de Salva..., Milena, 2008.

Micaela Nair Verdún Perazzo, Cuentos, Poesías, Canciones, Milena Caserola, 2010.

Bárbara Molinari, Me duele el pelo, Ilust.: **Delfina Estrada**, Milena, 2010.

CO-EDICIONES CON)EL ASUNTO((36)

Pablo Om, la juventud al poder,)el asunto(- milena, ocio verde, 2008.

Emanuel Alegre, 16 golpes,)el asunto(- milena caserola, 2008.

Antonio O'Higgins, vómito de sangre,)el asunto(- milena, 2008.

Ezequiel Abalos, ida y vuelta a la boca,)el asunto(- milena, 2008.

Luis Alberto "Merluza" Juárez, Necesito Alquilar, mionca, trapos y barrabravas ...)el asunto(- Eloisa Carton - milena, 2009.

Emanuel Alegre, Islas,)el asunto(- MDG - milena, 2009.

Ioshua,)el asunto(- Milena Caserola, 2009.

Pablo Struchi, Locura,)el asunto(- Milena Caserola, 2009.

Galundia Moera, Nada,)el asunto(- Milena Caserola, 2009.

Erroristas, Manifiesto Errorista,)el asunto(- Milena, 2009.

Anahí Ferreyra, Máscara y Vacío,)el asunto(- Milena, 2009.

Anahí M. Aguilar, La Rosa de los Vientos,)el asunto(- Milena, 2010.

Comité invisible, La insurrección que viene, Hekht-)el asunto(-Milena, FeEnLaErrata, En el aura del sauce, 2010.

Diego Arbit, Darío Semino, Fabio Guerrero Arévalo, Tríptico,)el asunto(- Milena, 2010.

Ezequiel Abalos, Roble,)el asunto(- milena, 2011.

Graciela Amalfi, Des Palabras Armando,)el asunto(- milena, 2011.

Ramiro Ross, De sabihondos y suicidas,)el asunto(- milena, 2011.

Cristina Ramb, Bendita sed,)el asunto(- milena, 2011.

Javier Antonio Galarza, Grito Cotidiano,)el asunto(- milena, 2011.

Galundia Moera, Haz,)el asunto(- Milena Caserola, 2011.

Nacho Wisky, Los héroes del amor,)el asunto(- Milena Caserola, 2011.

Patricia Rojo, Escritos noctámulos,)el asunto(- Milena Caserola, 2011.

Rosario María Daniel, La Mañana Impermeable,)el asunto(- Milena, 2011.

Ariel Sansolini, Ysot en la espiral,)el asunto(, Milena Caserola, 2011.

Pablo Queralt, Jazz,)el asunto(, Milena Caserola, 2011.

Alberto De Mari, Arin,)el asunto(- Milena Caserola, 2011.

Graciela Amalfi, Kumiko,)el asunto(- milena, 2011.

Moni Torres, El trampolín, el tobogán y el ladrón,)el asunto(- milena, 2011.

Adrián R. Yanzón, Otras puestas del ocaso,)el asunto(- milena, 2011.

Lucas Alonso, Una construcción simétrica,)el asunto(- milena, 2011.

Alejo Mayor, Resquisios fuera del tiempo,)el asunto(- Milena, 2011.

Pablo Queralt, Perfume animal,)el asunto(, Milena Caserola, 2011.

Fernando Rosale, Vidrio ácido,)el asunto(- Milena, 2011.

Neri Quintana, Sanlamuerte,)el asunto(- Milena, 2011.

Varios Autores, Libro Vivo, Milena - el asunto, 2012.

Rey Larva, Guerrerp, Milena - el asunto, 2012.

IMPERFECTAS -)EL ASUNTO(- MILENA CASEROLA (6)

Nat, donde se cuentan algunas cosas,)el asunto(- milena, 2008.

Verónica Gelman, en espiral,)el asunto(- milena caserola, 2008.

Mónica Torres, uvas,)el asunto(- milena caserola, 2008.

Kaudia con K, poemas para vos/z,)el asunto(- milena, 2008.

Mónica Torres, Enero Cristal,)el asunto(- milena, 2009.

Mónica Torres, Bisectriz,)el asunto(- milena caserola, 2009.

IMPENSADOS (3)

Oscar del Barco, El Otro Marx, Milena Caserola, 2008.

Juan Manuel Núñez, Vuestros ochentas, Milena Caserola, 2009.

Peter Pál Pelbart., El hilo de un vértigo. Trad.: **Marta Inés Arabia**, Milena, 2011.

HUMOR – HISTORIETA (8)

Andrés Kilstein, 13 excusas para no comprar este libro, Milena, 2008.

Andrés Kilstein, Esto no es SPAM, [mis mejores conversaciones por medios electrónicos], Milena Caserola, 2008.

Alan Dimaro, **Diego Gainza**, **Niko Battista**, **Iván Franco**, Sr. Valdemar, Milena, 2009.

Andrés Kilstein, Prohibido Fu-Marx, Milena Caserola, 2009.

Tzipe, Humor Gráfico, Milena Caserola, 2009.

Juan Castro, Libro de quejas al destino, Milena Caserola, 2009.

Gimenez-Cuenya, Argentina Superpotencia, Milena, 2010.

Ioshua, Cumbia gei, wachodelacalle ediciones, Milena, 2010.

EN LOS BORDES – MARX(ITSMOS) (6)

León Trotsky, Su moral y la nuestra, León Sedov: hijo, amigo, luchador, Milena, 2008

Enrique del Acebo Ibáñez, Meditaciones del post-sujeto, Milena Caserola, 2008.

Ramiro Ross, Crónicas desde el Borda, Milena Caserola, 2008.

Héctor Fenoglio, La Telépata, Un psicoanálisis de la alucinación y el delirio, Milena, 2009.

Nahuel Moreno, Método de interpretación de la historia Argentina. Cuatro tesis sobre la colonización española y portuguesa en América, Milena, 2009.

Vías Argentinas (ensayos sobre el ferrocarril), Varios, Milena, 2010

Valentina Contino, Prólogo para morder a alguien, Milena, 2010.

Alejandro Esteban García, Teoría del equilibrio de la vida, Milena, 2011.

LEER Y PSICOANALIZAR (3)

Teodoro Lecman, Freud x Masotta (conceptos, aclaraciones y esquemas de Teodoro Pablo Lecman sobre las clases de Freud por Masotta 1972-4), Milena-Leer y psicoanalizar, 2009.

Alfonso Carofile, El endemoniado Esteban Lucich, Milena-Leer y psicoanalizar, 2010

Teodoro Lecman, Cuestiones de la Clínica, Milena-Leer y psicoanalizar, 2011.

IDEOGRAFIAS (16)

Jeremías Maggi, Subterfugio consentido, Milena Caserola, 2009.

Sebastián Kirzner, Trozos del bloque inicial, Milena, 2009.

Sofía Lino, Historia típica, Milena Caserola, 2009.
Sebastián Kirzner, La Salidera, mc, 2009.
Walter Reich, NTNA [niñotravestinzialien], mc, 2009.
Leonardo Capucci, La estrella feroz, mc, 2009.
3.6.1, Bagrejaponés, mc, 2010
Cristino Bogado, Amor Karaíva, 2010
Diego Mora, Historias de Inodoro, 2010
Facundo M. Desimone, Frutilla Li, 2010
Max Orioli, Inanedrama, 2010
2017, Nueva Poesía Contemporánea, Tomo I, Milena, 2017
Alejandro Vilas, Atrapado, Milena Caserola, 2010
Sebastián Kirzner, Risperidona, Milena Caserola, 2017.
Andrés Kilstein, De cómo perder lo que nunca se tuvo, Milena, 2010.
Alberto Díaz, Los Artrópodos, Milena Caserola, 2011.

DETALLES (2)

Ivana González, Todo habla, Milena Caserola, 2009.
Sebastián Kirzner, La salidera, Milena Caserola, 2009.

TEATRO (2)

Bèla Arnau, La Maciel - de todas la más cruel -, Milena Caserola, 2009.
Ignacio Javier Olguín, Puro Teatro, Milena Caserola, 2010.

MANDRÁGORA PORTEÑA (3)

Matías Mauricio, Bandoneón Blindado, Milena Caserola, 2010
Varios autores, **Antangología**, Milena Caserola, 2011
Carlos Echazarreta, El payador entrerriano, Milena, 2011

CIENCIAS SOCIALES Y ANTROPOLOGÍA (1)

Enrique del Acebo Ibáñez, Homo Sociologicus, 2º ed. Milena, 2011.

LITERATURA PALINDRÓMICA (SORBILIBROS) (2)

Xavi Torres - Pablo Nemirovsky, SobreverboS, Milena, 2011.
Xavi Torres - Pablo Nemirovsky, Miguel de Cervantes, Autor del "Soldado Rod Adlos", Milena Caserola, 2011.

MINIRRELATOS & MINIENSAYOS (3)

Andrés Pérez Molina, Lascivia Brevis, Milena Caserola, 2011.
Enrique del Acebo Ibáñez, Lo mínimo que te puedo contar, Milena Caserola, 2011.
Andrés E. Peribáñez, Breves historias desnudas, Milena, 2011.

CINE (1)

Ricardo Becher, Recta Final (Novela) + **Tomas Ligpot**, Recta Final (Película-DVD), Duermevela,)el asunto(, Milena Caserola, 2011.

MILENA BERLÍN (3)

Cristian Loaiza, Alcohol, Milena Berlin-Milena Caserola, 2011.
Rery Maldonado, La república en el espejo, Milena Berlin-Milena Caserola, 2011.

Varios autores, El mecanismo de estar acá, Milena Berlin-Los Superdemocráticos, 2011.

MILENA PARIS (7)

Anne Gauthey, Tchikitita, Milena Paris-Milena Caserola, 2011.

Roberto “Poroto” Riera, Sancocho, Milena Paris-)el asunto(, Milena Caserola, 2011.

Pablo Nemirovsky, Yo sin vos ovni soy, Milena Paris-Milena Caserola, 2012.

Pablo Nemirovsky, Del otro lado del otro lado, Milena Paris-Milena Caserola, 2012.

Gregorio Manzur, Encuentro post vitam con Julio Cortázar, Milena Paris-Milena Caserola, 2012.

Roberto “Poroto” Riera, Todos somos Garganta, Milena Paris-)el asunto(, Milena Caserola, 2012.

Bárbara Molinari, J’ai mal aux cheveux / Me duele el pelo, Ilust.: **Delfina Estrada**, Traducción al francés: Célile Mandarine, Milena Paris, 2012.

NNNA (2)

Ana Ojeda, Falso contacto, Milena Caserola, 2012.

Hernán Firpo, Todo lo que maté, Milena Caserola, 2012.

ENSAYO / CRÍTICA (1)

Juan Terranova, Los gauchos irónicos, Milena Caserola, 2012.

Consiga estos libros en:

Feria del Libro Independiente – FLIA
)el asunto(- www.elasunto.com.ar

La Periférica – www.la-periferica.com.ar

Librería Hernández, Corrientes 1436
La Libre, Bolívar 646, San Telmo
Librería Crak Up, Costa Rica 4767, Palermo Soho
Libros del pasaje, Thames 1762, Palermo
Otra Lluvia, Bulnes 640, Almagro
El Aleph, Corrientes 4790, Villa Crespo
Librería Fedro - Carlos Calvo 578, San Telmo
Librería de Las Madres, H. Yrigoyen 1584, Congreso
Eterna Cadencia
Cuspide

CÓRDOBA:

Librería de Rubén, Dean Funes 163 loc 1
Librería Del ciclista, Caseros 45

ROSARIO:

Homo Sapiens Libros, Sarmiento 829

CHACO:

CECUAL (Centro Cultural Alternativo)
Santa María de Oro 471

MONTEVIDEO:

Librería Puro Verso, 18 de Julio 1199
Librería Lupa, Bacacay 1318 bis

PARIS – Librería Salón del libro,
21 rue des Fossés St-Jacques (5^{ème})

ESPAÑA – Canoa Libros

La Gitana distribuye

en: www.distribullalacajita.com.ar



Este libro se terminó de imprimir
en Buenos Aires, primavera de 2012.